Una campana de ocho dias en Chile

Antonio Garcia Perez


STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES

Al querido amigo y compañero, el Mayor Ulises Monegal, afectuoso recuerdo de,

Rafael R. Howard

UNA CAMPAÑA DE OCHO DIAS EN CHILE.

(AGOSTO DE 1891.)

Octubre 13. 1919

PUBLICACIONES DE LOS «ESTUDIOS MILITARES».

UNA CAMPAÑA DE OCHO DIAS EN CHILE.

(AGOSTO DE 1891)

POR

ANTONIO GARCÍA PEREZ,

CAPITAN DE INFANTERIA,

Alumno en prácticas de la Escuela Superior de Guerra,

CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

D. CASTO BARBASÁN LAGUERUELA,

COMANDANTE DE INFANTERIA, PROFESOR EN DICHA ESCUELA.



MADRID.

IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA.

1900.



Al Teniente de Artillería del Ejército del Uruguay

D. Rafael Howard y Arrieu

Sincero ofrecimiento de su buen amigo y compañero de estudios

García Pérez

24 Octubre 1900.

CARTA-PRÓLOGO.

Al Capitán D. Antonio García Perez.

Mal aconsejado anduvo V., al persistir en su idea de que prologara yo este estudio acerca de la *Guerra de Chile.* Comenzando por que entre las muchísimas cosas que no he sabido hacer núnca, los *prólogos* figuran en primera línea; siguiendo por que V. ya no es un *desconocido* en la literatura militar, que necesite presentacion; y acabando —por acabar pronto —por que mi firma no lleva á la suya mas ventaja, que la triste ventaja de la ancianidad, creo, sin temor á equivocarme, que en cualquiera otra dirección, hubiera V. encontrado quien le sirviera de mejor padrino, que en la que le ha conducido á fijarse en mi humildísima persona. Pero, en fin, ello ya no tiene remedio; la insistencia de V. en el pedir, y mi flaqueza en el negar, nos han conducido á esta situación, que deploro por su obra, que bien merecía un comienzo mas afiligranado, y, sobre todo, de mayor alcance que el que yo puedo ofrecerle, y lo menos malo que se me ocurre que puedo hacer, es cansar lo menos posible la atención del lector.

Merece plácemes, y se los tributo sin reserva alguna, el propósito de V. de darnos á conocer en castellano, las guerras que nuestros hermanos de la América latina han sostenido; y si de algo puede servirle mi excitación, no me cansaré de repetirle que siga V. por esa vía; y que así como nos ha proporcionado ocasión de enterarnos de la *Guerra del Paraguay*, con el libro que ha escrito en colaboración con el laborioso y entendido oficial del

Ejército del Uruguay D. Rafael Howard, y de la *Campaña de Méjico*, que ha ocupado preferente lugar en las columnas de «La Nación Militar», vaya V. poco á poco, desenterrando otras campañas, también dignas de estudio, porque la verdad es que, á pesar de que deben interesarnos, y nos interesan, las vicisitudes por que pasan, y han pasado, aquellos pueblos que llevan nuestra misma sangre, y hablan nuestro mismo idiona, y usan nuestros propios apellidos.... la verdad es, repito, que no hay medio de conocerlas, si no se recurre á publicaciones extranjeras....

Cualquiera que fuera el mérito intrínseco del trabajo que sigue; siquiera su utilidad fuera escasa, siempre tendria para mí ese título indiscutible, que le hace digno del aprecio de los militares españoles.

Y no es ese, afortunadamente, el único mérito, y el único atractivo de *La guerra de Chile*. Uno de los contendientes, estaba armado, en parte, con el fusil repetidor y pequeño calibre, que tras muchas dudas y prolongadas controversias, ha concluido por ser el armamento de la Infanteria en todos los ejércitos; en aquella ocasión, natural es que estuvieran fijas en sus efectos, las miradas de todas las eminencias que se ocupan en estos graves problemas, y desde este punto de vista, la guerra de Chile tiene un interés particular para el oficial estudioso. Además en el trabajo del General francés Mr. Lamiraux, que forma la primera parte de este libro, están tan admirablemente puestos en relieve todos los puntos de estudio en una campaña, y están expuestos los hechos con tal concision, tal acierto, y tanta y tan pura doctrina, que constituye un estudio de crítica militar, muy digno de ser imitado en trabajos de este género.

La segunda parte, que V. titula modestamente *Apéndice*, y ocupa la mitad del libro, es la relación circunstanciada de los dos hechos de armas principales de la

campaña, y forma un complemento indispensable del trabajo anterior, que viene á poner más en relieve el mérito de la gran síntesis realizada por el General francés, al par que evidencia, una vez mas, las dotes que adornan á V., y el provecho que ha sacado de las enseñanzas de la Escuela Superior de Guerra.

Traduciendo el librito del General Mr. Lamiraux y completándolo con la narración de los hechos culminantes, ha prestado V. un buen servicio á los aficionados al estudio, y yo, por mi parte, me felicito de haber tenido ocasión de saborear ambos trabajos, y vuelvo á repetirle lo ya dicho: siga V. por esa vía, y sírvanos, de cuando en cuando, manjares tan poco comunes como *La guerra de Chile.*

No sé si estas líneas se ajustan á las reglas— que las habrá, seguramente— establecidas para los *prólogos:* ya le dije que en el voluminoso catálogo de mis ignorancias, no faltaba ese epígrafe. Si le sirven para el objeto que V. se haya propuesto, utilícelas; y si nó, al cesto con ellas, que no se perderá nada, y quizá gane el libro y su autor, pues ya sabe V. que hay un antiguo refran, que dice: «mas vale ir solo que mal acompañado», y dudo que en ninguna ocasión haya sido mas sentenciosamente exacto el tal refran, que en la ocasión presente.

Casto Barbasán Lagueruela.

Madrid 20 de Octubre de 1900.

CAPÍTULO I.

POR EL GENERAL LAMIRAUX,

COMMANDANT LA 24E DIVISION D' INFANTERIE.

TRADUCCION.

UNA CAMPAÑA DE OCHO DIAS

LA GUERRA DE CHILE

(AGOSTO DE 1891)

Los dos partidos que en esta lucha intervinieron, se denominaban constitucionales ó congresistas, y dictatoriales ó balmacedistas. Las fuerzas militares de los primeros, eran la Marina y muy pocas tropas; las de los segundos, casi todo el Ejército. Los combates fueron terrestres y la escuadra la base de operaciones de los congresistas. A una ofensiva resuelta y enérgica de los constitucionales, opusieron los dictatoriales una defensiva pasiva y falta de dirección (1).

El ejército constitucional lo mandaba el coronel Del Canto, que ya en la guerra sostenida contra el Perú, habíase distinguido notablemente.

El jefe de Estado Mayor era el Ministro de la Guerra, coro-

---

(1) Considerada esta campaña en su aspecto táctico, se deduce:

1.° Que fuera de la marcha general del combate, la Caballería desempeñó papel muy reducido.

2.° Que otro tanto puede decirse de la Artillería, compuesta en su mayoría de piezas de montaña, de difícil empleo en un país accidentado.

3.° Que el armamento Mannlicher de la tercera parte de los congresistas, contribuyó sobremanera al éxito de la Infantería.

4.° Que se habían efectuado marchas nocturnas y que los combates ponían en evidencia, una vez más, la gran dificultad, mejor dicho, la casi imposibilidad de un buen resultado en los ataques de frente.

nel Halley. Pero el cargo ejercido por éste era más bien nominal, pues el que realmente desempeñó las funciones de jefe de Estado Mayor, fué el oficial prusiano de este Cuerpo, Körner, profesor de la Academia de Guerra y Escuela Militar de Chile, entusiasta y desinteresado partidario de la causa de los congresistas.

Este oficial del Estado Mayor prusiano, fué el organizador del reducido ejército constitucional, el instructor de los jefes de brigada y demás oficiales, á los que, antes del embarque, explicó en varias conferencias los principios tácticos del combate y los referentes á la marcha de las tropas.

Aun cuando en los documentos oficiales no se menciona la composición del ejército constitucional, así como tampoco la forma en que se llevó á cabo su reclutamiento, vamos á exponer, de acuerdo con las deducciones que se desprenden del estudio de la campaña, la constitución general de las tropas congresistas.

En Enero de 1891, habíanse sublevado contra la despótica autoridad del Presidente de la República, una pequeña parte del ejército chileno, la décima próximamente.

Este reducido número de soldados, transportados al Norte por la escuadra, que casi toda ella había hecho causa común con los enemigos del dictador, constituyó el núcleo del ejército constitucional.

La organización llevóse á cabo en las provincias de Antofagasta, Tacna y Atacama, situadas al N. de la República de Chile. Las minas de salitre constituyen una importante riqueza de esta región; los mineros, jóvenes de 25 á 30 años, de corta estatura y acostumbrados á las fatigas, abrazaron entusiastas la causa de los congresistas. Estos bisoños soldados fueron los que en el mes de Julio formaban una excelente división de 10.000 hombres de todas las armas.

La dificultad más importante con que tropezaba este improvisado ejército, consistía en la falta de oficiales. Hubo, pues, necesidad de otorgar empleos á un gran número de jóvenes de familias chilenas, que imbuídos por sus ideas políticas y patrióticas, venían del S. á engrosar las filas de los congresistas.

Como en un principio no existían sino cuadros faltos de instrucción militar, fué preciso llamar á los oficiales de la Armada, para iniciar á unos y á otros en los rudimentos del Arte de la guerra.

Por estos antecedentes puede juzgarse cuál sería la situación de aquel ejército.

La disciplina era inmejorable. Animados de una grandísima voluntad y soportando gustosos las penosas obligaciones militares, no cabe la menor duda de que, si bien las penalidades de la campaña debieron ser muy grandes, el entusiasmo por el triunfo de sus ideales coadyuvó sobremanera al rápido y feliz término de las operaciones; no muy abundantes en recursos y vestidos con trajes de hilo, se sostuvieron perfectamente, sin mostrar tibieza ni desagrado en el servicio (1).

Terminada la guerra y destituído el dictador, parecía natural que, soldados improvisados, operando en un clima muy distinto del suyo, medianamente pagados, con la expansión de entrar como vencedores en Valparaíso y de naturaleza ruda, abusasen de las ventajas que la victoria ofrece á las tropas; no sucedió nada de esto. Del mismo modo que se batían, supieron conservar, después del triunfo, la admirable disciplina que durante la campaña observaron (2).

La relación oficial de esta guerra, no es un conjunto de hechos basados en los diarios de operaciones de los cuerpos; es únicamente la reunión de los partes dados por los jefes, desde el general en jefe, hasta el comandante de la menor unidad táctica.

Mas lo que llama la atención en la lectura de estos documen-

---

(1) La intrepidez del ejército constitucional, dice el general del Canto, es debido á que está compuesto de patriotas desinteresados, entusiastas y defensores voluntarios de la causa del derecho y la libertad.

(2) «Jefes y oficiales, dice el general en una proclama la víspera del desembarco, es preciso no ignoreis que una gran responsabilidad pesa sobre vosotros. Debeis, cueste lo que cueste, mantener la más estricta disciplina. Debeis recordar á vuestros soldados que hacemos la guerra en nuestro propio país; que somos libertadores y no enemigos. Hacedles comprender que la embriaguez después de la victoria, causaría la ruina de nuestras esperanzas».

tos, es la riqueza de detalles con que el jefe de Estado Mayor dictó todas sus órdenes.

Instrucciones para el embarque, desembarco, puntos designados para éste, marchas, etc., se hallan previstas, aun contando con el caso de la presencia del enemigo.

Cada jornada parece ser el resultado de una conferencia anteriormente explicada, en la que se hubiese expuesto detalladamente el plan de campaña para el día siguiente. En los mismos días de combate, órdenes particulares y gráficos de marcha, facilitaban el avance de las columnas y aseguraban su objetivo táctico.

Tal abundancia de detalles y tanta minuciosidad en las órdenes, no tiene por lo demás nada de censurable, pues se trataba de un ejército de reciente formación, sin historia militar, sin práctica de la guerra y constituído por diversos elementos.

El día 20 de Agosto, la escuadra constitucional, compuesta de 11 navíos, desembarcaba el ejército en la bahía de Quintero.

El 21, al emprender las fuerzas constitucionales su marcha hacia Valparaíso, combatían en Concón con las balmacedistas.

El 22 descansó el ejército constitucional, y á la vez efectuó algunos reconocimientos.

El 23 se intentó, aunque sin éxito, un ataque á Vina de Mar, arrabal de Valparaíso.

En los días 24 y 25 se efectuó una marcha retrógrada, con objeto de cambiar de línea de operaciones.

El 26 y 27 se efectuaba una marcha para engañar al ejército dictatorial y atraerle á posiciones adecuadas.

El 28 se libraba la batalla en Placillas, y á consecuencia de ella las tropas constitucionales entraban en Valparaíso.

Componíase el ejército constitucional de tres brigadas, cada una con su Estado Mayor y organización distinta.

1.ª BRIGADA.—*Teniente coronel Frías.*

Regimientos 1.°, 6.° y 8.°, á dos batallones cada uno. Fuerza respectiva: 810, 760 y 532 hombres.—Total, 2.102 infantes.

Escuadrón núm. 1, 150 cazadores.

Idem núm. 3, 130 ídem.

Una batería del batallón de Artillería núm. 2, 130 hombres y 4 piezas.
Una compañía de Ingenieros, 50 hombres.
Ambulancia núm. 1.
Parque de brigada núm. 1.

2.ª BRIGADA.—*Coronel Bergara.*

Regimientos 2.°, 5.° y 10.° á dos batallones. Fuerza: 560, 460 y 869 hombres respectivamente. Batallón (Huasco) núm. 11, 560 hombres. — Total, 2.449 infantes.
Escuadrón núm. 4, 140 guías.
Idem núm. 5, 120 lanceros.
Dos baterías de Artillería (batallón núm. 2), 150 hombres y 8 piezas.
Una compañía de Ingenieros, 40 hombres.
Ambulancia núm. 2.
Parque de brigada núm. 2.

3.ª BRIGADA.—*Teniente coronel E. del Canto.*

Regimientos 3.°, 4.° y 7.° á dos batallones. Fuerza: 730, 1.015 y 759 hombres respectivamente. Batallón (Tarapaca) núm. 9, 741 soldados. — Total, 2.775 infantes.
Escuadrón núm. 2, 120 granaderos.
Batallón de Artillería núm. 1, dos baterías (8 piezas) y 220 hombres.
Idem de ídem núm. 3, 12 piezas y 129 hombres.
Una compañía de Ingenieros, 37 hombres.
Ambulancia núm. 3.
Parque de brigada núm. 3.
Parque general.
Servicio sanitario.
Tren.
Compañía de rifleros (150 hombres) (1).

(1) El parque, servicio sanitario, tren y la compañía de rifles, son independientes de las brigadas; las ametralladoras, servidas por los marinos, procedían de la escuadra.

Se notará desde luego, que los batallones contaban con pequeños efectivos (de 250 á 500). Aunque no se sabe exactamente el número de oficiales por regimiento, se puede calcular en 40 por cada una de estas unidades; uno de los jefes de regimiento dice asi: «Tuvimos 21 oficiales muertos de los 41 efectivos, y eso que se trata en este caso de un batallón que en el momento del desembarco tenía 532 individuos.

El armamento era muy variado, pero mucho menos de lo que cabe suponer á

20 Y 21 DE AGOSTO.

Desembarco.—Batalla de Concon.

De los documentos publicados por el Ministro de la Guerra de Chile, parece deducirse:

Que los propósitos del jefe del ejército constitucional eran muy sencillos: desembarcar en Quintero, punto situado á 25 kilómetros al N. de Valparaíso, y presentar batalla á los dictatoriales frente á esta plaza, al NE., en una meseta flanqueada por el río Aconcagua y el arroyo Quilpué.

Todo parecía encontrarse previsto para lograr este fin; mas un retraso de cuatro horas hizo variar completamente este primer proyecto. Debido á este contratiempo, dice el jefe de Estado Mayor, hubo necesidad de variar el plan general de la campaña. A consecuencia, pues, de este percance, la batalla que se pensó dar en la meseta NE. del Valparaíso, no tuvo lugar.

En la tarde del 19 de Agosto, la escuadra y los transportes fondeaban en la bahía de Quintero, lugar designado para el desembarco (1). Detalladas instrucciones del jefe de Estado Mayor habían preparado y ordenado esta operación, debiendo comenzar al amanecer y terminar lo antes posible. Como se suponía que el enemigo se opondría al desembarco una vez empezado

---

un ejército tan bisoño y de tan rápida formación. Toda la infantería de la 1.ª y 3.ª brigada, excepto el batallón núm. 9, estaba armado con el Grass. El fusil Mannlicher, último modelo, con cargador y pólvora especial anterior á la de sin humo, lo usaba este batallón y la 2.ª brigada.

Además existían algunos fusiles belgas y holandeses (Comblain, Beaumont) en corto número, para jinetes y artilleros.

La Artillería tenía dos piezas de montaña sistema Krupp. Las baterías del batallón núm. 3 se componían de cañones de montaña sistema Grieve, de bronce y calibre 6 cm., de escaso poder ofensivo.

(1) La travesía desde las provincias del N. hasta Quintero duró cuatro días completos y con buen tiempo.

éste, las primeras fuerzas que llegasen á tierra avanzarían á ocupar posiciones, arrojando á la bayoneta á los destacamentos aislados que se encontrasen al paso.

El río Aconcagua es uno de los límites de esta meseta; dicho curso de agua marcha entre dos colinas de 150 y 200 metros de altura, que encierran un valle llano de 600 á 800 m. de ancho; este río, de cauce profundo, ofrece pocos vados, y los que existen tienen 1 á 1'50 m. de profundidad por 15 ó 20 m. de longitud.

En el pensamiento del jefe de Estado Mayor estaba arraigada la idea de que la batalla se daría en esta meseta, situada entre Valparaíso y el Aconcagua. Fundábase para ello en que el enemigo no presentaría combate en el punto designado para el desembarco, sino la débil resistencia de algunos destacamentos, que fácilmente serían arrojados al otro lado del río. Dueños de la meseta, se fortificarían sólidamente ante Vina del Mar, ocuparían la línea férrea de Santiago y, por lo tanto, quedaban interrumpidas las comunicaciones entre la capital y el puerto de Valparaíso.

Pero una vez que hubo fondeado la escuadra, vióse arrastrada ésta por ciertas corrientes marinas que la alejaron 10 millas al N.; encontrándose en esta situación cuando iba á empezar el desembarco, fué preciso retroceder y perder, por consiguiente, bastante tiempo; comenzó, pues, la operación á las nueve de la mañana, en vez de haberla efectuado á las cuatro ó las cinco.

El desembarco se llevó á cabo felizmente, pues los constitucionales no fueron molestados por el enemigo; mas estas cuatro horas de retraso trastornaron el plan del jefe de Estado Mayor.

Advertidos los balmacedistas del movimiento iniciado por los contrarios, comenzaron á tomar rápidas disposiciones, así es que, cuando los constitucionales presentábanse el 20 por la tarde en Colmo y vados del Aconcagua, ya el ejército dictatorial había salido de Valparaíso y Vina del Mar, y situándose á 10 ó 12 km. de este último punto, se disponía á impedir el avance de sus contrarios.

La orden dada el 19 para la jornada del 20, establecía que:

La 1.ª brigada, pasando por el vado existente en la desembocadura del Aconcagua, acampase en Concon.

La 2.ª brigada, primera que debía desembarcar, iría á Colmo.

La 3.ª brigada, á retaguardia de la anterior, avanzaría por el camino de Colmo (1).

Con arreglo á estas instrucciones, el 21 por la mañana dos brigadas ocuparían á Colmo y la 3.ª á Concon, aquéllas en la orilla derecha del Aconcagua, y ésta un poco más avanzada en la izquierda. Una espesa niebla, que duró toda la noche del 20, fué la causa de que, durante la marcha nocturna, los dos últimos regimientos de la 3.ª brigada, que había desembarcado muy al N. de Quintero, se equivocaran de camino, resultando la retaguardia de la 1.ª brigada en vez de serlo de la 2.ª

De modo que el 21 por la mañana el reducido ejército constitucional constaba de dos grupos iguales: brigada y media en Colmo y el resto delante de Concon-inferior, con un intervalo de 4 km. entre ambas (2).

En tales condiciones se dió la batalla del 21 de Agosto, notable por el valor y entusiasmo de las tropas constitucionales y cuyo brillante éxito fué debido, en gran parte, al afortunado ataque contra la izquierda enemiga, porque hubo un momento

(1) Este plan no era absolutamente el del jefe de Estado Mayor, que había dado mayor extensión al frente de combate con la idea de apoderarse de la línea férrea y cortar las comunicaciones con Santiago.

Este plan, dice el general del Canto, separaba demasiado las brigadas y no podian, por lo tanto, protegerse mútuamente. Muy estratégico, era más bien aplicable á grandes masas para las que las distancias no importan tanto, puesto que llevan consigo elementos de resistencia.

Cien mil hombres, añade, pueden ocupar perfectamente un frente, sosteniéndose contra dobles fuerzas durante dos ó tres días, pero si 30.000 lo intentan tan sólo contra 9.000, se exponen á un descalabro.

(2) Una circunstancia favorable, dice el general del Canto, influyó sobremanera en el buen resultado de la próxima batalla. Durante la marcha nocturna, dos cuerpos de la 3.ª brigada se extraviaron, y en vez de tomar el camino de Colmo siguieron el de la costa, pudiendo de este modo reforzar á la 1.ª brigada, destinada á iniciar y sostener el combate en la mañana del día siguiente.

en que si la 1.ª brigada no hubiese recibido refuerzos, habría sido aconchada contra el mar (1).

Si el frente de combate ocupaba demasiada extensión, fué debido á que la región de que se trata es algo accidentada, aunque bastante cultivada, lo que obligó á separar bastante las brigadas, dividiéndolas en grupos independientes los unos de los otros, pero siempre conservando el enlace necesario.

El combate del 21 es, en resumen, un paso de río á viva fuerza, bajo el fuego del enemigo, seguido de un movimiento envolvente estratégico sobre los flancos del contrario, en una palabra, un doble movimiento envolvente. El espacio recorrido desde el punto de partida hasta el principio de la meseta, es de 4 á 5 km.

Entre siete y ocho de la mañana del 21 comenzaba la artillería con sus fuegos á iniciar el combate, preparando la acción de las demás armas (2).

A las diez y media próximamente terminaba la infantería de efectuar los reconocimientos del terreno y de los vados del río, comenzando enseguida el paso de éste.

---

(1) No cabe la menor duda de que no se pensaba entablar combate en el Aconcagua, pues á bordo de los buques, donde se hallaban las compañías de Ingenieros, se preparaban las maderas para pasar el río y arroyos por medio de puentes. Se tenía dispuesta una cantidad de dinamita, con la cual, y la protección de la Caballería, se pensaba en ir más allá del Aconcagua para volar las obras de fábrica de la línea férrea en distintos puntos á la vez, suficientemente alejados los unos de los otros para interrumpir la circulación de los trenes.

Fué imposible efectuar esta operación; pues, por un lado, la Caballería no pudo pasar el río el día 20, y, por otro, la dinamita no se había puesto en las chalupas de la escuadra en la cantidad indicada, habiendo faltado mucha al día siguiente por la mañana.

El jefe de Estado Mayor dice que los regimientos Constitución y Antofagasta se encontraban á las dos horas y media sin municiones, batiéndose cuerpo á cuerpo con la infantería del ala izquierda dictatorial, y que, debido á la misma causa, el regimiento Iquique comenzaba á retirarse.

Sin el oportuno auxilio de los regimientos Tastal y Tarapaca, que por casualidad se encontraban allí á causa de un error de dirección, probable es que el ataque de la derecha hubiese sido un desastre.

(2) Con el alza á 2.000 m. hicieron fuego las piezas de campaña de la artillería dictatorial para impedir el paso del Aconcagua.

Entre tres y media ó cuatro de la tarde el combate había terminado.

Se vé, pues, que aun tratándose de las operaciones más sencillas, por muy bien dirigidas que estén, se necesita bastante tiempo para llevarlas á cabo.

En esta operación del paso del río se necesitaron ocho horas para un avance de pocos kilómetros, á pesar de la protección que en el ala derecha habían prestado los cañones de la corbeta *Esmeralda,* anclada en la desembocadura del Aconcagua (1).

Dividido el ejército constitucional en dos grupos con un intervalo de más de 3 km., era necesario, después de efectuado el paso, no solamente enlazar estas dos posiciones, sino iniciar el movimiento envolvente sobre los flancos del contrario; arriesgada operación, contando únicamente con menos de 7.500 fusiles, es decir, con dos hombres escasos por metro de frente.

Sucedió, pues, lo que no puede menos de ocurrir cuando se adoptan formaciones extensas que, no guardando relación con los efectivos empleados, se suple la fuerza necesaria para los frentes de combate por la rapidez del tiro; en efecto, 150 cartuchos entregados á cada infante en el momento del desembarco, apenas bastaron, aun empleando las municiones de los muertos y heridos.

Respecto á este particular dice el jefe de Estado Mayor: «El regimiento Pisagua seguramente hubiese sido envuelto por el enemigo si en su auxilio no hubiese acudido el regimiento Esmeralda, pues hasta tal punto había aquél abusado del fuego, que,

(1) Conocedores en Valparaíso de que las fuerzas constitucionales habían desembarcado en Quintero, creían como muy natural que los dictatoriales se concentrasen rápidamente hacia el Aconcagua. Pero después de haber reflexionado, decidióse Balmaceda á no librar combate sino á las puertas de Valparaíso. El mar y la escuadra eran la base de operaciones de los congresistas: cuanto más alejados se encontrasen, mayor debía ser el éxito si se conseguía batirlos, según suponía el Dictador.

Hé aquí lo que explica la inacción de los dictatoriales en la mañana del 21. Todas las tendencias de éstos eran retirarse hacia Vina del Mar; mas á las once de la mañana, habiendo visto á los dictatoriales tan inquietos después del paso del torrente, no debieron entusiasmarse los contrarios, y mucho menos seguir marchando hacia Valparaíso, sino perseguirlos después d[illegible] derrotados.

siguiendo la misma marcha de algunos cuerpos de la 2.ª brigada (los que estaban armados con el Mannlicher), había agotado casi por completo sus municiones».

Para formarnos idea del combate, expondremos el papel que en él desempeñaron las tres Armas.

Caballería.—En el combate de Concon constaba de las fuerzas siguientes: un escuadrón de cazadores y otro de carabineros, en la 1.ª brigada; uno de guías y otro de lanceros, en la 2.ª, y uno de granaderos, en la 3.ª; total, cinco escuadrones.

Los dos primeros, situados en el flanco derecho, permanecieron casi inactivos durante una parte de la mañana, pasando el río después que lo hizo la Infantería. La misión de la Caballería comenzó únicamente en el momento en que, faltos de cartuchos los infantes, hízose tan lento el fuego, que se disponían ya los regimientos á retirarse ordenadamente á sus primeras posiciones.

En tan crítico momento cargan victoriosamente los escuadrones, primero sobre uno que protegía la batería izquierda de los dictatoriales, y enseguida sobre ésta (cuatro cañones y dos ametralladoras), logrando apoderarse de las piezas.

Pero no pudiendo llegar dichos escuadrones hasta la infantería enemiga, tuvieron necesidad de retirarse. El escuadrón de cazadores (fusil Grass), con 90 hombres que echaron pié á tierra, tuvo que reforzar el flanco derecho del regimiento Iquique por escasearle las municiones á éste.

El escuadrón de guías, una vez desembarcado el 19, se dirigió rápidamente en dirección de Colmo, pero no pudo pasar el río. Para llevar á cabo el reconocimiento de los puntos accesibles, debió llevar en la grupa de sus caballos infantes de la 2.ª brigada, para que éstos desalojaran á tiros los exploradores enemigos que ocupaban las casas del camino.

Después del paso del Aconcagua, los escuadrones de la 2.ª brigada que oblicuaron á la izquierda para amagar el flanco del adversario, permanecieron inactivos hasta las cuatro de la tarde, á cuya hora recibieron orden de cargar sobre el enemigo; pero era tarde, pues ya el ejército dictatorial se encontraba derrotado.

No pudo, pues, sino avanzar algunos centenares de metros para recoger los dispersos, los desertores y los rezagados.

La misión del 5.° escuadrón (granaderos) fué análoga á la de los anteriores; manteniéndose fuera de las vistas y fuegos del enemigo no rebasó la línea, sino cuando la derrota del contrario fué completa.

Las pérdidas de la Caballería fueron escasas. En resumen, el papel desempeñado por la Caballería ha sido muy vario (1). El día 20 pudo haber avanzado más allá del Aconcagua, evitando con esta maniobra que hubiese sido vigilado el río por el enemigo. El 21 tuvo la fortuna de decidir, sobre todo en el flanco derecho, tanto por su carga como por su presencia, la retirada del adversario. Encomendada á ella la persecución, fué ésta muy corta, debido á la dificultad de moverse en un país tan accidentado y á la completa derrota del contrario.

Además de esto, preciso es tener en cuenta que los caballos habían permanecido cinco días embarcados en los transportes y buques de la escuadra, hallándose poco preparados para una larga jornada después del desembarco. Hé aquí, una de las causas de por qué no se dirigieron los escuadrones al ferrocarril de Santiago, situado á 25 km. de la bahía de Quintero.

Artillería.—La artillería de cuerpo del ejército constitucional era de montaña, sistema Krupp y Grièvc; del primero existían 14 piezas y del segundo 12, estas últimas bastante medianas. El tiro máximo con estas piezas era á lo sumo de 2.000 metros (2).

Si á esto se añade además, que la falta de pólvora de cañón había obligado á confeccionar las cargas, mitad con la de los cartuchos de la Artillería y el resto con pólvora de mina, muy abundante por ser el país minero, puede juzgarse de las condiciones no muy favorables para el tiro y de los inconvenientes grandes que la Artillería iba á presentar en el campo de batalla.

(1) Los caballos eran de poca alzada, pero fuertes y excelentes para el objeto. La raza caballar, mezcla de sangre española y africana, es abundante en Chile.

(2) Los proyectiles Krupp para la artillería, se habían fabricado en Iquique, bajo la dirección de oficiales de Ingenieros del Ejército.

En vista, pues, de esto, cabe preguntar, si los resultados tan brillantes de la campaña fueron debidos á la Artillería.

El comandante de Artillería de la 3.ª brigada, dice del combate de Concón lo que sigue: «La potente artillería de campaña del contrario apagaba nuestros fuegos, sin que pudiésemos contestarles, á causa de la distancia. He decidido emplazar, costase lo que costase, una batería á menos de 1.000 m. del adversario, para proteger eficazmente el avance de la Infantería».

El comandante de Artillería de la 1.ª brigada, declara que sus municiones se habían agotado al final de la jornada. Casi lo mismo sucedió en todas las baterías Krupp.

Verdaderamente es extraordinario que esta Artillería haya podido sostenerse ventajosamente frente á la dictatorial mucho más potente; los cañones cogidos á los vencidos en esta acción eran de campaña, calibres 7'5 cm.

La adquisición de este material y sus municiones, fué una de las mejores presas, según dice el jefe de Estado Mayor, pues de éste podrían reemplazarse las cargas fabricadas en Iquique por otras pólvoras de mucho más efecto, porque aquéllas disminuían los alcances y hacían muy inciertas las reglas de tiro.

Antes del desembarco se había dispuesto que dos ametralladoras de los navíos fuesen afectas á cada brigada; pero á causa de las dificultades que surgieron en el momento de conducirlas, se desistió en parte de esta idea y tan sólo aparecen en la batalla de Concón tres de estas máquinas de guerra; abundantes las municiones para su completo servicio, se utilizaron no obstante por los sirvientes para su defensa personal; así es que si las ametralladoras no desempeñaron un papel muy importante, fué debido en gran parte á que sus sirvientes utilizaron las municiones para su defensa personal.

Las pérdidas en hombres de la Artillería, debieron ser tan escasas, que los comandantes de esta Arma no hacen de ellas mención en sus partes.

Infantería.—La 1.ª brigada, armada con el fusil Grass, consumió enteramente sus municiones (150 por individuo), sin tener otro repuesto que las de los soldados puestos fuera de combate.

Cuando esta brigada avanzó más allá de Vina del Mar y estableció el servicio de seguridad, fué preciso pasar una revista de municiones y completar éstas, para que en caso de ser atacados los puestos avanzados, respondieran al fuego del enemigo.

La 2.ª brigada, armada con el fusil Mannlicher, fué la que atacó de frente el flanco derecho del ejército dictatorial; combinado este ataque con el que al mismo tiempo se efectuó sobre la izquierda del contrario, dieron por resultado un completo éxito de la jornada de aquel día.

El consumo de municiones fué tan rápido, que indudablemente el fuego hubiese sido muy lento, á no ser por el envío á última hora de algunos cajones de municiones del parque, que naturalmente reanimaron el combate y decidieron en definitiva el triunfo de la batalla por parte de los congresistas.

La 3.ª brigada tenía el fusil Grass, excepto el batallón de Tarapaca, que llevaba el Mannlicher.

Por una afortunada casualidad, dividióse esta brigada en dos partes, una que se unió á la 1.ª en Concón inferior, y la otra á la 2.ª en Colmo.

Estos dos grupos, presentándose oportunamente, ayudaron á efectuar el movimiento envolvente sobre los flancos enemigos, asegurando el triunfo. Probablemente, si las brigadas 2.ª y 3.ª se hubiesen encontrado ambas en Colmo, la lucha sería dudosa.

De los datos oficiales se desprende que los Mannlicher de la 2.ª brigada no dieron los resultados que de ellos se esperaban. Tanto la 1.ª como la 2.ª brigada, á pesar de la diferencia de armamento, lucharon en condiciones idénticas.

Los relatos hacen constar que la Artillería dictatorial sufrió menos fuego del fusil Mannlicher que del Grass. Esto puede explicarse, suponiendo que las posiciones ocupadas por los dictatoriales fuesen más ventajosas en el flanco izquierdo que en el derecho (1).

---

(1) Las pérdidas ocasionadas por el fusil Mannlicher, han sido el 56 por 100 de las totales. El efecto producido por estas armas fué tan grande, que hubo sol-

Pero en lo que están conformes todos los informes, es en que las municiones del Mannlicher faltaron una hora antes que las del Grass, lo que naturalmente se presta á serias reflexiones; 150 cartuchos por plaza con fusil de repetición, se calculaba durasen para cuatro ó cinco horas de combate.

Las pérdidas de los constitucionales fueron: 19 oficiales muer· y 49 heridos; 197 soldados muertos y 489 heridos, y 122 desaparecidos; seguramente estos últimos fueron los que, muertos ó heridos gravemente al pasar el Aconcagua, fueron arrastrados por la corriente. Las pérdidas fueron la décima parte del efectivo total, correspondiendo en su mayoría á la infantería.

El despliegue de las unidades tácticas debió ser muy grande aún por parte del vencedor, pues uno de los jefes de cuerpo se expresa así: «He podido reunir al final de la jornada la mayoría de mi regimiento»; esto significa un desorden si se tiene en cuenta que los batallones tenían de 400 á 500 hombres.

Las pérdidas de los dictatoriales fueron: 833 muertos y 815 heridos; ó sea 1.650 hombres fuera de combate.

Compuesta la infantería constitucional de 7.326 hombres, á razón de 150 cartuchos por plaza, á las cuatro ó cinco horas de combate se quedaban casi sin municiones.

Un millón de cartuchos, consumidos en cuatro ó cinco horas de fuego, ha puesto fuera de combate á 1.650 hombres; estas bajas pueden atribuirse en su mayoría al fuego de fusilería, puesto que la artillería y caballería ocasionaron indudablemente pocas víctimas. Llama la atención también que el número de muertos se diferencia poco del de heridos (1).

---

dados balmacedistas que preferían mejor ser fusilados, antes que combatir en condiciones tales.

Por el contrario, los congresistas tal confianza tenían en su armamento, que gustosos hubiesen atacado fuerzas numéricamente superiores.

(1) Siendo 7.326 el número de infantes y 150 los cartuchos entregados á cada individuo en el momento del desembarco, resultan 1.098.800 municiones; si á estas se agregan las consumidas por la caballería en el flanco derecho, se puede calcular que pasaron de millón y medio los cartuchos consumidos en esta batalla.

Se ha afirmado por algunos, que de esta guerra se han ocupado, que las pér-

1.650 muertos ó heridos por un millón de cartuchos, dan una proporción de 0'16 por 100. Es decir, que con armas perfeccionadas han sido necesarios 605 tiros para poner un hombre fuera de combate.

La velocidad del tiro (número de disparos hechos por 100 hombres en un minuto), ha sido de 56.

El efecto útil (número de proyectiles, que disparados por 100 hombres en un minuto, dan en el blanco), ha sido de 0'09.

Las experiencias realizadas en el polígono de Châlons (Francia) han demostrado que, comparando estos fuegos con los de guerra, es preciso disminuir los resultados en diez veces su valor para grandes y pequeñas distancias. Las observaciones á que se presta esta batalla permiten deducir que el efecto conseguido no difiere mucho del obtenido en los campos de tiro de Châlons; razón por la cual, preciso es dividir por 100 y no por 10, los resultados que se obtengan para obtener una verdadera aproximación de los fuegos de guerra (1).

---

didas de los dictatoriales en Concón fueron: 800 á 1.000 muertos y 1.708 heridos, ó sean 2.600 hombres fuera de combate.

Esta cifra da un resultado de 0'26 por 100, y según el general Del Canto, tenían los balmacedistas 11.000 hombres en línea de combate.

(1) El tiro de polígono, para distancias medias (entre 500 y 1.200 m.) da el 16 por 100 próximamente. Aun cuando en el combate se calcula el 1'6 por 100 ó sea la centésima parte, el fuego de los constitucionales ocasionó solamente el 0'16 por 100.

En el episodio de Saint Privat, los defensores de esta posición eran de 3.000 á 3.500 y cada uno disponía de 90 cartuchos. Se supondrá fácilmente que en el fuego horroroso que hicieron sobre la brigada de la guardia prusiana, al salir ésta del desfiladero, consumieron todas las municiones; es decir, 270.000 cartuchos disparados por 3.000 hombres, emboscados en la parte OE. de la población.

Según datos verídicos, á la media hora 6.000 hombres entre muertos y heridos, se encontraban tendidos sobre el suelo á 500 ó 600 m. de la famosa posición; el resto no podía ni avanzar ni retroceder.

Resulta, pues, que 270.000 cartuchos disparados por 3.000 hombres en treinta minutos, ocasionaron 6.000 bajas. Es decir, un 2'2 por 100; una velocidad en el fuego de tres cartuchos por individuo en un minuto; un efecto útil de 6'6.

Comparados estos resultados con los de los congresistas en Concón, salta desde luego á la vista una diferencia notable, debida principalmente á las condiciones excepcionales del combate y del terreno, y á las compactas formaciones.

JORNADA DEL DÍA 22.

La tarde del 21 la emplearon los constitucionales en acampar, con las necesarias precauciones, en la meseta situada entre el Aconcagua y el arroyo Quilpué, frente á Vina del Mar y á 10 ó 12 km. de Valparaíso; es decir, en idéntica situación á la que calcularon encontrarse la mañana de este mismo día.

La suposición con arreglo á los primeros proyectos de que en esta meseta se libraría el primer combate, realmente hubiese sucedido á no impedirlo los incidentes del desembarco; las disposiciones del dictador consistían en empeñar la acción á retaguardia de Vina del Mar, apoyándose para ello en los fuertes de la ciudad y con la esperanza de poder ser auxiliado por las guarniciones de Santiago y Concepción, unidas por el ferrocarril del Mediodía.

El regimiento núm. 1 (Constitución), á causa de las maniobras tácticas resultó á vanguardia en la Barranca de Renaca, estableciendo el servicio de seguridad protegido por el escuadrón de Guías.

Adoptando, pues, las precauciones necesarias para no ser sorprendido y responder fácilmente á un ataque imprevisto, pernoctaron los constitucionales en la meseta citada. El día 22 se incorporaban á filas los desertores y prisioneros que lo solicitaban; se reorganizaron los servicios y se renovaron las municiones: operación esta última bastante difícil, porque además de disponerse de pocos animales de transporte, había necesidad de traerlas desde la escuadra, que se encontraba á respetable distancia (1).

La artillería se sirvió de los estopines y cartuchos abandonados por el enemigo en su retirada, utilizando además una batería de campaña de 4 piezas de 7'5 cm., abandonada en el

(1) El excesivo consumo de municiones en el combate del día 21, motivó la orden del comandante en jefe dada en la tarde de este día, disponiendo que las bestias de carga se empleasen únicamente en el transporte de municiones.

flanco izquierdo contrario; se enganchó ésta con caballos cogidos al enemigo, siendo los prisioneros los encargados de su servicio.

Las tropas no hicieron sino avanzar uno ó dos kilómetros en dirección de Valparaíso. Se había ordenado que al emprender aquéllas su movimiento ofensivo se racionasen para dos días; pero el 21 por la mañana, una parte las habia ya consumido y otros las habían perdido en el paso del Aconcagua, cuyas aguas les cubrieron hasta el cuello; así es que, incluso el mismo día 23; carnes de cordero ó carnero servían de substento á las tropas.

La falta de tiendas de campaña y mantas bien pronto se hizo notar. Provistos casi todos de ellas, unos las habían abandonado en el campamento y otros las arrojaron durante la marcha y el asalto de las posiciones contrarias.

La falta de medios de transporte era el punto débil de la expedición. Aun cuando en la escuadra se condujeron 1.700 caballos y mulos, no bastaron apenas para los oficiales, escuadrones y baterías; á lo sumo podían destinarse 150 ó 200 mulos á los parques, ambulancias y bagajes, escaso número para semejantes servicios.

Como los medios de desembarco escaseaban, fué preciso arrojar los animales al agua, para que nadando ganasen la orilla; habiendo marchado inmediatamente la Artillería y Caballería, no quedó ganado para los servicios accesorios.

Habíase ordenado que tan pronto como desembarcase la Caballería, se presentase en las estancias para recoger cuanto ganado encontrase, tanto de animales de tiro como de carga, carruajes y carretones de mano; pero esta orden no pudo cumplirse, porque bien pronto los exploradores constitucionales establecieron el contacto con los del contrario.

Después de varios y penosos viajes en la tarde del 22, se consiguió municionar á la infantería, con 120 cartuchos por plaza, las baterías á 64 disparos por pieza, y al mismo tiempo proveer á las tropas de algunos víveres para las primeras eventualidades.

Se ensayó inútilmente un servicio especial para traer al cam-

po de batalla las tiendas y mantas necesarias, pues sabido es que el frío fué una de las penalidades de la campaña (1).

JORNADA DEL DÍA 23.

Intento de ataque á Valparaíso.

El día 22 se había encontrado el ejército constitucional en la misma situación que pensaba estarlo al día siguiente del desembarco; más, á pesar de esta contrariedad, habían ganado los congresistas para su causa una victoria, y su entusiasmo crecía por momentos.

Desgraciadamente, no le fué posible al ejército constitucional, ni el 21 á causa del combate, ni el 22, por la reorganización y aprovisionamiento de sus elementos, apoderarse del ferrocarril de Santiago; hasta entonces había servido esta línea para reconcentrar rápidamente en Valparaíso las fuerzas del interior.

El dictador, que el día 20 no contaba sino de 9.000 á 10.000 hombres, por haber perdido mucha gente entre muertos, heridos ó desertores en su primera derrota, logró el 23 reponer las bajas de su ejército y completarlo mucho más que al principio de la campaña (2).

---

(1) Hay que tener presente que, aun en el mes de Agosto, la temperatura de las noches era excesiva, comparada con los calores del día.

Además, el Ejército procedía del N., clima muy seco, y operaba en una región bastante húmeda.

Muy aventurado era, dice el general Del Canto, atacar las posiciones de la orilla izquierda del Aconcagua, teniéndolo que atravesar con agua hasta el pecho, pero necesariamente se imponía; para hombres sin abrigo, habituados á los calores secos del N., aguantar una lluvia de algunas horas, hubiese sido un desastre.

(2) Respecto al efectivo del ejército dictatorial, hay bastante discrepancia. El día 21 se mencionan 8.200, 9.500 y 10.000 hombres en Aconcagua.

Las pérdidas, según unos, fueron de 1.648 hombres, y, según otros, de 900 muertos y 1.700 heridos.

Los refuerzos del interior hicieron subir los efectivos á más de 9.000 hombres. El general Del Canto dice en sus escritos, que en Placilla debió haber más de 14.000 hombres en línea de combate.

Se había observado el 22 y en la noche del 21, que la línea férrea situada á pocos kilómetros, estuvo en constante movimiento, sin sospecharse siquiera que en Valparaíso se reconcentrasen tantas fuerzas del interior.

Si los constitucionales tenían necesidad de sostenerse, aprovisionarse y poseer una base de operaciones, para operar desde la costa al interior, y sobre todo, establecer una segura y corta línea de comunicación entre la escuadra y el ejército, es indudable que la posesión de Valparaíso imponíase desde luego.

Hé aquí el primitivo plan: el objetivo, pues, del ejército constitucional, fué desde luego la toma de Valparaíso.

En la tarde del 22 se ordenaba que al día siguiente al amanecer, las brigadas 1.ª y 2.ª con la artillería ocupasen posiciones frente á Vina del Mar y la 3.ª quedase en reserva. La 2.ª, mediante un cambio de frente perpendicular, ocuparía la población á la bayoneta para caer rápidamente sobre Valparaíso.

Aun en esta operación se temía una sorpresa análoga á la ocurrida en el desembarco del 20, pero nada ocurrió. No obstante ser muy clara la noche, se movieron con tal lentitud las tropas al dirigirse á la meseta de Vina del Mar, que era de día completamente cuando estas posiciones eran ocupadas.

La ciudad de Valparaíso está construída en una alta planicie y en el fondo de una hermosa aunque abierta bahía, dando frente al Norte (1).

Algunas baterías y dos castillos en los extremos de la bahía, defienden la costa; al E. el fuerte del Callao y al O. el Far.

Al E., y á la misma altura del Callao, se encuentra la población de Vina del Mar, por cuyas inmediaciones pasa un arroyo.

(1) Valparaíso es una ciudad de 110.000 habitantes, y muy inglesa por su comercio y sus habitantes. El aspecto general desde la bahia es triste; ante la vista no aparecen sino abruptas montañas, escarpadas colinas, una raquítica vegetación y estrechas y profundas barrancas.

Cuando el viento sopla por la parte del mar, los muelles hállanse batidos por elevadas olas; si por tierra, la ciudad se vé envuelta en nubes de polvo.

Clima húmedo, frecuentes heladas, noches frías, tempestades y vendavales; hé aquí la característica de Valparaíso.



Dos kilometros á vanguardia de este pueblo, se hallaba el ejército dictatorial el día 23 por la mañana.

Por una estrecha faja de terreno, limitada á un lado por las colinas de Vina del Mar y por otro por el Océano, pasa el ferrocarril y carretera de Santiago-Concepción; no muy lejos de estas vías de comunicación, existe además el camino antiguo, poco frecuentado, que se dirige de S. á N. por el E. de Valparaíso.

Estos eran los medios de comunicación de esta población.

Para lograr el resultado que se proponían los constitucionales, era preciso sostener un sangrienno combate ante Vina del Mar, ser dueños del camino de Santiago, y entrar por último á viva fuerza en Valparaíso.

Creyóse realizar fácilmente este plan, pues los datos suministrados por la 1.ª brigada, indicaban que cuantos trenes circularon durante la noche del 21, transportaban fuerzas hacia Santiago.

Pero estos erróneos cálculos, bien pronto se disiparon, pues los primeros exploradores que ante Vina del Mar se presentaron fueron recibidos á tiros, y viéndose más tarde las colinas de retaguardia cubiertas de infantes y artilleros. Con anteojos se pudo ver perfectamente el sinnúmero de reductos y atrincheramientos del fuerte Callao, cubiertos de artilleros.

En estas condiciones, no pensaron los jefes de brigadas en decidirse por un combate, que tan pocas probabilidades de éxito ofrecía; á consecuencia de esta opinión, los reunió el Comandante en jefe, para resolver acerca de la situación.

Durante todo el día se sostuvo contra la artillería del Callao un ligero y estéril cañoneo, pues los cañones del adversario eran de mayor calibre que los de los constitucionales.

Empleáronse para este cañoneo alzas de 3.000 m. Algunas baterías, principalmente las de la 1.ª brigada, hicieron 35 disparos por pieza.

A pesar de la superioridad de calibre de la artillería dictatorial y de las piezas del Callao, sus fuegos causaron pocas bajas entre las filas constitucionales; éstos tuvieron solamente tres heridos. Los tiros rasantes se ejecutaron con malas alzas y los de sumersión igualmente estallaron muy altos.

La jornada carece de interés táctico.

En la reunión celebrada por los jefes de columna, opinaron éstos que no era conveniente arriesgarse á un ataque contra las formidables posiciones enemigas. El coronel Körner, jefe de Estado Mayor, opinó, por el contrario, que se debía intentar la entrada en Valparaíso.

Comprometida era, pues, la situación; y salir airosamente de ella, empresa bastante difícil.

Aun suponiendo que los jefes de brigada se decidiesen á apoderarse, mediante sangrientos combates, de Vina y Valparaíso, la desolación y la ruina iban á aniquilar estas dos ciudades; la consecuencia de este impetuoso ataque para la disciplina y moralidad del ejército constitucional, tenía que ser peligrosa, dado el carácter rudo y violento de las poblaciones del Norte de Chile.

En vista, pues, de estos contratiempos, se pensó en reembarcar el ejército y operar al S. de Valparaíso; pero un desembarco, según testimonio de los mismos marinos, era una operación muy comprometida. Retroceder á Quintero, en las condiciones en que se encontraba el ejército, era un peligro.

No quedaba, pues, sino una solución; entrar en Valparaíso por el S., siguiendo el camino antiguo, en vez de hacerlo por el ferrocarril y la carretera; este plan de operaciones ofrecía más ventajas que la completa inacción.

Semejante proyecto es el que adoptó el general en jefe del ejército. Al adoptarlo podía suceder, ó bien que el enemigo empeñase el combate en una posición no tan estratégica como aquella, ó que se ganase por sorpresa el viejo camino, cuya consecuencia inmediata era la entrada en Valparaíso; á su vez los generales dictatoriales podían suponer que el objetivo de los constitucionales era ir directamente á Valparaíso, desguarnecida casi por completo; por lo tanto, la primera hipótesis era la más aceptable.

El inconveniente principal consistió en la pérdida de la base de operaciones; el ejército constitucional se aislaba de la flota, que era su refugio en caso de retirada, y en la que encontraba cuantos recursos necesitase, tanto en municiones como en víveres.

El jefe de Estado Mayor, respecto á este particular, hace las deducciones siguientes: «El plan convenido, dice, no podía obtener resultado favorable sino con la condición de ejecutarse rápidamente, puesto que la posición que se trataba de tomar para entrar victoriosamente en Valparaíso por el camino antiguo, era tan fuerte como la de Vina del Mar.

»Era necesario llegar cuanto antes al punto decisivo; al Alto del Puerto, situado al N. de Placilla.

»Pero se oponían algunas dificultades á su inmediata ejecución; no había camino directo para llegar á dicho punto, y para ocupar Placilla preciso era recorrer 45 km. por un camino que en época de lluvias poníase intransitable.

»Por lo tanto, la primer dificultad consistía en recorrer este trayecto de 45 km. en doce horas próximamente; además, había que tener en cuenta que se trataba de voluntarios sin prácticas militares. Sabían batirse perfectamente, pero ignoraban que para luchar, preciso es haber efectuado antes marchas forzadas.

»No podía, pues, pensarse en recorrer en una sola jornada los 45 km., necesitándose, por lo tanto, dos cuando menos; como para el enemigo era pequeña la distancia que tenía que recorrer, podía fortificarse fácilmente en Alto del Puerto, de la misma manera que lo hizo en Vina del Mar».

De este modo, sin sorpresa, se tenía la seguridad de encontrarse frente al ejército dictatorial, en condiciones no muy favorables para éste.

Se convino, pues, con objeto de engañar á los generales dictatoriales, efectuar una marcha retrógada hacia Quilpué en la forma más conveniente, aprovechándose de la ventaja de no estar ocupado el interior del país por el enemigo. Esta sería la operación del primer día.

El segundo día descansarían las tropas y se renovarían municiones y víveres, pues desde este momento la escuadra no podría prestarles apoyo material ninguno.

El tercer día, se ejecutaría el movimiento envolvente para trasladarse del camino nuevo al antiguo.

El cuarto día al amanecer, atacarían las tropas la posición de Alto del Puerto.

Según puede observarse, arriesgada era la empresa, más contaba con la energía de las tropas y el entusiasmo que las impulsaba.

El 24 debía ser ocupada Quilpué. El 25 se trataría engañar al adversario desde estas posiciones. El 26 se emprendería el movimiento envolvente, y el 27 el ejército constitucional encontraríase al Mediodía de Valparaíso.

JORNADA DEL DÍA 24.

Marcha retrógrada.

Terminado el infructuoso cañoneo de Vina del Mar, que no produjo otro resultado sino un excesivo gasto de municiones de las escasas dotaciones de las piezas, comenzó durante la tarde del 23 un retroceso de las tropas constitucionales á sus campamentos, situados en la barranca de Renaca; al mismo tiempo se enviaron á Concón inferior cuantas bestias de carga existían disponibles para el transporte de municiones y víveres de las lanchas de la escuadra.

En la mañana del 24 comenzó una marcha retrógrada en dirección de Quilpué, con sujeción á los principios de la estrategia.

La 2.ª brigada, que resultaba ser la primera en el movimiento que iba á realizarse, debía ocupar posiciones frente á Quilpué, cubriendo la carretera y línea férrea, mirando al Norte.

A continuación marcharía la 3.ª; se detendría á la altura del Salto para hacer frente al enemigo.

La 2.ª brigada permanecería en la posición indicada hasta las diez ú once de la mañana, á cuya hora, después de haber visto desfilar por su retaguardia los convoyes procedentes de Concón inferior, retrocedería para colocarse á la derecha de la 3.ª; ésta se retiraría una vez que la línea férrea se hubiese inutilizado.

Sencillo en la teoría, pero difícil de aplicar, era este movimiento en la práctica, porque entre la barranca de Renaca y Quilpué, no hay sino malísimos senderos y un terreno escabroso. Escasamente 12 ó 14 km., era lo que tenían que recorrer las

fuerzas en esta marcha; pero cuando el ganado comenzó á moverse arrastrando el material, de tal modo surgieron las dificultades, que la 1.ª brigada no pudo ponerse en marcha sino después de amanecer, y la 3.ª, acampada á la altura del Salto, llegaba por la mañana á Quilpué.

Se pretendió efectuar una marcha de día, al frente del enemigo; esta operación no era sino un medio para ocultar sus planes, ejecutar algunos movimientos ofensivos que atrayesen á los dictatoriales cerca de Quilpué y se librase la batalla en condiciones favorables para los constitucionales. Nada de esto sucedió; no tan sólo el ejército dictatorial no hizo maniobra táctica alguna, sino que al menos fué afortunado en su pasividad, porque durante esta penosa marcha no hubiese combatido sino en condiciones desventajosas é inútiles. Resultó, pues, nocturna esta marcha para los constitucionales (1).

JORNADA DEL DÍA 25.

Este día, que se pensó dedicar al descanso de las tropas antes de emprender el movimiento envolvente, se invirtió en reorganizar las baterías, ordenar el convoy, distribuir municiones y víveres, circular órdenes á los regimientos que se habían separado algo durante la marcha nocturna y asegurar el servicio de seguridad, porque, aun cuando se había destruído la línea férrea, se temía que el enemigo hubiese reparado las averías y concentrase sus fuerzas en Santiago, Valparaíso y estaciones á retaguardia de Quilpué (2).

(1) Se debieron utilizar los bueyes que se encontraban en el país y engancharlos á las piezas del batallón de Artillería núm. 1, lo que no sucedió hasta el 24 en Quilpué.

Las ametralladoras ocasionaron mucho trabajo en su transporte; hubo necesidad de abandonar una, quitándole la culata móvil.

Tan grande era la dificultad para su arrastre por los senderos, que se dió una orden para que ni aún se intentase llevarlas en las marchas del 26 y 27; con objeto de que no cayesen en poder del enemigo, se ordenó se enterrasen.

(2) En el Salto se había cortado el púente, pero entre este punto y Valparaíso la vía estaba libre.

Se podría haber evitado el peligro por el lado de Limache (Santiago), hacien-

El 26 era el día designado para efectuar el movimiento envolvente cuyo resultado debía ser la ocupación de posiciones al Sur de Valparaíso. Ejecutar esta operación de día, era exponerse á ser visto por el enemigo, por lo cual se convino en llevarle á cabo del modo siguiente:

La 2.ª brigada, en vanguardia, iniciaría el movimiento á la una y media de la noche.

La 3.ª brigada, constituyendo el grueso de la columna, partiría una hora después, ó sea á las dos y media.

La 1.ª brigada se pondría en marcha, una vez que la 3.ª hubiese levantado el campamento, á cuyo efecto debía estar dispuesta á las tres de la madrugada.

Treinta y cinco kilómetros iba á ser la longitud de la jornada; 13 km., hasta Quillarge, remontando el arroyo de Quilpué; 7 kilómetros, hasta la hacienda de las Palmas, y 15 km. desde este punto á las Cadenas.

En época normal y por buen camino, los soldados constitucionales, con pocos hábitos militares y no llevando el peso de las tropas europeas, podían muy bien soportar esta marcha; los caminos no existían, y tan sólo estrechos senderos á través de un país accidentado y cubierto de bosque, ponían en comunicación una finca con otra.

Tanto en este día, como en la jornada del 24, los accidentes del terreno y los inconvenientes de la impedimenta, fueron otras tantas dificultades que se opusieron al avance de los constitucionales.

JORNADA DEL DÍA 26.

Marcha.

El 25 por la tarde, una lluvia torrencial anegó los campamentos; á consecuencia de este temporal, nadie pudo comer ni

---

do volar un túnel en San Pedro, pero se necesitaba mucha dinamita y no había sino algunos kilos. Únicamente se colocó en el interior del túnel una máquina, que con algunos cartuchos de aquel explosivo entorpecieron el movimiento.

dormir, y sobre todo, habíanse mezclado las unidades hasta tal punto, que fué preciso reunir de nuevo las fuerzas.

El resultado de este grave contratiempo fué, que la 2.ª brigada no pudo ponerse en movimiento sino hasta las tres de la madrugada, y por caminos convertidos en barrizales y atascaderos. Tan lenta empezó su marcha esta brigada, que ya era de día cuando partió la 3.ª, y cerca de las siete de la mañana, cuando á su vez lo hacía la 1.ª

Habíase convenido que el alto general se diese en la hacienda de las Palmas, situada á 19 ó 20 km., próximamente, de Quilpué.

La cabeza de la columna llegaba á este punto entre nueve y diez de la mañana; pero si se tiene en cuenta la naturaleza del camino recorrido, puede comprenderse fácilmente el alargamiento que sufrió toda la columna; á las dos de la tarde aparecía la cabeza de la siguiente brigada y á las cuatro la que formaba la retaguardia.

No obstante ser una división de 10.000 hombres, y con escasa impedimenta, necesitó, como se vé, ocho horas para recorrer tan corto camino (1).

La situación del ejército constitucional había empeorado con esta marcha, porque á las dificultades anteriores se agregó la del transporte de la artillería, pues las piezas aún más ligeras tuvieron que ser arrastradas por bueyes y vacas.

Habiendo cesado afortunadamente el temporal, las brigadas concentradas alrededor de las Palmas, descansaron y emprendieron nuevamente la marcha hacia las Cadenas, de cuya posición les separaba una distancia de 15 km.

Para evitar que el ejército dictatorial se anticipase á este movimiento y ocupase de antemano las fuertes posiciones de Alto del Puerto, era indispensable continuar apresuradamente la marcha.

---

(1) Se habían separado los escuadrones del camino seguido por las tropas á pié. Habiendo permanecido algún tiempo en Quilpué después de marchar la última brigada, tomaron el camino de las Palmas, flanqueando á la infantería, encontrándose en esta posición al medio día.

Durante la mañana se les incorporó un escuadrón de húsares del ejército dictatorial, que viniendo de Limache, había desertado y se unía á los constitucionales.

Circuláronse, pues, las oportunas órdenes para realizar una marcha nocturna. La 2.ª brigada se movería á las cinco de la tarde, la tercera á las seis y la 1.ª á las siete y media.

«Operación la más penosa de la campaña», dice el comandante en jefe de las fuerzas constitucionales.

Había cesado de llover, pero la noche presentábase fría y nebulosa; obligados á marchar con profundo silencio á través de terrenos fangosos, por senderos poco menos que intransitables y cubiertos de maleza, la fuerza moral algo influiría en aquellos bisoños y valientes soldados. Rendidos de sueño y de fatiga, acostábanse en la tierra húmeda, al pié de los árboles; de este modo, en vez de estar reunidas las brigadas á media noche en las Cadenas, no había sino grupos esparcidos á lo largo del camino y al abrigo de los grupos de árboles.

«Ante situación tan terrible, no podía pensarse en continuar avanzando y librar la batalla que desde el día 27 debió abrirnos las puertas de Valparaíso», dice el Comandante en jefe.

A pesar de la obscuridad, avanzaron los escuadrones de caballería y establecieron el servicio del mejor modo posible (1).

JORNADA DEL DÍA 27.

Según los proyectos del jefe de Estado Mayor, en este día debían haber entrado las tropas constitucionales en Valparaíso; pero después de dos jornadas tan penosas como arriesgadas, se trasmitieron órdenes á los cuerpos para el buen éxito de la operación que se proyectaba.

Las tropas vivaquearon en las Palmas, dando frente al Mediodía.

A vanguardia, y dando el servicio de seguridad, se estableció el regimiento de Atacama, núm. 10, perteneciente á la 2.ª brigada, con la artillería correspondiente. El frente y los flancos los protegía la caballería, dividida en tres grupos.

(1) Algunos granaderos y lanceros, capturaron en la mañana del 27 un fuerte pelotón de cazadores á caballo, que trataban de reunir bestias para enviarlas á Valparaíso.

Del enemigo no se tenían sino vagas noticias; pero todo hacía suponer, que en terreno descubierto y cuando la claridad del día permitiese distinguir, el ejército dictatorial tomase á su vez las medidas que juzgase convenientes.

La mañana del día 27 se dedicó á efectuar completos reconocimientos, cuyo resultado fué precisar la situación exacta de las fuerzas contrarias; las tropas del dictador parecían numerosas, y ocupaban lo alto de la cuesta, á caballo sobre el camino que conduce á Valparaíso. Las casas del valle, así como los linderos del bosque que daban al arroyo, no parecían ocupadas por el enemigo.

La situación topográfica del país favorecía sobremanera para la defensiva; el camino subía, desde las Cadenas hasta Placilla, para descender siguiendo la margen del río; luego separábase de éste y haciendo una serie de zig-zás, volvía á subir hasta el Alto del Puerto, penetrando enseguida en un pequeño desfiladero, á cuya salida por el O. se encontraba la ciudad de Valparaíso.

La situación del ejército constitucional era idéntica á la del día 24; pero si en esta fecha creyóse que iba á reñirse porfiado combate ante Vina del Mar, obligando al ejército dictatorial á efectuar un movimiento más ó menos largo para lograr su obfeto, en el momento actual no era posible retroceder, sino atacar al ejército dictatorial que impedía el acceso á Valparaíso.

En las comunicaciones de los jefes de brigada se indica que las tropas están deseosas de combatir, pues no se les exigía una operación nocturna.

Entre siete y ocho de la tarde del día 27, después de haber conferenciado el comandante en jefe con el jefe de Estado Mayor acerca de la situación del ejército dictatorial, reunió el primero en las Cadenas á los jefes de brigada y regimiento para exponerles el plan de ataque del día siguiente.

«Frente al S., y á caballo sobre el camino ocupando un frente de 3 á 4 km., encontrábase el ejército dictatorial; su flanco derecho ocupa la parte superior de un contrafuerte que avanza hacia la meseta, y el izquierdo se apoya en terrenos quebrados, cubiertos de bosque y de difícil acceso. Conocida, pues, esta situación del enemigo, la llave de su posición parece ser la dere-

cha. Si se consiguiese arrollarla, las tropas del ala izquierda quedarían inutilizadas por completo y no podrían prestar apoyo con sus fuegos al flanco contrario, por encontrarse su línea de combate formando un ángulo muy abierto y además por la topografía del terreno».

«Para que esto suceda, el ataque deberá efectuarse sobre este punto por dos brigadas escalonadas á la distancia de 500 metros, quedando la tercera en reserva y de protección de la artillería. El ataque será rápido y enérgico, de modo que el fuego no se abra sino á la distancia de 300 á 400 m. á lo sumo, pues los soldados no disponen sino de 150 cartuchos por plaza, y sabida es la tendencia al gasto de municiones cuando protegen los accidentes del terreno».

De conformidad con estas observaciones, el jefe de Estado Mayor detalló el plan de ataque durante la sesión, remitiendo luego á cada uno de los jefes una orden detallada por escrito, con objeto de que no se cometiese ningún error perjudicial al movimiento en el campo de batalla.

JORNADA DEL DÍA 28.

Batalla de Placilla.—Entrada en Valparaíso.

Esta jornada, sumamente interesante, es la última de la campaña.

El día 27, y tal como se había pensado, encuéntrase el ejército constitucional á caballo sobre el antiguo camino de Valparaíso y al Sur de esta ciudad.

Había efectuado una marcha de 45 km. que excede á toda ponderación, pues llevóse á cabo á través de bosques, terrenos accidentados y pantanosos; soportaron, además, una incesante lluvia, sin más abrigo que unos trajes de tela, pues las mantas escasearon durante toda la campaña.

Los vivacs no se utilizaron sino para descansar, y los víveres, á excepción del carnero y de la cabra, escasearon bastante.

Si dificultades tuvo que vencer la infantería, calcúlense las que se opusieron al eficaz empleo de la artillería, utilizando deficientes atalajes y escasas herramientas. Indudablemente la marcha del combate hubiese sido otra, si frente á Placilla se hubiesen podido emplazar de 26 á 28 piezas.

Si el 28 á medio día, el ejército constitucional se hubiese lanzado sobre las posiciones enemigas, no cabe la menor duda de que la sorpresa de éste habría sido tan grande, que seguramente el camino de Valparaíso quedaría libre en pocos momentos; pero lograr esto era imposible, porque después de fatigosas marchas y á pesar de la habitual animación de los soldados, se encontraban los regimientos en un estado tal, que no podían resistir un esfuerzo desesperado.

A su vez, el Estado Mayor dictatorial comprendió el movimiento circular que alrededor de Valparaíso efectuaban los constitucionales; pero dudaba, preguntándose si esta operación no era sino un ardid de guerra.

Los dictatoriales estaban indecisos en su modo de obrar; no sabían si responder á la ofensiva contraria con una defensiva estratégica, porque á causa de las deserciones que existían entre sus filas no confiaban mucho en la seguridad de sus tropas.

Si los días 24, 25 por la mañana, 26 y 27 por la mañana, se hubiese visto sorprendido en sus marchas el ejército constitucional, es indudable que las dificultades opuestas al choque táctico habrían sido muy grandes.

Prefirió, pues, el ejército dictatorial, esperar el ataque en Alto del Puerto con cuantas fuerzas pudo reunir; 10.000 hombres próximameute con una buena artillería (1).

Dominante y excelente era la posición. Pero tenía un inconveniente y éste era capital; demasiado estrecha la línea de retirada. Mejor hubiese sido atrincherarse en tal posición, sosteniendo fuertes destacamentos á vanguardia y al pié de las alturas, en las casas y linderos del bosque. Pero prefirió el ejército dictatorial contentarse con cerrar sencillamente, mediante una

(1) Dice el general del Canto, que la extensión de las posiciones dictatoriales harían suponer tuviesen cuando menos 14.000 hombres.

extensa línea de fuego, el camino de Valparaíso, reforzando con algunos espaldones los puntos más vulnerables.

El Estado Mayor constitucional, en vista del exacto cuanto rápido reconocimiento de las posiciones enemigas, pudo trazar de antemano la misión que cada unidad iba á desempeñar en la acción.

Del mismo modo que en las anteriores operaciones, vamos á juzgar cómo los sucesos más sencillos hechan por tierra en la guerra los mejores proyectos y más perfectamente preparados de antemano.

La 1.ª brigada, decían las instrucciones, atacará de frente. La 2.ª seguirá á la anterior á 500 m. de distancia, y seguidamente oblicuará á la izquierda para atacar el flanco derecho del enemigo. La 3.ª, quedará en reserva vigilando el ala derecha de la 1.ª La artillería se establecerá de frente, excepto una batería que ocupará posiciones en el flanco derecho. La caballería, mitad en el flanco derecho y el resto en el izquierdo.

Comenzará el movimiento á las seis de la mañana.

Hé aquí las órdenes en general, pero minuciosamente desarrolladas por el jefe de Estado Mayor.

En resumen; se contaba y constituía, por decirlo asi, el eje de las instrucciones con que la 1.ª brigada iniciaría el combate; situándose á retaguardia y flanco izquierdo de ésta, en reserva, la 2.ª, que prolongaría y apoyaría el frente de aquélla por la izquierda, al mismo tiempo que la 3.ª brigada de reserva general, atacaría en el momento oportuno el ala izquierda del contrario.

Esto era lo regular y teórico, porque se consideraba el punto más avanzado de la derecha de los dictatoriales como la llave de la posición, y en su izquierda, se encontraba la línea de retirada que era preciso amenazar y romper á toda costa.

La distancia desde Placilla hasta el centro de la posición enemiga era de 5 á 6 km.

Ocurriósele al ejército constitucional la idea, quizá poco afortunada, pero muy natural cuando se trata de tropas poco maniobreras y no acostumbradas á las marchas, preceder á la acción con una concentración delante de las Cadenas.

Se suponía que esta operación preliminar del combate, acabaría á las seis, á cuya hora se daría la señal de avance.

Hubo un retraso de una hora, por cuya causa los movimientos se hicieron á la vista del enemigo; fué esto un grave inconveniente, que felizmente no tuvo desagradables consecuencias, debido á la pasividad del defensor (1).

Otro inconveniente de las instrucciones, fué dar á la 2.ª brigada, desplegada á retaguardia de la 1.ª, una doble misión, la de servir de reserva para ayudar á aquélla en la arriesgada travesía del valle de Placilla y obrar al mismo tiempo sobre el flanco derecho del enemigo (2).

Esta segunda misión halagaba más que la primera; prefirió la 2.ª brigada efectuar con su propio esfuerzo el movimiento envolvente. Los regimientos de esta brigada que primeramente desplegaron, se preocuparon más bien de apoyar su izquierda que unirse y reforzar en caso preciso á la 1.ª brigada.

Después de las peripecias peculiares á toda acción, el combate se decidió por una carga de infantería y caballería sobre el ala derecha dictatorial; pero la hipótesis más admitida fué la de que, siendo el flanco izquierdo enemigo el objetivo de los

---

(1) Considerando la cuestión en su aspecto táctico, sin criticar operaciones llevadas á cabo en situaciones no bien conocidas, se ajustan en un todo á la realidad.

(2) Dice el comandante en jefe: «Bien pronto noté que la 1.ª brigada encargada de atacar la colina situada al Este del camino, lo hacía desviándose á la derecha, mientras que la 2.ª brigada, destinada á marchar á retaguardia de la anterior, marchaba por su izquierda y sólo iba á encontrarse frente al objetivo.

Envié enseguida mis ayudantes para que la 3.ª brigada (reserva) envíase refuerzos á la 2.ª Volvieron anunciando que la 3.ª, según las instrucciones del coronel Körner, había entablado combate en el mismo sitio que la 1.ª, lo que naturalmente variaba el plan. Los cuerpos de la 2.ª brigada no podían avanzar.

En tan crítica situación, y sin reserva que emplear, resolví enviar en su ayuda la caballería, decidido á sacrificarla, haciendo un supremo esfuerzo.

Ordené que los lanceros, guías y húsares, se precipitasen sobre la derecha del adversario; el resto de los escuadrones seguirían á éstos como refuerzo.

Esta última medida fué inútil. Avanzando los primeros al galope atravesaron la meseta, y subiendo la cuesta, cayeron sobre el enemigo sable en mano, con tal firmeza, que los que no fueron acometidos huyeron en completo desorden».

constitucionales, parecía natural que por este lado se operase principalmente.

Estuviese ó no conforme la hipótesis con el desarrollo, el combate empezó á las siete y media y á las diez y media el triunfo era completo para los constitucionales. Los dos generales dictatoriales habían muerto; sus tropas huyeron precipitadamente hacia Valparaíso abandonando todo el material de guerra.

El combate fué tan notable como ocho días antes lo había sido en Concon. Si en esta acción existió la dificultad de atravesar un río profundo, en la del 28 fué preciso maniobrar enmedio de terrenos quebrados, cubiertos de matorrales espinosos y sufriendo un vivo fuego del enemigo (1).

Vamos á señalar, del mismo modo que lo hicimos en la relación del combate de Concon, el papel desempeñado en esta acción por las diversas armas.

Caballería.—La misión de la Caballería en esta batalla es la siguiente: dividida en dos grupos de tres escuadrones cada uno cubría los flancos propios.

En el flanco derecho poco había que temer; accidentado el terreno y cubierto de maleza, difícil era pudiesen moverse los caballos á los aires más vivos; una vez comenzada la acción, los tres escuadrones que protegían dicho flanco derecho, se reunieron en el centro de la línea y en el mismo camino.

En el flanco izquierdo, no eran tampoco pequeñas las dificultades; componíanse los tres escuadrones de guías, lanceros y húsares. Dice uno de los jefes de cuerpo, que tan obstruído se hallaba el terreno de barrancas, zanjas y principalmente de cercas de alambre, que costaba gran trabajo moverse, obligando por consiguiente á efectuar muchos rodeos.

A la admirable carga de estos tres escuadrones sobre el flanco derecho dictatorial, se debió principalmente el éxito de la

(1) Después del asalto, fué tan grande la confusión entre las unidades, que no solamente los regimientos se habían mezclado entre sí, sino que lo habían hecho á las tropas vencidas que no tuvieron tiempo de huir.

Bastante trabajo les costó á los oficiales reconstituir sus tropas, y á duras penas se consiguió á medio día concentrar un poco las brigadas para no entrar desordenadamente en Valparaíso.

jornada, porque la infantería estaba cansada y falta de fuerzas, para trepar por las posiciones que los jinetes subieron al galope, á pesar de la fatiga y mal estado de los caballos.

Esta carga á través de un terreno de bastante pendiente y batido por los fuegos contrarios es verdaderamente singular, contribuyendo seguramente este arrojo inaudito al brillante éxito de la batalla.

Todo el flanco derecho dictatorial fué atropellado por esos 300 caballos, que sembrando la muerte llegaron al corazón de las posiciones enemigas; los infantes huyeron, los artilleros fueron acuchillados al pié de sus mismas piezas, y los jinetes, ante semejante avalancha humana, los unos escaparon y los otros fueron derribados.

Las pérdidas sufridas por los constitucionales en tan arriesgada operación fueron escasas; los guías tan sólo tuvieron 10 hombres fuera de combate y los lanceros 18 soldados y tres oficiales. Los húsares, cuyos caballos se hallaban en buen estado y fueron probablemente los primeros que llegaron, tuvieron mayor número de bajas, 44 de tropa y cinco oficiales, ó sea un tercio de su efectivo. No hubo, además, persecución propiamente dicha.

Artillería.—El éxito de la jornada, como queda dicho, fué debido más bien al espíritu general de las tropas que á sus movimientos teóricos, á excepción de la carga sobre el flanco izquierdo dictatorial.

La marcha efectuada aquella mañana por la artillería, para dirigirse á los emplazamientos señalados el día anterior, llevóse á cabo felizmente, debido en gran parte á la completa inacción del contrario.

Se rompió el fuego á la distancia de 1.600 á 1.800 m.; al terminar el combate, algunos cañones y ametralladoras habían avanzado hasta 600 ú 800 m.

Los disparos de la artillería enemiga se hicieron con bastante precisión. Se había recomendado economizar municiones, pues en la situación en que se encontraban los constitucionales era difícil substituirlas; á medida que la acción se iba desarrollando, y se veía la dificultad con que la infantería congresista

se movía en un terreno escabroso, sufriendo además el vivo fuego de los cañones enemigos, no pudo por menos la artillería constitucional de acelerar el tiro, hasta que finalmente hízose éste bastante lento; pero ya la batalla tocaba á su término.

En el centro y derecha del ejército constitucional, la rapidez en el fuego fué tal, que el comandante de Artillería del batallón número 2 (1.ª brigada) consumió 52 disparos por pieza, y el del batallón núm. 1 (1.ª brigada), careciendo de proyectiles en el momento del asalto, hizo uso de los saquetes de pólvora únicamente como efecto moral.

La artillería del ala izquierda, debido quizá á la dificultad del terreno, no hizo tanto uso de las municiones.

Infantería.—Al contrario de lo sucedido en el combate del día 21, en esta acción el fuego á grandes distancias ha sido muy escaso; pero hay que tener en cuenta que, en el primero, el terreno estaba cubierto de malezas, altas yerbas y juncos, y, por consiguiente, poco expuesto á la vista del enemigo; mientras que en el segundo, las posiciones enemigas eran formidables.

Cuando el día 27 encontráronse las tropas constitucionales en la parte más baja de la pendiente, sometidas á un vivísimo fuego del enemigo, obligadas á detenerse para reforzar las primeras líneas y ordenar el ataque, comenzó á distancias muy cortas un nutrido tiroteo, que ocasionó un considerable gasto de municiones, que naturalmente hizo concebir serios temores para el momento del ataque decisivo; la infantería iba municionada á razón de 150 cartuchos por individuo.

Según los datos oficiales, las pérdidas de los constitucionales fueron: 22 oficiales muertos y 83 heridos; 463 soldados muertos, 1.041 heridos y 191 desaparecidos.

Los dictatoriales tuvieron las siguientes bajas: 941 muertos y 2.422 heridos (1).

(1) Después de haber recogido bastantes cadáveres en los días siguientes á la acción, con objeto de evitar la peste, se ordenó la cremación de los que aún quedaban; si según los datos oficiales hubo 1.400 muertos, este total confronta con los de los dictatoriales y constitucionales, ó sea 941 y 463 respectivamente.

Se ha pretendido que las pérdidas de los constitucionales fueron de 1.400 á 1.600 y las de los contrarios de 800; pero según recientes datos, las de éstos fue-

Como se vé, este combate es uno de los más sangrientos de nuestros días; porque admitiendo que, tanto por uno como por otro lado, existiesen 20.000 hombres, que es lo más probable, la cuarta parte del efectivo ó sean 5.000 quedaron fuera de combate.

Pérdidas tan considerables para los constitucionales seguramente ocurrieron cuando, soportando un mortífero fuego de sumersión, fué preciso pasar al pié de las alturas enemigas y ante su vista; por parte de los dictatoriales, aun cuando la extensión del frente de combate era de 4 km., ó sea cuatro hombres por metro de frente, debióse acercar más la reserva á la línea de tiradores; la retirada, además, llevóse á cabo por un espacio muy estrecho, al que alcanzaban los tiros del enemigo.

Suponiendo, y esto es quizá lo más exacto, que los dictatoriales hubiesen tenido 2.500 hombres muertos ó heridos, en vez de los 3.363 por los fuegos de la infantería, según dicen los partes oficiales, se obtiene un resultado de 25 por 100, ó sea doble del de la batalla de Concon (1).

Terminada con esta batalla la parte puramente militar de la campaña, no iremos más allá. Ganada esta acción por los constitucionales, con ella se decidió el derribo de la dictadura de Balmaceda; tres días después, parte del ejército constitucional entraba triunfalmente en Santiago, capital de la República de Chile.

RESÚMEN DE LA CAMPAÑA.

Las tropas constitucionales, á pesar de estar poco aguerridas é instruídas, se encontraban poseídas de un gran espíritu militar. Esta excelente moral, era tanto más necesaria cuanto

ron de 2.500 entre muertos y heridos. Difícil es obtener cifras exactas por constar el ejército constitucional de numerosos desertores dictatoriales, que conservaban su armamento y uniforme.

(1) Los constitucionales consumieron de 120 á 125 cartuchos por plaza, pues algunos casi carecían de municiones cuando entraron en Valparaíso. Con 8.000 fusiles próximamente contaban los constitucionales; es decir, un millón de cartuchos consumidos como en Concon.

que con escasos medios se intentaba derrocar una dictadura, que tenía por base la parte más rica y poblada del país, así como abundante material de guerra.

Los generales de Balmaceda, se preocuparon sin duda muy poco de la fuerza moral de sus enemigos. Se ha asegurado que, precisamente ese desden hacia un adversario poco conocido, fué lo que indujo á Alcerrea á desistir de atacarlos en el Aconcagua el 21 cuando los vió empeñados en el paso de los vados. Se le había ordenado terminantemente dejarlos avanzar hacia el interior.

La decisión de desembarcar en Quintero y entrar primero en Valparaíso y luego en Santiago, para ser llevada á cabo con éxito, necesitaba de una energía extraordinaria en las tropas; durante ocho días de campaña, fué preciso apelar á todos los medios para sobrellevar tan gran número de dificultades y evitar desmayase aquel bisoño ejército en su arriesgada empresa.

Se creía entrar por sorpresa en Valparaíso, habiendo antes librado un encarnizado combate; pero el día 21, ya el Aconcagua se hallaba ocupado por fuerzas superiores en número á las de los constitucionales.

En semejante situación ¿qué partido adoptar? «Una detención en este punto, dice el general del Canto, habría abatido sin duda el valor y la moral de los entusiastas soldados de la Constitución, quienes verían á sus jefes atemorizados ante la presencia del enemigo».

Un torrente por medio y alturas ocupadas por hombres y cañones, era lo que ante su vista tenía el ejército constitucional. En otras circunstancias, se hubiese maniobrado para engañar al adversario en este punto y efectuar el paso por otro. Pero en el caso presente, era imposible semejante operación.

El tiempo también apremiaba; había comenzado la estación de las lluvias. Abundantes aguaceros tan sólo de algunas horas, para hombres habituados á los calores y sequía de las provincias del Norte, eran un contratiempo; los víveres no duraban nada más que para dos días.

Muy aventurado iba á ser el ataque, pero por fin se decidió. Más tarde, el día 25, en el momento en que se efectuaba el

movimiento para trasladarse del nuevo camino al antiguo, una incesante lluvia moja las tropas y cubre la tierra de agua, hasta tal punto que tienen necesidad aquéllas, con lodo hasta el tobillo, de terminar el movimiento ya iniciado; pero á pesar de estas contrariedades, salen vencedores y se transforman en soldados aguerridos, llenos de valor y entusiasmo.

El día 23 era el designado para la éntrada en Valparaíso, pero las alturas del arroyo Quilpué aparecen ocupadas por los dictatoriales. Ignoran los constitucionales las fuerzas de éstos, pero presumen cuáles serán sus efectivos.

En la operación de este día, bien pudo arriesgarse un vigoroso asalto como el del 21. Las tropas no deseaban otra cosa; pero para su realización era preciso diezmar la población de Vina del Mar, arrasar por completo la ciudad, apoderarse de los fuertes, lanzar proyectiles sobre Valparaíso y por sorpresa penetrar á la bayoneta en esta plaza.

«El efecto que semejante medida produciría, dice el comandante en jefe, sería desastroso en ambas ciudades y funestos é inevitables en la disciplina y moralidad del improvisado ejército constitucional, compuesto casi todo de mineros. No habría, por consiguiente, seguridad en ambas poblaciones y no hay que olvidar eran ciudades chilenas».

Como estas observaciones eran muy razonables, decidió el comandante en jefe de los congresistas poner en ejecución el atrevido movimiento envolvente alrededor de Valparaíso.

El éxito coronó este notable plan, y discurriendo un poco era preciso así sucediese.

¿Cómo pudo obtenerse resultado tan satisfactorio en tan poco tiempo? Tan escasos son los datos oficiales que no se puede tratar sino ligeramente de esta notable operación.

El dictador carecía de armada, pero conservaba adicta á su causa la mayor parte del ejército chileno, pues muy pocos fueron los que abrazaron la causa constitucional.

Desde los primeros momentos, parece estuvo el dictador completamente equivocado de cuanto había que temer de sus adversarios. Sin inquietarse por la situación de Valparaíso ó Santiago, había reconcentrado en Coquimbo, al Norte de Valpa-

raíso, de 7.000 á 8.000 hombres que constituían la flor de sus tropas; aunque no ignoraba las maniobras que el enemigo llevaba á cabo en Iquique, siempre pensó que éstas tenían por objeto apoderarse de Coquimbo, razón por la que situó en este punto las fuerzas organizadas de su ejército.

Si lo que afirman los diarios americanos es cierto, siempre tuvo el dictador su objetivo; y cuando le comunicaron que la flota constitucional, pasando frente á Serena-Coquimbo, desembarcaba sus tropas en la bahía de Quintero, tuvo el pensamiento de dejarles penetrar en el país para cortarles su retirada y aniquilarlos por completo.

Pero seguramente estaba imbuído, como otros muchos políticos, por el adagio «dividir para gobernar», sin reflexionar que, tratándose de cuestiones militares este antiguo refrán es tan falso como peligroso.

Disponiendo el dictador de dos fieles generales, ambos queridos por sus tropas, conocedores de la situación militar, puesto que con anterioridad aprendieron á combatir en esta clase de luchas, no supo ó quizá no pudo Balmaceda alejar al uno del otro y ordenar que el mando supremo recayese en uno sólo (1).

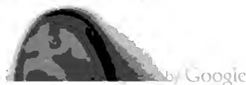
(1) En los combates de esta campaña se vé que la ofensiva, cuya cualidad es el movimiento, fué siempre superior á la defensiva, completamente pasiva por parte de los dictatoriales.

Digamos algo respecto al antagonismo de los generales balmacedistas.

Se ha dicho muchas veces, y no se cansará de repetir á las futuras generaciones, que el secreto de la resistencia estriba en la obediencia á las órdenes emanadas de uno sólo; preferible es un mediano jefe, á dos muy buenos que no se entiendan.

El 20 de Septiembre de 1893, se celebraba en la meseta de Saint Menehould el centenario de la batalla de Valmy. Un gran recuerdo para los franceses; pero desde el punto de vista militar una leyenda. Y sin embargo, pudo ser una notable batalla sin el dualismo en el mando de Dumouriez y Kellermann.

¡Qué hermosa concepción la de Dumouriez! ¡Qué génio! «Aguardad en posición á retaguardia del L'Auve», escribía Dumouriez á Kellermann, al mismo tiempo que éste lo pasaba por su cuenta. Hasta el día siguiente después de la batalla, el segundo no comprendió al primero y volvió á descender á la meseta de Valmy; pero ya era tarde: desorganizados los prusianos, retrocedían batiéndose en retirada. Si los generales franceses hubiesen avanzado hasta el Meuse, tomando en Longuyon la delantera á los prusianos, la retirada de éstos hubiese sido desas-



El general dictatorial Barbosa, oficialmente ejerció el mando superior; pero en realidad ni éste ni Alcerrea.

En el primer folleto publicado por el general Lamiraux, acerca de esta guerra, exponía que el éxito se debió principalmente á la ofensiva del ejército constitucional, frente á la defensiva completamente pasiva de los dictatoriales.

Pero esta defensiva, no fué únicamente la causa del desastre para los defensores del dictador. En Concon y Alto del Puerto, se encontraron los dictatoriales en posiciones tan ventajosas, que unidas á la superioridad numérica, al buen material de artillería y á la facilidad de aprovisionamientos, fácilmente pudieron impedir el asalto.

Es posible, que entre las filas del dictador, el espíritu del sacrificio y la disciplina fuesen muy medianos. Esto se prueba claramente en el considerable número de prisioneros hechos en el campo de batalla y en el de los desertores, cifra tan elevada, que los constitucionales pudieron después de la batalla de Concon, no solamente reconstituir sus efectivos, sino aumentarlos.

Por espacio de tres ó cuatro horas se sostuvieron en sus posiciones, antes de pronunciarse en retirada, las tropas dictatoriales. Éstas sufrieron 1.648 pérdidas en Concon y 3.363 en Placilla, cifras muy enormes si se tiene en cuenta que los efectivos eran de 10.000 á 12.000 hombres. Dícese, según algunos testigos, que los oficiales dictatoriales fusilaban sin misericordia á cuantos mostrasen tibieza.

¿Fué la catástrofe debida al antagonismo de los dos jefes del Ejército dictatorial, ó á que uno no quisiese obedecer al otro? En esta falta de armonía estriba las causas de la derrota de los balmacedistas; pero al menos, muriendo ambos en Placilla al frente de sus tropas, pagaron con la vida sus desaciertos.

«Si las victorias son debidas, dice el general del Canto, al empuje del ejército constitucional, este brío proviene sin duda de estar compuesto de patriotas desinteresados, y de entusias-

---

trosa. Pero ambos generales no se entendieron, y en lugar de un completo aniquilamiento del enemigo no tuvieron, como vulgarmente se dice, « qu'une pochée sur l'œil ».



CAPÍTULO II.

APÉNDICE

POR D. ANTONIO GARCÍA PEREZ.

Hay mucho que aplaudir y hasta respetar en el espíritu del pueblo chileno; es: su energía, valor, abnegacion hasta el sacrificio, patriotismo hasta el martirio.

Chile, para el chileno es más que el hogar amado; es el cielo de sus complacencias y de sus ideales y el orgullo de sus excelsas tradiciones.

La Patria le embriaga y exalta hasta el delirio. El ¡viva Chile! en su boca es el grito de consuelo en sus tribulaciones y dolores, de entusiasmo en el peligro y de alegría en sus victorias.

Dr. D. E. Uriburu, *Secretario que fué de la Legacion Argentina en las Repúblicas del Perú y Bolivia, durante la guerra del Pacífico.*

APÉNDICE

BATALLA DE CONCÓN.

Concón y Placilla señalan los puntos culminantes de esta breve campaña, en la que luchan, de un lado la fuerza material y obediente por parte de los balmacedistas, y por la de los constitucionales, la fuerza moral, el talento y el valor; aquél perfectamente atrincherado en formidables posiciones; éste dominando á fuerza de fatigas insuperables, las lomas ocupadas por el enemigo; el primero, falto de dirección, sobrado de soldados; el segundo, constituído por brillantes Generales y por soldados que con firmeza y previsión sobrepujaban el número, disciplina y disposiciones de los contrarios.

En las proximidades de Concón Medio y frente á Colmo se había concentrado el ejército dictatorial, pero dejando descubierto el flanco izquierdo; este abandono de los balmacedistas, tan lamentable y que no se sabe á qué atribuir, decidió á Körner á apresurar el ataque por dicho flanco, resolviendo de este modo favorablemente para los suyos el combate próximo á entablarse. Los regimientos Taltal y Tarapacá recibieron orden de avanzar hasta la orilla del Aconcagua, al mismo tiempo que descendiendo de la loma que los ocultaba de la vista y fuego del enemigo, los regimientos Constitución, Antofagasta é Iquique y salvando un herboso sendero, llegaban á las márgenes del Aconcagua.

El regimiento de la Constitución era el designado para pasar en vanguardia el vado. Quitáronse oficiales y soldados los zapatos. Se arremangaron hasta el muslo los pantalones, colocaron en los hombros el morral con las municiones de boca y guerra, y con el fusil elevado comenzaron, á las diez y media de la mañana del 21, el paso del Aconcagua: como era de temer que, apostado el enemigo en los matorrales de la margen opuesta, rompiese de pronto nutrido y certero fuego, los soldados de la Constitución, á la vez que procuraban no resbalar en las piedras del fondo del vado, marchaban con las armas dispuestas para contestar rápidamente.

Marchaban en vanguardia las compañías 1.ª y 4.ª de á dos, con orden de atacar los primeros ranchos si había enemigos, dirigiéndose la 1.ª por la derecha y la 4.ª por la izquierda; avanzando las restantes compañías del batallón por el centro, empujarían á las avanzadas contrarias á replegarse á las lomas por el Sur, sufriendo entonces violento fuego del resto de las tropas. El regimiento Antofagasta pasaría el vado inmediatamente, y el de Iquique quedaría protegiendo el paso de los dos anteriores.

Pasaron sin novedad el primer brazo del paso, descansaron un momento en la isla arenosa del centro del río, y oblicuamente se dirigieron á Concón Bajo. En este punto, dos compañías dictatoriales del regimiento de San Fernando, permanecían destacadas para vigilar el paso del río é impedir éste; pero amedrentados por el número considerable de congresistas que rápidamente se dirigían sobre ellos, faltos de entusiasmo y de valor, no buscaron en las excelentes posiciones que ocupaban un auxilio para impedir el paso, ó cuando menos para dificultarlo. La indecisión y el pavor les hizo no pelear ni defenderse, sino huir precipitadamente, refugiándose atemorizados en los ranchos próximos hasta encontrar una ocasión para internarse en el interior. Pero unas cuantas descargas de la 2.ª compañía del 1.er batallón, les hicieron salir á la carrera de sus escondrijos y escabullirse quebrada arriba, llevando la voz de alerta á los suyos.

Libre de enemigos la margen Sur del Aconcagua, el regi-

miento Antofagasta núm. 8, formado en columna de á cuatro, y con las debidas precauciones, atravesó tranquilamente el ancho y caudaloso río.

La impericia de los Generales dictatoriales Alcérrea y Barbosa, su crasa ignorancia del valor de estos pasos, y las poco provechosas exploraciones que de estos lugares habían hecho, les condujeron á una catástrofe, que trajo para el resto de las operaciones decisiva influencia. Existiendo tan sólo dos vados, no se comprende cómo los Generales dictatoriales, parapetados en zanjas de arena, no ocultaron en los matorrales de chilcas una brigada, que con sus fuegos certeros y rasantes hubiese producido numerosas bajas durante los tres cuartos de hora que emplearon en vadear el río los regimientos Constitución y Antofagasta. No podrían los Generales dictatoriales alegar ignorancia del movimiento de los contrarios, pues sus exploradores habían llevado la noticia; ni tampoco equivocarse al divisar la escuadra constitucional junto á la desembocadura del Aconcagua, de la capital importancia que daban los congresistas al paso del río.

Durante el paso, en previsión de un ataque inesperado, se ordenó al comandante Frías que en formación de combate quedase el regimiento Iquique en la isla arenosa protegiendo el paso. Á continuación del Antofagasta vadearon los escuadrones Libertad número 1 y carabineros del Norte núm. 3, sin ser molestados por el enemigo; terminada su misión, el regimiento Iquique se incorporó á los otros dos de su brigada, que ya habían tomado posiciones en la orilla opuesta.

Advertidos, aunque tarde, los dictatoriales del peligro grave que les amenazaba, intentan remediar el error cometido enviando numerosas fuerzas de las tres Armas, que impidiesen el avance á través de las lomas, quebrados y mesetas que constituyen los estribos de una cadena de altos cerros que tiene su origen en la cumbre del Torquemada; rápidamente se formó al pie de las primeras lomas situadas al Sur del Aconcagua una extensa línea de combate, reforzada por una batería de cañones Krupp, establecida en una meseta próxima; sin dilación rompióse fuego de artillería y fusilería sobre los cuerpos de la

1.ª brigada, que se apresuraron á abandonar su desfavorable situación.

La Marina constitucional comenzó á cañonear vivamente las posiciones dictatoriales, aminoráronse los ímpetus de éstos; sus disparos fueron tan certeros, que merced á ellos se logró que conteniéndose el enemigo, se organizasen y desplegasen en orden de combate los regimientos de Constitución y Antofagasta; una granada del *Esmeralda* cayó en medio de un pelotón de Caballería, deteniendo su veloz marcha; otra del *O'Higgins* produjo enorme confusión en un grupo de Infantería.

Eran las once y cuarto de la mañana. El día estaba fresco, agradable, primaveral. El cielo lucía su azul profundo en el ocaso, mientras por el Oriente las apiñadas nubes que coronaban las cumbres de los Andes, extendían sobre los defensores de la libertad, á modo de flotantes gasas, blancos y tenues vapores que amortiguaban el ardor de los rayos del esplendoroso astro. Una brisa leve y casi imperceptible, subía como amoroso hálito del mar y río cercanos. Las ondas quebradas con sus tupidos bosquecillos de boldo, culer, colihue y canelo; las verdes lomas cubiertas de menudo césped, matizadas de lindas florecillas y de hierbas olorosas, y desde cuyas cimas se descubría el siempre arrobador espectáculo del mar inmenso y solitario, convidaban al espíritu al meditabundo reposo y á las alegrías campestres, silenciosas y apacibles. La naturaleza, engalanada con sus más placenteros atavíos, enviaba á los hombres un dulce ósculo de paz y de cariño, mientras éstos, apartada su atención de cuanto no fuera un homenaje á la guerra y sus furores, sólo pensaban en acariciar ceñudos sus armas y en herir mortalmente á sus contrarios; la batalla de Concón se empeñaba desde los primeros instantes de un modo rudo y decidido.

La metralla y fusilería de los dictatoriales sobre la 1.ª brigada, ruda y decidida desde un principio, transformó en encarnizada lucha el hasta entonces tranquilo paso del río. El 1.er batallón de la Constitución, avanzando por la izquierda del caserío de Concón Bajo, mientras el segundo tomaba por la izquierda el camino que se dirige á la meseta, sorprendían á los enemigos, que quedaron admirados de la serenidad y resolución de los con-

gresistas. Mientras los batallones de la Constitución escalaban denodadamente la pendiente de la meseta, arrollando la resistencia del contrario, el Antofagasta desde un principio hacía nutrido fuego desde una cerca viva junto á una de las primeras casas de Concón Bajo, avanzando seguidamente para ponerse á la altura del de la Constitución: los matorrales de la orilla Sur y una zanja, detuvieron la marcha de Antofagasta durante breves momentos, transcurridos los cuales fué á colocarse á la izquierda de la Constitución.

El fuego que desde la meseta hacían los dictatoriales era nutrido y mortífero; numerosas bajas causaban en los congresistas; pero éstos, ciegos de valor, y seguros de la victoria que sería el final de tan sangriento empeño, ni cejan, ni se amilanan; la sangre de los suyos les enardece, y tan ordenados como sedientos de gloria, trepan por la pendiente de la meseta, arrostrando impasiblemente el horroroso fuego de los balmacedistas.

Empeñada ya la acción, vadean el Aconcagua los escuadrones Libertad núm. 1 y Carabineros del Norte núm. 3, y avanzan hacia la derecha de Concón Bajo y á retaguardia de la Infantería, pues en la pendiente donde la Constitución y Antofagasta están riñendo porfiada lucha, no puede la Caballería obrar con éxito. Durante la travesía de estos escuadrones, las fuerzas enemigas establecidas en el borde de una de las colinas fronterizas con el Aconcagua, dirigieron sobre ellos sus fuegos sin resultados positivos; las granadas estallaban sin causar daño alguno. El regimiento Iquique pasó después de la Caballería, marchó detrás de ésta y se estableció como reserva de la Constitución y Antofagasta; los disparos dirigidos contra este regimiento por las baterías enemigas, no produjeron ninguna baja; desde la margen izquierda hasta Concón Bajo, el camino se ocultaba á esta batería Krupp de los dictatoriales, por las lomas intermedias entre la ocupada por esta Artillería y el caserío citado. Por esta razón los escuadrones y el regimiento Iquique pudieron avanzar seguramente, explorando á la vez el punto más débil del flanco izquierdo contrario: la Artillería dictatorial no sirvió de nada en esta primera é importante parte de la acción de Concón.

Los dictatoriales aumentaban considerablemente en la meseta; sus fuegos se hacían más eficaces, y estaban dispuestos á sucumbir heroicamente en la posición, con tanta tenacidad, digna de mejor suerte, defendida en el colmo del deber. La Constitución, realizando verdaderos prodigios de heroísmo, avanzando serenamente en perfecta formación ante un diluvio de balas y por una brusca pendiente, contribuía penosa, pero seguramente, al logro de la victoria; firmes en su resolución de vencer ó morir, sin arredrarles el cansancio ni el magno sacrificio, impertérritos en su decisión, caminaban atentos á la voz de la conciencia y á impulsos del honor. Antofagasta rivalizaba en denuedo y bravura con el anterior; arraigados en sus soldados poderosos estímulos de deber y abnegación, el combate era para ellos un simulacro, la victoria un deber, y la muerte timbre de gloria para sus banderas.

Los descamisados del Norte, avanzaban peleando con «arte»; la dispersión con método y el relevo de las guerrillas, acabó por desconcertar á los defensores de la loma, que no comprendían en aquel desorden ordenado el partido que los constitucionales obtenían de la admirable táctica de Körner. Cerca de la cúspide, un vigoroso y entusiasta ¡Á la carga! resonó en las filas animosas de los asaltantes; los dictatoriales, si bien habían defendido enérgicamente la posición, no hicieron en ella un supremo y último esfuerzo: en vez de esperar el choque, huyeron á la quebrada próxima, en la que se divisaba una línea de tiradores.

Repuestos del cansancio, persiguen ordenadamente los dos regimientos constitucionales á los fugitivos, que, sin ser derrotados, iban á resistir en la segunda loma; las líneas de tiradores constitucionales llegan resueltamente al fondo de la quebrada, en tanto los sostenes y reservas desde el borde occidental sostienen con sus fuegos este avance victorioso de las guerrillas. Sin reparar ni en el número de los contrarios ni en el sacrificio, escalan las primeras líneas la pendiente, en medio del más violento fuego; los sostenes y reservas se precipitan tras ellos y ponen en confusión al enemigo, que, no pudiendo resistir por más tiempo, se retira á otra loma más alta, esperando vencer á los

congresistas con el fuego, el hambre, la sed, el cansancio y la falta de municiones.

Los regimientos Tarapacá y Taltal pasaban el río después que el de Iquique; el violento fuego de las baterías de los dictatoriales no les produjo daño alguno, permitiéndoles continuar tranquilamente su camino é incorporarse al resto. En marcha Iquique, Taltal, Tarapacá, los escuadrones de la Libertad y Carabineros del Norte por el camino que corría á la derecha de la línea de batalla de la Constitución y Antofagasta, el propósito de Körner es rodear al enemigo por su izquierda, flanquearlo, aislarle de su base de operaciones, y cortarle la retirada hacia Viña del Mar y Valparaíso.

El peligro y crítica situación de la Constitución y Antofagasta podría traer un grave contratiempo para tan lisonjeros éxitos hasta entonces obtenidos. Ya no solamente tenían á su frente aquellos dos regimientos al de San Fernando, sino al de Temuco, al 3.° y 10.° de línea, que apresuradamente se enviaron á reforzar al primero. En previsión, pues, un batallón de Iquique acudía en auxilio de los otros dos, que avanzaban hacia la tercera loma.

Iquique y los demás cuerpos, para flanquear el adversario, avanzaron por la senda que va á unirse al Sur de Torquemada con el camino carretero que va desde Colmo á Viña del Mar; este camino, en dirección Sur, apartándose del punto en que los dos regimientos combatían, facilitaba el flanqueo, si bien alejaba del 1.° y 8.° los refuerzos que éstos necesitasen para el ataque decisivo.

El refuerzo que prestó el batallón de Iquique á los que esforzadamente combatían, fué tan valioso como decisivo: saltando cercas, escalando repechos, desafiando la metralla enemiga, y enardecidos por el eficaz auxilio, arrollan á los dictatoriales, que valientemente pelean en la tercera loma; ni el terreno, ni las nutridas descargas de fusilería, ni el estampido del cañón, detienen á los constitucionales en su consecuente avance. La tenacidad de los balmacedistas no logra abatir la resistencia heroica de los contrarios, que, por sí solos, sostienen en la derecha el peso del combate; hora y media hacía que se batían

con denuedo. Los combatientes se acercan y la lucha va á generalizarse.

La 2.ª brigada permanecía descansando detrás de Colmo, en la creencia de que el día 22, al amanecer, pasarían el Aconcagua y caerían sobre el enemigo; pero cuando á las once de la mañana recibió el coronel Canto un aviso de Körner ordenándole secundar la operación, se apresuró aquel jefe á contribuir al buen éxito de la jornada. El batallón de Chañaral, en vanguardia, desfilaba apresuradamente; el Valparaíso núm. 2, Atacama número 10 y Huasco núm. 11 avanzarían de frente para atacar las tropas balmacedistas concentradas delante de Colmo, sobre las lomas que dominan á Concón Medio; la Artillería de esta brigada protegía con sus piezas el paso de los suyos, cañoneando, una vez establecidas, las posiciones contrarias.

Al notar este movimiento de la 2.ª brigada constitucional, y sospechando que el ataque de la 1.ª era una estratagema para distraerles tropas de su centro, pues ignoraban la marcha oculta del resto de esta brigada, concentran los dictatoriales todo su esfuerzo para impedir el paso del río, pero comete la gran torpeza de no establecer las piezas y líneas de tiradores en los espacios arenosos, matorrales y cercos de la margen opuesta que, con sus fuegos rasantes á flor de agua, hubiesen causado incalculables bajas; en vez de aprovechar una faja de 200 á 300 metros que se extiende en la orilla opuesta, ocupan con fuerzas numerosas las mesetas y bordes del lado del Aconcagua.

Por las inmediaciones de Borgoño debía pasar el Chañaral; comenzó á atravesar el Aconcagua el 1.er batallón en las circunstancias más críticas. Cubierto el fondo del río por grandes pedruscos ó surcado frecuentemente de rápida corriente, y en medio de un violento fuego del enemigo, el Chañaral sufrió una de las mayores penalidades; con el fusil en alto, pisando casi á tientas, arrollados por una corriente poderosa y bajo un diluvio de balas, unos avanzaban penosamente, otros caían, algunos se ahogaban, y en todos decaía el ánimo por aquel prolongado peligro. Al fin logró el 2.° batallón llegar á una isla del río que divide á éste en dos brazos, y desde allí proteger el avance del 1.°, que empezaba á atravesar el primer brazo del Aconcagua. No

bien éste llegó á la isla, el 2.º comenzó la peligrosa travesía del segundo brazo; las dificultades fueron mayores, pero después de increíbles esfuerzos, lograron aquellos entusiastas y admirables soldados del 2.º de Chañaral ganar la orilla opuesta, que fué su tierra de promisión. El nutrido y certero fuego de los dictatoriales, que durante la pasada causó pocas bajas, en esta desventajosa posición amenazaba destruirles; por consiguiente, se emprendió la marcha á la carrera por un callejón que desemboca en el río.

Á la una de la tarde, los dos batallones de Chañaral pasaron el río. El 2.º corrióse á la derecha para reforzar los cuerpos de la 1.ª brigada y ponerlos en contacto con los de la 2.ª y 3.ª El 1.º dividióse en varios grupos: uno marchó de frente á atacar las posiciones balmacedistas de Concón Medio, en las que éstos habían acumulado toda su resistencia; otro por la izquierda, y se reunió á los cuerpos restantes de la brigada que pasaron el río, y el tercero siguió por la derecha, ó sea el camino recorrido por el 2.º batallón.

.Huasco núm. 11, Atacama núm. 10 y Valparaíso núm. 2, que estaban en las casas de Colmo, recibieron orden de avanzar. No bien hubieron asomado estos regimientos al camino que desde Colmo desciende al Aconcagua, la Artillería dictatorial, dispuesta en tres escalones, rompe sobre ellos nutridísimo fuego; Valparaíso y Atacama debían cruzar el vado frente á las casas de Colmo, y atacar la loma, donde la Artillería se hallaba establecida; Huasco, corriéndose por la izquierda, debía amenazar con su flanqueo por Concón Alto la extensa línea de los dictatoriales. A las doce y media comenzaba esta operación.

Durante la travesía del primer brazo del Aconcagua, sufrió el Valparaíso las mismas penalidades que el Chañaral, si bien agravadas por la menor distancia del enemigo. En la travesía del segundo brazo, el fuego era horroroso; los heridos y muertos, arrastrados por la corriente, esparcían el terror entre sus camaradas. En el tercer brazo, la situación se hizo desesperada: la impetuosa corriente y la granizada de balas enemigas produjeron espantosa hecatombe en aquel invicto regimiento. Más de 80 bajas tuvo Valparaíso en breves momentos. El Atacama

pasó el río á continuación del anterior, sufriendo, aunque no tanto como éste, pérdidas considerables, debido á que los tiradores enemigos apuntaron más sobre el Valparaíso que sobre el Atacama. Huasco pasó por un vado al Este del seguido por los dos anteriores regimientos; este batallón pudo pasar con más tranquilidad y ser menores sus bajas, por la razón de que el enemigo, tanto á causa de la distancia como del fuego sostenido contra Valparaíso y Atacama, no podía estorbarles el paso. Dirigióse Huasco, formando la extrema izquierda á unas alturas, desde las que amagaba la derecha balmacedista, con el intento de envolverlo é impedirle la retirada por el Sur del Aconcagua hacia Tabolango, San Pedro y Quillota.

Atacama y Valparaíso, en línea desplegada, avanzaron resueltamente, poseídos de bélico ardor, contra las posiciones balmacedistas; dirigiéndose con método y valentía, acercáronse á 300 m. de los dictatoriales, los que, juzgándose insostenibles, comenzaron á retirarse; con el socorro del 7.° de línea y del regimiento de Buni se sostuvieron con firmeza y valentía los dictatoriales algún tiempo, pero bien pronto se vieron obligados á retroceder. Cuando el éxito parecía coronar tan heroicos esfuerzos, la falta de municiones convertía una operación arriesgada y victoriosa, en situación trágica y comprometedora.

Entre tanto, la 1.ª brigada seguía combatiendo furiosamente. La Constitución, Antofagasta y el 2.° batallón de Iquique, á costa de grandes bajas, batían y arrojaban al enemigo de una quebrada á otra, teniendo que luchar cada vez más con mayor número de balmacedistas. Cansados por dos horas de fuego no interrumpido, á través de peñascos y rápidas pendientes, llegaban al borde de la tercera quebrada, desde la que se divisaba la cuarta meseta, poblada por millares de enemigos. En la falda de esta cuarta meseta, ocupada por los dictatoriales, está situada la Artillería núm. 2, con 12 piezas Krupp y dos ametralladoras; más allá los gendarmes de Viña del Mar y los carabineros de Yungay, y al pie de las piezas numerosos infantes.

En el borde occidental de la cuarta quebrada, llamada de las Petras, se parapetan los tres cuerpos de la 1.ª brigada y contestan al vivo fuego de los dictatoriales, que han acumulado ele-

mentos poderosos de resistencia en tan formidables posiciones. Los cañones de la *Esmeralda* y *O'Higgins*, que sobre la Artillería núm. 2 lanzaron muchos proyectiles produciendo algunos estragos, suspendieron su fuego ante el temor de herir á los suyos.

Los dictatoriales, desde sus posiciones, sostenían un atronador fuego contra los tres cuerpos de la 1.ª brigada; éstos contestaban con no menos brío y heroica resolución, pero en considerable desproporción; luchaban tres regimientos constitucionales contra ocho balmacedistas, ó sea en triple número; la lucha era encarnizada, y muchas las bajas por una y otra parte. Las municiones de los dictatoriales comenzaban á escasear, y el fuego iba haciéndose más lento, animando, por consiguiente, al contrario.

Ante situación tan comprometida, el comandante Goñi corre presuroso al lugar donde calcula se encuentran Taltal y Tarapacá, los encuentra, efectivamente, é invocó su patriotismo, compañerismo y valor.

El grito de ¡adelante! estimula á estos dos regimientos; jadeantes, con las ropas desgarradas por las ramas, azotado el rostro por agudos calituces, salvando lomas y atravesando montículos y bosques, corren presurosos en auxilio de sus comprometidos compañeros. Éstos, sacando bríos de su misma debilidad, se mantienen aún en sus posiciones, haciendo una desesperada y sublime resistencia.

Alterado el plan de la operación por el brioso empuje de los tres regimientos de la 1.ª brigada, que fueron más allá de lo previsto, fué necesario cambiar de dirección en los ataques. El 1.er batallón de Iquique y los escuadrones Libertad núm. 1 y Carabineros núm. 3, continuarían hasta el cruce del camino oculto que seguía con el de Vina del Mar á Colmo; en este punto la Infantería rompería el fuego por el flanco izquierdo de los balmacedistas, y la Caballería iniciaría una carga en el momento oportuno. Al mismo tiempo, Körner preparaba los cuerpos para el desenlace de la operación de este día: el ataque de la formidable posición de Torquemada, baluarte de los balmacedistas. Colocó, pues, los cuerpos en este orden: á la izquierda

el 1.er batallón del Chañaral, que ocupaba la banda oriental de la quebrada de las Petras, y le seguían á su derecha los regimientos Tarapacá, Taltal, 2.° batallón de Iquique, Antofagasta y Constitución, separados por un espacio grande de terreno el 1.er batallón de Iquique, y á retaguardia de éste los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte.

Atacama y Valparaíso, después de haber pasado el río, se precipitan resueltamente por el callejón sobre los contrarios, retrocediendo éstos apresuradamente; cuando aquéllos iban á recoger los frutos de su decisión, la falta de municiones los obliga á retirarse, acosados por un enemigo creciente y valeroso; esta precipitación causó muchas bajas entre los dos regimientos, si bien pudieron ser mayores á no haber creído el contrario que esta repentina huída obedecía á alguna extraña maniobra. Por la loma descendían en son de triunfo los balmacedistas, cuando se vieron detenidos por escaso número de soldados de la 2.ª brigada, que, parapetados en los matorrales y chilcas de la ribera, detuvieron á aquellos arrogantes balmacedistas en su victoriosa carrera; las bajas fueron numerosas. Otra vez la falta de municiones en los congresistas, obligó á éstos á retirarse atropelladamente á orillas del Aconcagua. Los balmacedistas, en gran número, los persiguen con encarnizamiento y chacota, obligándoles á atravesar un brazo del Aconcagua; los fugitivos, desde los chilcales, y los contrarios desde las orillas, continuaron el fuego. Nuevos batallones venían á reforzar á los balmacedistas, y en auxilio de los restos de la 2.ª brigada acudía la 3.ª

La 3.ª brigada dictatorial llegaba á las once y media de la mañana á Pumuño, percibiendo el cañoneo entre ambas orillas del Aconcagua. Creyendo sería un reconocimiento, se detuvo durante una hora para almorzar y descansar, poniéndose en marcha á las doce y media; al poco tiempo un ayudante del coronel del Canto le comunica que de la oportuna llegada del Esmeralda y Pisagua dependía el éxito de la batalla. A la una y media llegaba esta brigada á la orilla Norte del río, comenzando de seguida la Artillería un violento fuego contra el enemigo. Avanzó el Pisagua por el vado que pasaron el Atacama y Valparaíso con orden de reforzar la extremidad izquierda de los

congresistas. Á pesar de que la Artillería é Infantería contraria rompieron violento fuego sòbre este regimiento, no bien divisaron su paso por el río, pudo el Pisagua hacer su travesía felizmente; atraídas las baterías y tiradores balmacedistas por el fuego de los del contrario y por las descargas de los fugitivos de la 2.ª brigada, se dedicaron á batir á su competidora.

Los soldados del Atacama, faltos de municiones, permanecieron agazapados en sus escondrijos arbóreos. El Pisagua, con mil dificultades, marchó denodadamente contra el engreído contrario, que en tres líneas avanzaba, haciendo fuego vivísimo. El Esmeralda pasó el Aconcagua por el mismo sitio que lo efectuó el de Huasco, con objeto de formar con este regimiento la reserva del ala izquierda y amenazar con un flanqueo la derecha enemiga. Pasó el río en medio de peligros por la rápida corriente de las aguas, y para evitar las dolorosas escenas del Atacama, dos compañías, después del paso, se establecieron á la izquierda para servir de apoyo y reserva al Pisagua.

El Pisagua seguía avanzando, y los contrarios creían asegurada ya la victoria; aquel regimiento adoptó una resolución que, por sí sola, podía levantar el abatido espíritu de los suyos y acorralar á los contrarios. En la seguridad de que la intrepidez, el entusiasmo y el valor contribuyen al éxito, desafiando el horrible fuego de los enemigos, no vaciló; Valparaíso y Atacama, por la derecha de Pisagua, avanzan valerosamente, pero con cautela.

Los dictatoriales intentan el último esfuerzo por este lado; al toque de calacuerda, como furiosa avalancha, cargan con la bayoneta armada sobre los contrarios que ascendían por la loma; sorprendidos éstos por tan inesperado ataque, retroceden apresuradamente, pero con orden, al fondo de la loma. Las dos compañías de Esmeralda, que avanzaban hacia el sitio donde se batía el Pisagua, detienen al enemigo en su violenta persecución; á fin de interceptar los fuegos de los suyos, traspasan dos colinas, rompiendo diagonalmente fuego sobre los dictatoriales á 400 m.; atraviesan la quebrada, y desde la segunda cumbre, á 300 m., lo rompen nuevamente y muy violento. Creen los balmacedistas que la retirada del Pisagua, Valparaíso y Atacama

bien puede ser una falsa maniobra para atraerlos al fondo y rodearlos con el Huasco y Esmeralda, que divisan en su extrema derecha. Se repliegan, pues, en beneficio de los esforzados congresistas.

El auxilio oportuno del regimiento Esmeralda, que quizá hubiese llegado persiguiendo á los contrarios hasta la altura que les servía de base de operaciones, á no ser por una fatal coincidencia que produjo un lamentable error, permitió al Pisagua rehacerse, y al Valparaíso reunir sus esparcidos grupos. La columna de rifleros recibía orden de pasar el Aconcagua y colocarse en la línea de combate, reforzando el ala derecha del Esmeralda. La Artillería se preparaba á pasar igualmente el río. El combate se generalizaba y empezaba á ser tan sangriento como empeñado.

La columna de rifleros y los regimientos de Artillería números 1 y 2 protegieron el avance y completaron los excelentes resultados dė la 2.ª y 3.ª brigadas. Los dictatoriales se habían retirado á las faldas de los últimos cerros, acosadas por la violenta arremetida de los perseguidores.

Todo parecía haber terminado á las tres de la tarde, pero de pronto el campo balmacedista cobra vida; largas nubes de humo asoman por los últimos cerros, lo que indica que un nuevo y encarnecido combate iba á empeñarse. En las faldas del Torquemada oíanse tenuemente nutridas descargas de fusilería, y el cañón resonaba en el espacio. La 1.ª brigada, flanqueando la izquierda enemiga, atacaba vigorosamente las formidables posiciones de los balmacedistas. El coronel del Canto no pudo contenerse, y en un viril arranque de entusiasmo, exclamó: «¡ Viva Chile! Hemos ganado la batalla. Está flanqueado el enemigo».

El forzamiento de la quebrada de las Petras era una empresa tan importante, que ejercería decisiva influencia en el desenlace de la acción, porque aun cuando el Torquemada, con sus ocultas zanjas y sus escogidas posiciones, sería el desesperado esfuerzo de los balmacedistas, una vez tomada aquella quebrada, la posesión del Torquemada sería costosa, pero segura. La línea de tiradores de la Constitución, Antofagasta, Iquique, Taltal y Tarapacá, atacaba impetuosamente quebrada abajo á los

enemigos del borde opuesto, que, barridos por certeras descargas, retrocedían dejando en el verde ribazo multitud de bajas. Reforzados los dictatoriales, intentan dos veces rehacerse, pero tienen que ceder: la guerrilla constitucional, con tanta serenidad como arrojo, llega al fondo de la quebrada, escala la parte oriental y produce en el enemigo un verdadero pánico. Esta importante operación, que atónitos la presenciaban los balmacedistas, apresuraba el desenlace; desde el borde de la quebrada, el terreno subía hasta el camino, que venía á ser la explanada de la famosa posición de Torquemada; la zanja construída entre el camino y la falda para recoger las aguas pluviales del cerro, era un temible foso; apresuraron los balmacedistas la organización de sus fuerzas, y ocupando el camino, la zanja, la parte baja de las faldas con infantes, artilleros y jinetes, se aprestaron á un choque sangriento y tenaz. La posición de Torquemada era de capital importancia para los dictatoriales y por su seguridad debilitaron su centro y derecha, pues una vez triunfantes en el Torquemada, reforzarían con tropas vencedoras esos puntos, y el éxito no sería dudoso.

Dos cañonazos de las baterías dictatoriales fué la señal de ataque: en seguida las bocas de fuego del Torquemada atronaban el espacio y cubríanlo de espeso humo. Los constitucionales se lanzaron resueltos contra tan poderoso enemigo, sin arredrarlos ni el número ni la intensidad del fuego. La mortandad era crecida; el campo aparecía cubierto de valerosos soldados. Los cuerpos de la 1.ª brigada avanzaban en dirección del camino carretero, pues una vez poseedores de él, quedarían bajo la línea de tiro de los cañones, con lo que el asalto del cerro sería fácil. Las bajas, entre tanto, seguían siendo numerosas, porque á los certeros disparos de la Artillería é Infantería balmacedista se unía la entereza de ánimo y la disciplina en el fuego.

El Chañaral, Taltal, Tarapacá y 2.º de Iquique, avanzaban por la derecha, pues de este modo los balmacedistas fortalecerían este flanco y debilitarían su izquierda, facilitando de este modo el movimiento envolvente de los escuadrones Libertad, Carabineros del Norte y 1.º de Iquique; según los cálculos de Körner, estos cuerpos estarían por llegar á la encrucijada que

une el camino de Vina del Mar á Colmo con el tortuoso que seguían.

El 2.º de Iquique fué el designado para el asalto; la 1.ª compañía se lanzó sufriendo mortífero fuego contra la batería de cinco cañones de campaña Krupp y dos ametralladoras Gattling; rompiendo el fuego á 125 m., y apoyada por el resto del batallón, sostuvo media hora una encarnizada lucha avanzando paso á paso sin vacilar; bien pronto el pánico sembró sus reales en las filas balmacedistas, y unos huyendo, otros entregándose, dejaron el campo por los congresistas. El valeroso capitán Díaz, que mandaba dicha compañía, carga por sí mismo la abandonada batería de los enemigos y hace fuego sobre los fugitivos. Pero su enardecido espíritu le hace correr en pos de los contrarios más allá de lo previsto; cuando quiere recordar se ve rodeado de unos bravos soldados y acosado por millares de enemigos; en situación tan comprometida, inutiliza sus cañones y emprende una retirada tan notable como el avance. De 75 hombres había perdido 35.

El 2.º batallón de Iquique, al ver acudir numerosas fuerzas enemigas, rivalizando en denuedo, con su 1.ª compañía se dirige resueltamente contra éstas; las grandes bajas de Iquique no entibian ni amilanan su esforzado espíritu. Pero comprendiendo que el enemigo crece y que los escuadrones tratan de cargar, se retira á buscar el apoyo de la Constitución y Antofagasta; los escuadrones balmacedistas (Carabineros de Jungay, Gendarmes de Vina del Mar y los de Colchagua) no dan tiempo al de Iquique á replegarse y, sable en mano, cargan denodadamente, causándoles enormes bajas. Seguidamente, estos escuadrones se dirigen sobre Antofagasta y la Constitución, que lograron con sus fuegos bien eficaces detener el brío de los corceles contrarios.

Constitución y Antofagasta se batían en la extrema derecha; la lucha pudo ser comprometida á causa de la escasez de municiones, á no ser por el pronto auxilio del 1.º de Iquique, que con su presencia hizo que el enemigo, al verse amenazado por ese lado, se corriese á lo largo de la zanja.

De frente, en línea de batalla el escuadrón Libertad núm. 1

á la derecha y Carabineros del Norte núm. 3 á la izquierda, al galope avanzan sobre los escuadrones balmacedistas, que después de la carga contra los cuerpos constitucionales, permanecían inmóviles. La atrevida actitud de los jinetes congresistas, su impetuosa carrera y su bélico entusiasmo, desmoralizan al adversario que, sorprendido de pronto, emprende vertiginosa carrera á Vina del Mar. La carnicería fué espantosa, llegando tan sólo 30 á esta población; una batería con tres piezas de campaña y una ametralladora que se encontraron en el camino, fué tomada y sus sirvientes perseguidos.

Cortada la línea de retirada hacia Vina del Mar, parecía que debía haber terminado la batalla. Pero ignorando el centro y norte de la línea balmacedista este resultado de su Caballería, y avisados por los nuevos refuerzos que continuamente acudían, decidieron prolongar una lucha agónica.

Los constitucionales concentraron su objetivo en el dominio de la zanja. Las líneas de tiradores de los cuerpos, con denuedo y resolución, buscan en aquella zanja la acción decisiva del combate; las guerrillas del Chañaral, Taltal, Tarapacá, Antofagasta y Constitución, apoyadas por el Iquique, y al que servían de reserva Antofagasta y la Constitución, rivalizando en valor, llegan en medio de un fuego horroroso al borde de la zanja. El encarnizamiento, el heroísmo, el sacrificio, la furia irresistible, es igual por ambos bandos; todos pelean desesperadamente, tratando de arrojar con su sangrienta tenacidad la victoria en el platillo de la balanza. Pasando por montones de cadáveres, los constitucionales son dueños de la zanja.

Dominada la zanja, las fuerzas congresistas se dirigieron rápidamente contra la Artillería, situada á unos 15 ó 20 m. sobre el camino; en poco tiempo los cañones de estas baterías quedaron reducidos al silencio. La 1.ª brigada era dueña de todo el frente enemigo; sólo faltaba recoger los frutos de la victoria, y para ello el 1.º de Iquique avanzó hacia el Sur del Torquemada, con objeto de apoderarse del parque y bagajes enemigos. Un nutrido fuego de los balmacedistas detuvo á los de Iquique; creyeron que serían rezagados, y avanzaron y avanzaron, no obstante, hasta que un rápido fuego los puso en apuro, pues co-

rrían el riesgo de ser envueltos. Advertidos los dictatoriales de este inminente peligro de sus adversarios, se sienten envalentonados y cargan decididamente, obligándoles á replegarse, después de haber sufrido muchas bajas. La destrucción hubiese sido completa, á no ser por la repentina aparición de los escuadrones que regresaban de su carga.

Desvanecido el error de los balmacedistas, que creyeron era esta Caballería un refuerzo que recibían, se parapetaron, y aprovechándose de la configuración del terreno, rompieron el fuego sobre ésta. No pudiendo resistir los escuadrones tan violento fuego, abandonaron aquella posición y se resguardaron en el borde oriental de la quebrada, suspendiendo el contrario sus descargas. Habiendo enviado los escuadrones una comisión para que se rindiesen, fué recibida á tiros, cuya acción sugirió á aquéllos la idea de atacar á pie al enemigo. Noventa hombres se lanzan al asalto, siendo recibidos con certeros disparos por un enemigo que con decisión intentaba en vano rehacerse; la situación es comprometida.

Körner decide acabar de una vez con este débil baluarte de los balmacedistas Al toque de carga, los batallones congresistas, entusiastas y vigorosos, arrollaban completamente las últimas posiciones dictatoriales, y con su esfuerzo titánico terminaban una batalla que era un timbre de gloria para los suyos. Eran las cuatro de la tarde, y la batalla de Concón, aunque con dolorosas pérdidas para los congresistas, afianzaba su prestigio y daba solidez á su fogoso é improvisado Ejército.

BATALLA DE PLACILLA.

Las posiciones elegidas para el sangriento y definitivo combate de este día, eran superiores á las de Concón: en vez del temible paso del Aconcagua, eran dueños los dictatoriales de una elevada meseta, desde cuya cima, observando el general las diversas fases del combate, podría enviar numerosas fuerzas á los puntos amenazados; sus reservas, perfectamente ocultas y protegidas por la falda opuesta de la meseta, se hallaban en condiciones ventajosas para intervenir en la lucha. Las tropas constitucionales, fatigadas de cansancio, pero ávidas de gloria, esperaban vencer, como siempre, tantos inconvenientes, á fuerza de cruentos sacrificios.

La meseta Alto del Puerto (1) (440 m.), orientada de Norte á Sur, forma un enorme obstáculo interpuesto entre el llano de las Peñuelas y el camino de Placilla al Este, y la comarca de Valparaíso al Oeste; la rápida pendiente de sus faldas, surcadas por torrenteras ó por intermitentes arroyuelos, dan un aspecto

(1) En la cima de esta meseta fué donde pronunció, con acento impresionado y profético, el Almirante O'Higgins, en 1820, estas históricas palabras: «De esas cuatro tablas depende la suerte de América».

formidable al frente de la posición; el cerro del Salto, en su flanco derecho, protege eficazmente la meseta por una honda quebrada que se extiende á sus pies; en el flanco izquierdo, angostas y numerosas quebradas descienden rápidamente á otra más ancha y profunda, la de las Cenizas.

El camino que desde Placilla se dirige á Valparaíso, sube caracoleando esta meseta hasta su cumbre, mediante nueve curvas. Convertido este camino en obstáculo poco menos que insuperable por los numerosos elementos allí acumulados por los balmacedistas, creían éstos que contra él se estrellarían los violentos ataques de los constitucionales; tres batallones, las ametralladoras y los cañones de campaña y montaña del regimiento de Artillería núm. 2, ocupando dicho camino, le prestaban una fortísima consistencia. En el flanco derecho y sobre el Colorado, que defiende una ensenada circular que forma el Alto del Puerto, se establecieron nueve cuerpos de Infantería y algunas piezas de montaña; en el flanco izquierdo, Infantería y Artillería en gran número ocupaban excelentes situaciones. La Caballería, en dos grupos, se colocó en ambos flancos. La reserva (Santiago, Arauco y 2.° de línea), en el ala izquierda, cerca de la Casa de la Pólvora. Calculándose en 6 km. la extensión de línea balmacedista, y analizando la distribución de tropas, se deduce que el orden de batalla tenía dos defectos: primero, debilidad del ala izquierda, y segundo, acumulación excesiva de tropas en algunos puntos.

La situación de las tropas constitucionales era: la 1.ª brigada ocupaba la izquierda del cerro de la Granada, un poco adelantada con relación á las otras dos; separada por el intervalo de media jornada, la 3.ª, y á retaguardia de ambas, la 2.ª El plan de ataque era el siguiente: la Artillería, desde luego, preparando con sus fuegos el empuje de las demás Armas; la Caballería cooperaría en el momento oportuno, ó bien se replegaría, en caso de fracaso, hacia La Laguna, desde cuya posición protegería el embarco de los restos del ejército en los transportes preparados de antemano. Los cuerpos de la 1.ª brigada atacarían de frente la línea balmacedista; los de la 2.ª brigada, á 500 m. de distancia, seguirían el movimiento de la anterior; la

3.ª, dispuesta detrás del cerro de la Granada, para flanquear ó romper la línea enemiga.

El ejército balmacedista, confiando en su número, en la fortaleza de sus posiciones y en la actividad de sus generales, tenía la firme persuasión de que por esta vez la victoria parecía sonreirles; los vibrantes ecos de tambores y cornetas, las alegres notas de las músicas, el ir y venir de tropas, el aspecto pintoresco de los uniformes, los lucidos séquitos de los generales y las presuntuosas arengas de los jefes, devolvieron á los balmacedistas la perdida confianza.

Supuso el general Barbosa que todo el empuje del coronel Del Canto se dirigiría, como en la batalla del 21, á rebasar un ala con objeto de asegurar libremente su comunicación con el mar, por los caminos del Vigía y de La Laguna. «Acumuló, pues, en la cumbre del Salto y del cerro Colorado, además de numerosas baterías, el regimiento 8.º de línea, los batallones Angol, Temuco, Concepción, Tomé, Andes, San Fernando, Victoria, Traiguen, Mulchen y los restos reforzados del Buin, del 3.º, 7.º y 9.º de línea, dando el mando de dicha ala al general Abérrea. En el centro de la línea, ó sea en el camino de caracol, los batallones Linares, Yumbel y Valdira, y como reserva á la vez que de protección de la Artillería, los batallones Nueva Imperial, Gendarmes de Santiago y los restos del 10.º de línea. En la izquierda é inmediaciones de la Casa de Pólvora, la Artillería y los batallones Nacimiento, Lontué, Limache y el de artillería de Marina».

Al amánecer del día 28, un cañoneo dirigido sobre el cerro Granada anunció á los constitucionales que la batalla comenzaba; los soldados libertadores, que anhelantes esperaban el comienzo de su postrer esfuerzo, pusiéronse rápidamente de pie; bravíos é indómitos, arrogantes y briosos, erguidas las cabezas, encendidos los ojos é inflamado su corazón de patriótica ira, afanosos y ardientes, tan solo esperaban la voz de sus jefes para escalar la cumbre y clavar en su címa la enseña de la Libertad.

Comenzaron, pues, á adoptarse disposiciones entre el ejército constitucional; el regimiento de la Constitución núm. 1 em-

pezó á desfilar por la izquierda de la falda que mira al Alto del Puerto, siguiendo, no la carretera, que ofrecía excelente blanco á las baterías contrarias, sino por un estrecho sendero entre sembrados; á la carrera llegó el regimiento de la Constitución al llano, trepando cercos y salvando mil dificultades. En este penoso descenso le siguieron los regimientos Iquique y Antofagasta.

El fuego de la Artillería balmacedista, lento en un principio, adquirió rápidamente proporciones excesivas; apenas los cuerpos constitucionales antes citados desembocaron en el llano, las fuerzas dictatoriales rompieron violento fuego sobre la Infantería contraria. La Artillería constitucional contestó á su vez al fuego enemigo desde el cerro de la Granada, con tanta oportunidad como acierto; 118 piezas por ambas partes producían un efecto ensordecedor; el silbido de los proyectiles, el seco estallido de las ametralladoras, la ronca explosión de las granadas y los ecos fragorosos de las cumbres, asemejábanse á una formidable tempestad de rayos y truenos.

Impresionados en un principio los infantes constitucionales, recobraron en seguida la serenidad necesaria para el buen éxito de la atrevida maniobra. Continuaron, pues, su movimiento: el regimiento Iquique por la izquierda para atacar la derecha contraria, apoyada en las alturas del Colorado y del Salto; el regimiento de la Constitución continuaba de frente su rápido avance; el Antofagasta, destinado á servir de apoyo á los dos anteriores, seguía á éstos con arreglo á las instrucciones recibidas.

A medida que estos tres cuerpos avanzaban, en la cumbre, frente, base y flancos del cerro Alto del Puerto, se dibujaban bandas de azulado color y se oía, á la vez, el estrépito lejano de la Infantería contraria; á 1.200 m. la Infantería constitucional tuvo que detenerse para formar en orden de combate.

El Antofagasta, que debía avanzar á retaguardia de los otros dos, desobedece sus instrucciones, y en ardorosa carrera desea compartir con ellos el atrevido asalto de las posiciones contrarias; avanza, é interponiéndose entre Iquique y Constitución, forma el centro de la línea de batalla.

El fuego balmacedista arrecia cada vez más; los disparos son

más cercanos; el número de combatientes engrosa las filas, y la lucha comienza ya, tan desesperada como sangrienta; el cerro parecía incendiarse con el humo y derrumbarse con el estruendo; el avance vigoroso de los unos contrastaba con el heroico aliento de los otros; la ordenada y rápida marcha de los unos, con las amedrentadas disposiciones de los otros. El Antofagasta, para colocarse entre los otros dos, sufrió una granizada de balas, que le obligó á apresurar su carrera. La izquierda y centro del Constitución sufrieron bastante desde la posición Casa de la Pólvora. Á las ocho y media, estos tres cuerpos, salvando cercas, acequias, puentes, etc., siempre bajo el fuego del enemigo, se encontraban desplegados frente á las líneas balmacedistas, cubriendo éstas con arreglo al plan de Körner; Iquique y la izquierda del Antofagasta, se hallaban á 600 m. de los tiradores contrarios; Constitución y la derecha de Antofagasta á 400 metros.

En el centro y derecha de la línea balmacedista, desde el camino de caracol hasta el cerro del Salto, tres líneas escalonadas de tiradores se distinguían; á la más baja dirigieron sus fuegos los tres cuerpos de la 1.ª brigada, á medida que iban avanzando. El Iquique tenía que efectuarlo por un terreno que ninguna protección ofrecía; ni árboles, ni matorrales, ni casas, ni ligeros accidentes protegían la marcha de este regimiento. En cambio, Constitución y Antofagasta tenían la ventaja de avanzar cubiertos por hondas zanjas y tupidas alamedas y vallados.

Afrontando el regimiento Iquique sin vacilar los fuegos del contrario, é hiriendo, á su vez, con imperturbable serenidad á los dictatoriales, penetró en la Chacarilla, atravesó este fértil terreno, ganó un arroyuelo que limita la parte opuesta del valle, y amparándose en las malezas de sus orillas, rompió vivísimo fuego sobre la línea de tiradores establecida al pie del cerro Colorado.

A 500 m. se encontraban unos de otros; pero á medida que los de Iquique arremetían furiosamente y con generoso impulso avanzaban briosamente, los defensores del cerro aplacaban sus primeras iras; el fuego violento de los primeros momentos era menos intenso á medida que las probabilidades de eficacia au-

mentaban. Replegándose los dictatoriales y avanzando los soldados de Iquique, llegaron á colocarse hasta 150 m. los unos de los otros. Entonces desde la cumbre y falda del Colorado, desde la cima del Salto y desde el espolón que avanzaba sobre la derecha, un horroroso fuego lanzan los balmacedistas sobre los contrarios. El impetu y entusiasmo del regimiento Iquique lo llevó con su valerosa imprudencia á un semicírculo de fuego, en el que era imposible su heroísmo. Convencidos, pues, de la inutilidad de sus esfuerzos y juzgando insostenible la situación, sin disminuir los fuegos, ni amenguar su entereza, retiráronse ordenadamente á buscar el borde de la quebrada. Alcérrea, sospechando, sin duda, que esta retirada fuese una falsa maniobra para atraerlo al llano, no se atrevió á perseguirlo cual debía; si así lo hubiese hecho, el exterminio del regimiento Iquique hubiese sido completo.

Mientras tanto, el Constitución y Antofagasta atacaban el centro de la posición enemiga. El primero de dichos regimientos, aprovechando los accidentes del terreno para librarse del horroroso fuego de los dictatoriales, lanzóse resueltamente á una honda quebrada, situada á 250 m. de las líneas enemigas, desde la cual, con excelente puntería y certeros disparos, amenguaron un tanto la osadía del contrario. Aun cuando la ventaja de la posición estaba por parte de los dictatoriales, el poco espíritu militar de los defensores no permitió obtener de tan admirable situación los resultados que, sin duda, esperaban los jefes balmacedistas.

El regimiento Antofagasta, sufriendo nutrido y eficaz fuego de artillería y fusilería contraria, avanzó á la carrera con serenidad, entusiasmo y orden á colocarse en línea de combate entre los regimientos Iquique y Constitución. Para el regimiento Antofagasta era indispensable, con objeto de evitar los fuegos de las tres líneas de tiradores enemigos, establecerse en las márgenes del arroyo que corre al pie del Alto del Puerto. Al efecto, su comandante Goñi pensó que, por muy sensibles que fuesen las bajas, nunca serían tantas como las que sufrían en la posición entonces ocupada; era, pues, preciso desalojar la primera línea contraria establecida en la margen opuesta del citado

arroyo. Entusiasta y decidida la tropa, animada por sus oficiales y estimulada por el ejemplo de sus jefes, avanzan rápida y temerariamente, salvando una cerca de espinos, en la que concentra violentamente sus fuegos la línea enemiga; mas impulsados por bélico ardor, consiguen los de Antofagasta el logro de sus ideales: arrollada la primera línea de tiradores balmacedistas, éstos huyen con considerables pérdidas, introduciendo, no solamente la perturbación en sus filas, sino comunicando el desaliento á los demás cuerpos.

El regimiento de Iquique, en comprometida situación, luchaba no obstante con denuedo y tesón contra la extrema derecha de la línea contraria. «En ella había colocado Barbosa cuerpos veteranos y reunido fuerzas más numerosas que en las acumulaciones de su centro é izquierda. Creía que nuestro ejército, menospreciando la ventaja que le ofrecía la debilidad del ala izquierda enemiga para llegar á la cumbre del Alto, flanquear sus posiciones, y, como en Concón, interponerse entre ellas y su base de operaciones cortándole la retirada á Valparaiso, pretendería llevar adelante ciega y rutinariamente un plan concertado de antemano, y que ese plan no era otro que el de forzarle el flanco derecho, ampararse del camino de la Laguna y darse ahí la mano con la escuadra, que se trasladaría de Quintero á esa caleta.»

La tremenda fortaleza de la posición y el denuedo de las numerosas tropas balmacedistas en ella establecidas, obligaron al regimiento de Iquique á replegarse y esperar los cuerpos de la 2.ª brigada que debían apoyarle. Pero convencido dicho regimiento de lo necesario que era acudir en auxilio de los otros dos cuerpos que peleaban desesperadamente, concentró sus fuegos sobre el centro de la primera línea balmacedista. De este modo, desviándose el regimiento Constitución á su izquierda, Antofagasta atacando de frente y el de Iquique por la derecha, dichos tres cuerpos atacaban simultáneamente la primera y formidable línea balmacedista; ante el impetuoso ardor y enérgica decisión de los congresistas, la resistencia que los balmacedistas pudieran ofrecer fué escasa; á pesar de haber defendido con admirable tesón sus posiciones, cedieron los balmacedistas. La combi-

nada acción de los tres cuerpos y el irresistible empuje de los constitucionales, amedrentó á los numerosos y aguerridos batallones dictatoriales. El avance de los unos y el retroceso de los otros, repercutió en sus respectivas filas: entre los congresistas, el entusiasmo y animoso espíritu de sus soldados tan sólo esperaba anhelante la orden general de avance, para arrollar cual imponente alud á sus aturdidos enemigos; entre los balmacedistas, el eco de la rotura de la primera línea era una terrible amenaza.

Los constitucionales, exaltados por tan celebrado éxito y guiados por su espíritu animoso, arrollan cuanto á su paso se encuentra: los tres cuerpos no se detienen y en vertiginosa carrera llegan hasta apoderarse de unas fuerzas enemigas; al poco tiempo, el batallón balmacedista Linares sale al encuentro de los victoriosos asaltantes, y cuando parece que una lucha horrible cuerpo á cuerpo va á entablarse, un éxito viene á sumarse á los muchos de aquellos tres valerosos regimientos. El regimiento de Linares, ante la presencia de los contrarios, depone las armas y se incorpora á aquéllos, dispuesto á combatir contra el que hasta pocos momentos antes habían defendido tan valientemente.

El general balmacedista Barbosa, apreciando la gravedad de la situación, adoptó sus medidas, pero erróneamente, pues convencido de que el plan de los constitucionales era romper su línea por el centro, quitó á la división de la izquierda dos batallones. Ordenó á la vez que de los tres regimientos de la reserva general, Santiago y Arauco, unidos á las tropas rechazadas en la primera línea, hiciesen frente al Iquique y Antofagasta; desguarneciendo el Colorado y el Salto, con parte de sus fuerzas reforzó el centro, que creía el objetivo inmediato.

Ya en la cumbre de la meseta los refuerzos balmacedistas, el Santiago frente á Iquique y Arauco contra Antofagasta, más las envalentonadas fuerzas fugitivas, rompen violento fuego sobre los atrevidos asaltantes. Acosados los tres cuerpos constitucionales, no solamente por el brío de estas fuerzas dictatoriales, sino por los fuegos de metralla de la artillería Fuentes y las de flanco que dirigían los defensores del Colorado, viéronse

obligados á abandonar las posiciones ocupadas poco antes con tanto ardor como resolución.

La retirada, si bien ordenada, costó sensibles y numerosas pérdidas; en medio del peligro en que los constitucionales se encontraban, ni su ánimo decayó ni su tranquila aptitud en tan críticos instantes trastornó en lo más mínimo las órdenes de sus jefes. Admirados por sus propios enemigos, que sin cesar los perseguía, diezmándolos con sus fuegos, lograron los tres regimientos constitucionales, después de innumerables trabajos llevados á cabo con tanto orden como serenidad, acogerse á las casas y cercos de la Curtiembre; parapetados en esta posición, lograron contener la violenta persecución de los balmacedistas.

Con esta operación de la 1.ª brigada constitucional se había conseguido atraer el camino de caracol toda la faja del centro de la meseta y la mayor parte de la reserva; además, la 1.ª brigada continuaba en sus primeras posiciones, vigilando la línea enemiga para impedir cualquier movimiento. Barbosa creyó que el anterior ataque de la 1.ª brigada tenía por objeto hacerle desguarnecer el principal objetivo, ó sea el cerro Salto, con cuya posición quedaba dominado el camino y la Laguna; en su consecuencia, acumuló allí sus elementos de resistencia.

En la media luna que formaba la línea balmacedista, la posición avanzada del cerro del Salto, pareció desafiar el empuje siempre victorioso de los constitucionales. Y era preciso tomarlo. ¿Cómo? De frente no era posible. Se convino en que la primera compañía de Iquique, á la izquierda y retaguardia del resto del regimiento, escalase el cerro por su parte más abrupta y menos expuesta á los fuegos enemigos, mientras las restantes compañías iniciarían un ataque falso por el frente.

Metódico y animoso fué el avance general de la 1.ª brigada congresista; al vigoroso empuje de aquellos heróicos y orgullosos soldados constitucionales, respondieron con no menos desesperación y entusiasmo los dictatoriales. Si en los pechos constitucionales la fe y la confianza infundían alientos para soportar tantas privaciones, en los corazones balmacedistas la bravura y serenidad les daba fuerzas para contener á sus contrarios en sus

belicosos arrebatos. No en balde eran chilenos ambos contendientes.

Durante algunos minutos, la victoria sopló por parte de los dictatoriales, los que con la superioridad numérica y las ventajosas posiciones ocupadas repelieron fácilmente á sus atrevidos enemigos; éstos, anonadados por el terrible fuego de artillería y fusilería, por la mortandad enorme de sus filas y por el creciente empuje de aquella avalancha de muerte, juzgaron contraproducente sostenerse en aquellos puestos, tan heroicamente conquistados y tan difíciles de conservar. Si el honor obligaba á la 1.ª brigada á sacrificarse ante los compactos y envalentonados batallones dictatoriales, el interés de la causa libertadora exigía una retirada á buscar nuevas posiciones para seguir combatiendo sin descanso y trocar de este modo una derrota fatal por una brillante victoria.

Acosados por el enemigo, cada vez más creciente y entusiasta, retiráronse los cuerpos de la 1.ª brigada constitucional con orden y heróica tenacidad á ocupar las primitivas posiciones. Hora y cuarto de porfiada y desigual lucha había probado á los constitucionales que, gigantescos y bien calculados, debían sus esfuerzos para arrojar al enemigo de magníficas posiciones; á los dictatoriales que, ante sus líneas de tiradores, tenían un ejército disciplinado y valiente, guiado por jefes y oficiales expertos y aguerridos.

La 2.ª brigada constitucional, con arreglo á las instrucciones recibidas en la orden general del 27, avanzó en esta forma: Atacama, Huasco, Valparaiso y Chañaral. Desplegados estos cuatro cuerpos, Atacama en la izquierda de la línea, Huasco en la derecha y Chañaral y Valparaiso á retaguardia de ambos respectivamente, avanzaron lentamente hasta encontrarse al alcance de los fuegos de las guerrillas contrarias á 1.400 m. Mas como principiase el fuego de la infantería contraria á molestarles, el Atacama se desviaba á la izquierda para buscar apoyo en una loma; el Chañaral siguió de frente en la dirección donde se batían el ala izquierda del Antofagasta y la derecha del Iquique; el Valparaiso recibió orden de apoyar el ala derecha de la 1.ª brigada, que situada en el camino de las Cenezas, donde,

como queda dicho, se retiró después de rechazada y perseguida por los contrarios, se veía en situación peligrosa.

La situación de la 1.ª brigada no podía ser más crítica; el ala derecha, formada por el Constitución, se replegaba con obstinada energía, conteniendo la briosa acometida de los balmacedistas; éstos, alentados y reforzados considerablemente, llegaban ya á desbordar el flanco derecho de la línea constitucional, con lo cual fácil les era alcanzar una decisiva victoria.

Körner, ante tan crítica situación, viendo que el avance se hace general y que la 2.ª brigada se ve igualmente acometida bruscamente, decide emplear oportunamente el último y decisivo esfuerzo, la reserva. La oportuna aparición de la 3.ª brigada inclina la balanza á favor de los constitucionales; cobran éstos alientos, reaccionan, y momentos después el avance arrollador de los dictatoriales se trueca en confusa y precipitada retirada.

El regimiento Tarapacá, de la 3.ª brigada, abandona sus posiciones del Cerro Granada, y, en perfecto orden, avanza hacia el Alto del Agua-Buena; continúa su marcha este cuerpo, hasta encontrarse con los dictatoriales, siendo arrollado por el frente y flancos; creen los victoriosos balmacedistas que dicho cuerpo es la protección de la artillería contraria, y con loco intento pretenden apoderarse de las piezas, supuesto que los congresistas han agotado sus reservas.

Aparace súbitamente el regimiento Esmeralda por cima del Cerro Granada, y apresuradamente se dirige en auxilio del Tarapacá, que, medio destrozado, aún sigue con firmeza aguantando con estóica resignación el mortífero fuego enemigo; un batallón va á reforzar los venerados restos del Tarapacá, y el otro se desvía á la izquierda para atacar de frente á los ocupantes del Alto del Puerto. El Esmeralda fué reemplazado en el Alto del Agua-Buena por el Taltal, y más tarde dirigíase éste en apoyo del Esmeralda, para que una vez ambos hubiesen detenido á los dictatoriales en su atrevida carrera, reforzasen el centro de la línea. El Pisagua ocupó el Alto del Agua-Buena al ser abandonado por el Taltal, y casi al mismo tiempo llegaban al pie de dicho Alto las guerrillas del Valparaíso, después

de una penosa marcha á través de zanjas, cercas y tiroteos incesantes.

En este momento el campo de batalla ofrecía un aspecto imponente; por ambas partes se luchaba con denuedo y se multiplicaban los actos de heroísmo; las reservas habían sido arrojadas en los platillos de la balanza para inclinar la victoria, cada cual á su favor: el silbido de los proyectiles, los gritos de los combatientes y el estampido de los cañones, mezclándose en una atmósfera de fuego, daban caracteres grandiosos, á la par que temibles, á aquel cuadro de la guerra.

Mientras el grueso del regimiento Valparaíso reforzaba vigorosamente á los valientes de la Constitución y Antofagasta, la retaguardia dirigíase hacia el claro que existía entre los cuerpos de la 3.ª brigada y el flanco derecho de la Constitución. El regimiento Pisagua, en la extremidad derecha, con los otros tres de la brigada, formaría la cuña destinada á producir la ruptura de la línea enemiga.

La 2.ª brigada constitucional, en el período más crítico del combate, contribuía felizmente con la disposición de sus tropas á afianzar una batalla, ya casi decidida.

Huasco reforzaba la izquierda de Antofagasta y la derecha de Iquique; Chañaral se establecía entre Constitución y Antofagasta; la artillería del Cerro de Granada se trasladaba á Alto de Agua-Buena; los escuadrones de la izquierda avanzaban amparándose en los cerros, y los de la derecha por este lado, siguiendo la 3.ª brigada. El cuartel general en el ala izquierda, frente al abra del Colorado.

La mala dirección de las fuerzas balmacedistas, su peor distribución, su cansancio y desaliento, contrastaban con la tranquilidad de Körner, con el orden en sus movimientos, con la serenidad de sus oficiales y con el valor siempre pujante de los soldados constitucionales.

Formando el centro é izquierda de la línea la 1.ª y 2.ª brigadas constitucionales, y la derecha la 3.ª, á una orden de Körner continuaron su rápido y vigoroso avance, en tanto decrecía visiblemente el entusiasmo de los balmacedistas.

El valeroso y disciplinado regimiento de Tarapacá, sopor-

tando mortíferas y continuas descargas del enemigo, sin que le arredre ni los innumerables obstáculos del terreno, ni la penosa operación proyectada, combate con tal decisión y valor, que la confianza de los balmacedistas conviértese bien pronto en temor y desaliento; en este primer choque, empeñado y sangriento, comienzan los dictatoriales á apreciar su crítica situación. El regimiento Esmeralda, acudiendo presuroso, anula con su brusca é impetuosa acometida los gérmenes de resistencia que aún posee el contrario. Esmeralda y Tarapacá, atravesando con tanto valor como serenidad cercas y quebradas, prosiguen avanzando para cortar al enemigo la retirada más allá de la Casa de Pólvora.

Los regimientos Pisagua y Taltal, reforzando á Tarapacá y Esmeralda, coadyuvaron con estos primeros á destruir la resistencia de la extremidad izquierda, y más tarde á combatir en el centro de la línea, á la derecha de la 1.ª brigada. Reforzada esta brigada, concentró todos sus esfuerzos en dirección del Cerro del Salto y del camino de caracol; en este punto numerosas tropas dictatoriales oponían una seria resistencia; por lo tanto, en vez de tomar las posiciones de frente, se convino en atacarlas por los flancos y cazar de este modo á los balmacedistas en sus formidables obras.

El empuje de los congresistas fué tan rudo como desesperado; á pesar del incesante fuego de los contrarios, el entusiasmo y fé de los soldados constitucionales fué tal, que aun á costa de enormes y dolorosos sacrificios, la disputada posición cayó en poder de las tropas de Körner. De nada valió á los balmacedistas ni el arrojo ni la desesperada resistencia llevada á cabo en las mejores condiciones posibles, cuando el desaliento comenzaba á cundir entre sus filas y la indecisión entre sus jefes. Con la toma de tan fuerte posición balmacedista, las defensas posteriores fueron tan estériles como heróicas por aquellos denodados soldados de Balmaceda; derroche de valor y abnegación en las postrimerías de una causa tan felizmente sostenida por sus soldados y tan torpemente confiada á manos inexpertas y rivales.

A las diez de la mañana, la línea balmacedista quedaba re-

ducida al centro y derecha, ó sea á la parte comprendida entre la cumbre del Salto y la desembocadura del camino de caracol en el Alto del Puerto. La izquierda estaba sumamente debilitada, por haberse pasado á los constitucionales la brigada Concepción. Proponíase, pues, Körner, que la 3.ª brigada, rebasando el ala izquierda balmacedista, obligase á los contrarios á retirarse desordenadamente por el camino de la Pólvora y por el antiguo carretero á Valparaíso; defendían la izquierda balmacedista dos batallones y un regimiento de artillería.

Los regimientos Tarapacá y Esmeralda, que por la derecha trepaban con tanto ímpetu como entusiasmo y arrojo, llegaban á la Casa de la Pólvora después de obstinada carrera; no encontrando enemigos en esta posición, y sintiendo por la izquierda el fuego de sus compañeros, marchan apresuradamente hacia este flanco á intervenir en la lucha.

Entre tanto, el 1.er batallón del regimiento Esmeralda y Valparaíso, por la izquierda, coronaban la cumbre tras penosos esfuerzos, y mediante un vigoroso ataque al arma blanca ponían en precipitada fuga á los artilleros de la brigada Concepción, apoderándose de las piezas. En el centro, los regimientos Pisagua, Taltal, Valparaíso y Constitución, casi al mismo tiempo llegaban á la izquierda del camino carretero, arrojando de allí á los balmacedistas, que se defendieron bizarramente. Vencidas la izquierda y centro de la línea dictatorial, aún quedaba por dominar la cumbre del espolón central, cuya posición en vano atacaban Chañaral, Antofagasta, Huasco y parte de Valparaíso.

Körner, que desde la Chacarilla observa las sucesivas y hermosas fases del combate, decide que la caballería corone brillantemente el admirable esfuerzo de los cuerpos de infantería, destruyendo la resistencia formidable que aún oponen el general Barbosa y el comandante general de artillería; la derrota, ya no cabe la menor duda que van á sufrirla los balmacedistas.

En vanguardia los húsares, luego los lanceros y á retaguardia los guías, se encaminan penosamente estos tres regimientos por la falda del espolón; salvando al galope la distancia que les separa del pie del Alto del Puerto, comenzaron á subir esta

meseta con tantas dificultades, que á no haber sido acorralado el enemigo, seguro es que los regimientos hubiesen sido destrozados. Trepando de frente por el centro del espolón, los húsares; por la izquierda, para desembocar en el flanco derecho de la batería enemiga, los lanceros, y por la derecha, los guías, bien pronto viéronse comprometidos estos tres cuerpos en difícil cuanto arriesgada situación.

Los húsares, detenidos por un sinnúmero de proyectiles, ruedan en confuso tropel por la falda de la meseta; el valor inquebrantable de aquellos bravos jinetes, tuvo que ceder ante las bocanadas de abrasadora metralla de los cañones balmacedistas. Sin embargo, el torbellino de muerte pareció infundir nuevos bríos en aquellos desanimados espíritus; al abatimiento de los primeros momentos sucedió un enérgico movimiento de rabia y dolor. Una vigorosa reacción de los húsares troca aquel momentáneo triunfo de los balmacedistas en vergonzosa huída; los lanceros y guías, apareciendo súbitamente, completaron el éxito de los húsares.

En este momento la derrota del ejército balmacedista era manifiesta; su retirada, bien por el camino de la Pólvora ó por el antiguo de Valparaíso, no era posible, debido á que los regimientos Tarapacá y el 2.° de Valparaíso se habían posesionado de ellos; eran las diez de la mañana y en el campo balmacedista la desbandada se iniciaba en todas direcciones y de una manera desordenada.

En esta vergonzosa huída, en esta descabellada retirada, casi todos los jefes abandonaron sus tropas antes del momento decisivo y precisamente en los momentos en que su presencia era sumamente necesaria; de 3.000 á 4.000 prisioneros tomados en el Alto del Puerto, no se encuentran entre ellos ni coroneles, ni tenientes coroneles y tan solo tres mayores.

«Muchos jefes—dice Bañados Espinosa—abandonaron á sus tropas en lo más reñido de la pelea, y muchos se retiraron antes de que la acción hubiera terminado. Así se explica que hayan quedado muertos ó heridos tan pocos ó casi ningún jefe, no obstante que la batalla se dió en estrecho campo, dominado por las balas y á pesar de que pertenecían al ejército vencido, que siem-

pre paga mayor tributo de sangre. No me atrevo á nombrar personas ni cuerpos, tanto porque no deseo comprometer á nadie en materias tan delicadas como las que se rozan con el honor militar, cuanto porque hubo en casi todos los cuerpos oficiales y soldados que, á pesar de todo, se mantuvieron leales y fieles en el cumplimiento de sus deberes».

Justo es, sin embargo, alabar la conducta como combatientes de los generales balmacedistas Alcerrea y Barbosa; ambos permanecieron hasta el último momento animando á sus soldados y organizando la resistencia final, dando elocuentes pruebas de su valor personal. Perseguido Alcerrea, refugióse en una casa de campo, donde murió heroicamente peleando contra sus numerosos perseguidores. Barbosa, acorralado por los lanceros, se parapetó tras de una casa dispuesto á morir como soldado, ya que no había sabido hacerlo como general; primero con su revólver y luego con su sable, herido é inutilizado, defendióse rabiosamente hasta caer muerto por los numerosos disparos contra él dirigidos. La muerte gloriosa de ambos caudillos es digna de loa, porque ellos, en medio de la desenfrenada carrera de los suyos, supieron sucumbir en el campo de batalla mártires de su deber.

Aun cuando después de la batalla pudo Körner penetrar en Valparaíso por sorpresa, esperó, no obstante, á reorganizar sus tropas. Mientras llevaba á cabo la concentración de sus victoriosas tropas, envió una intimación á la plaza, que decía así:

«El ejército constitucional tiene el poder para tomar la plaza. Con el fin de evitar más derrame de sangre, le intimo á V. S. rendición incondicional.—*Emilio Körner*».

A las doce y media de la mañana del día 28 se ponían en movimiento las tres brigadas constitucionales en dirección á Valparaíso; á las dos de la tarde, entre calurosas y frenéticas ovaciones, las tropas congresistas entraban victoriosamente en la citada ciudad después de breve pero ruda campaña, de sangrientas batallas, de penosas marchas y de dificultades sin cuento. El plan y dirección de Körner había logrado sorprendente resultado, y una nueva era de prosperidad se iniciaba para Chile; actualmente esta floreciente nación brilla y figura á la cabeza de

las potencias americanas por la acabada organización de sus fuerzas de mar y tierra y por el acendrado patriotismo de sus hijos.

¿Cuál fué la causa de la derrota de los balmacedistas?

Según el coronel Wood, el motivo de la rota de Placilla se debe á que el general Barbosa, con sus repetidas torpezas, reforzó considerablemente el centro, descuidando los flancos, y principalmente el izquierdo. El coronel Ruiz dice que en vista de la imposibilidad de resistir con las pocas fuerzas del centro el avance de los congresistas, y como por otro lado no recibió órdenes superiores, acordó precipitar la retirada.

El comandante Chaparro se expresa así: «Las dificultades que había previsto surgieron inmediatamente. Establecí, en medio de horroroso fuego, una sola línea de defensa, sin sostenes ni reservas, pues el tiempo apremiaba, porque *el enemigo había forzado nuestras alas*, que se retiraron en el más completo desorden, *y la defensa no era ya posible sino en el centro.* Por el avance del contendor, *el centro, compuesto del 2.° de línea y de algunos soldados del batallón Linares,* fué *luego* batido de flanco á cortísima distancia, desde las colinas mismas que las tropas gobiernistas *acababan* de abandonar, *y en poco rato* envuelto casi totalmente».

Balmaceda atribuye la derrota á las faltas de sus generales; Bañados, á la traición de algunos; Pinto-Agüero, á la falta de valor y entusiasmo de los soldados, y García-Fidela á la torpe dirección de los generales.

Aparte de estas opiniones, en su mayoría apasionadas, se deduce de la observación de los hechos que la causa de tanto desastre para los balmacedistas obedece únicamente á la mala dirección de la campaña. ¿Cómo es posible explicarse sino de esta manera que un ejército bien armado y municionado, en posiciones ventajosísimas y contando con poderosos elementos, fuese batido por otro ejército, bisoño, reducido y con variado armamento? No busquemos la causa del triunfo en el tesón admirable, decisión inquebrantable y entusiasmo ardiente del soldado constitucional, no; no residía el origen de las victorias de los unos y de los reveses de los contrarios en ese factor impor-

tantísimo, pues el valor moral tan arraigado se hallaba entre el soldado balmacedista como entre el constitucional; la bravura chilena no era patrimonio de un bando, sino común á ambos combatientes.

El resultado de la campaña, favorable para los unos y adverso para los otros, fué debido á las opuestas cualidades de los generales en jefe de ambos ejércitos. Mientras Körner sujetaba todos sus movimientos á principios fijos, observaba atentamente las fases del combate para hacer en él intervenir una ú otra arma en el momento preciso, utilizaba con oportunidad las reservas y sostenía con firmeza la unidad de mando; entre Barbosa y Alcerrea, por el contrario, todo era confusión; confiando los dos generales de Balmaceda en la superioridad numérica afianzada en fuertes posiciones, no dieron al enemigo importancia, base eficaz á su plan, ni combinación útil á sus movimientos, y como consecuencia lógica no pudieron impedir el avance de los congresistas, ni aun á costa de dolorosas pérdidas.

Körner aplica con reducido ejército los sabios principios del Arte de la Guerra y aprovecha con inteligencia los descuidos del contrario. Barbosa y Alcerrea limítanse á una defensa pasiva, á ahogar con sus rivalidades toda iniciativa feliz, y á someterse á los áulicos consejos de Balmaceda. Lógico era, pues, que triunfase Körner por su hábil dirección y rápida concepción, porque la victoria se inclina en favor, no del número ni del valor, sino del lado en que brille la pericia de los generales, la instrucción de la oficialidad, y que además posea un moderno material de guerra.

CONSIDERACIONES GENERALES.

«No hay en el mundo mejor soldado que el chileno», exclamaba Körner en el período más crítico de la batalla de la Placilla, asombrado de la bravura, energía y tenacidad de sus tropas ¡Qué prodigios de heroísmo no realizarían aquellos bisoños soldados, para merecer tan laudable elogio de un ilustrado jefe del Ejército alemán!

Al comienzo de la lucha el aspecto del éjercito constitucional era de lo más vario que puede suponerse: el ancho calzón del marinero, las ojotas del minero, los holgados trajes del empleado, la levita de algunos, etc., etc., formaban un conjunto caprichoso y abigarrado. La entrada en campaña de tropa equipada de tan extraña manera debió causar la hilaridad entre sus acicalados enemigos, los que no dudaron vencer á aquellos extrambóticos soldados que tan marcado contraste formaban con su ufana presencia. Parecía pues, imposible que los soldados de Balmaceda, valientes, robustos, aguerridos y disciplinados, pudieran ser batidos por aquella desordenada, aunque pintoresca, montonera.

Y en efecto, así sucedió. En sangrienta y furiosa batalla, de 3.000 combatientes, más de 2.000 entre muertos y heridos yacían amontonados sobre el campo de batalla; semejante prodigio de esfuerzo y heroismo convenció completamente á los dic-

tatoriales de que el ejército constitucional no podría medirse, ni por lo extraño de su equipo, ni por lo abigarrado de sus uniformes; eran soldados de férreo corazón y fuertes ideas, envueltos en multicolores vestiduras.

Tan sólo de esta manera puede comprenderse la lucha desigual sostenida entre constitucionales y dictatoriales. El factor moral, tan necesario á los ejércitos, llegaba á su más alto grado entre los partidarios del Congreso, á la par que declinaba rápidamente entre los sectarios de Balmaceda; éstos batíanse, no por el cariño á una idea, sino por el mandato imperativo del Presidente de la República; aquéllos, sobrepasando las órdenes de sus jefes, combatían por una causa sacrosanta; los balmacedistas defendían una causa que no encontraba eco en su corazón; los constitucionales, peleaban en virtud de una fuerza irresistible que les inducía á ello; los jefes de los primeros tenían que empujarlos al combate, y los de los segundos contenerlos suavemente; falta de unidad y decisión en los dictatoriales, dirección y correlación entre todos los elementos en los congresistas.

Pero si el soldado constitucional, infatigable, disciplinado y entusiasta por su causa, logró con tan envidiables cualidades dar cima á una empresa tan grandiosa como necesitada de abnegación, cabe también en esta gloriosa campaña una participación activa al jefe y organizador de las tropas del Congreso, Körner. La conducta generosa, la clara inteligencia, el recto criterio y el carácter elevado de Körner, encontraron en el desinterés y patriotismo de sus soldados y en la idoneidad de sus oficiales, eficaz y valioso concurso; de jefe hábil y celoso, de instructor incomparable y de organizador activísimo, acreditóse en esta campaña el comandante Emilio Körner. La veneración que por él sentían los soldados, el cariño que le profesaban los oficiales y el respeto que sus decisiones merecían, eran indicio seguro de que en la causa de los congresistas un ruidoso éxito sería el premio á tantas virtudes y sacrificios.

El puesto de jefe de Estado Mayor General, que la junta de Gobierno pensó otorgar á Körner como en justicia le correspondía, fué renunciado por éste, para no herir susceptibilida-

des. Se dijo en un principio, que sería doloroso para el ejército constitucional deber sus triunfos á un jefe extranjero; por otro lado, los viejos militares, los de capa y espada, los que aún creían en las brillantes cargas á la bayoneta, los alucinados por los movimientos cadenciosos y uniformes, los educados en aquellos cuerpos de ostentación y parada y en las demás excelencias del antiguo método, criticaban el orden disperso enseñado por Körner, como atrevida é impropia innovación. Semejantes manifestaciones de desagrado bien pronto supo desvanecerlas Körner con la claridad de sus explicaciones y con la bondad de sus procedimientos.

«Por la mañana, al alba, acompañaba á los batallones al ejercicio, instruyéndolos con dedicación y cariño paternales en los fáciles secretos de la nueva tactica; acudía después á su oficina á descargarse de las múltiples labores de su puesto y á conseguir que ningún papel durmiera en las carpetas; asistía de nuevo por la tarde á las academias y ejercicios, recorría y visitaba los puestos y servicios desu dependencia, y por fin, en la noche, á guisa de descanso, aparecía en el local del teatro, en donde lo esperaba un numeroso concurso de jefes, oficiales y paisanos, á los que daba allí luminosas é interesantes conferencias acerca de importantes puntos de Arte militar.»

«Llegando Körner á Iquique—dice un testigo presencial—desplegó desde el primer instante la misma actividad y el mismo empeño. Horas después de su desembarco se presentaba en los cuarteles, hacía formar la tropa y comenzaba á explicar su moderno método. Se dirigía únicamente á los oficiales, tratando primero de manifestarles en globo las incalculables ventajas de la innovación, y entrando después en los detalles que constituían sobre el terreno la traducción en hechos de aquellas ventajosas teorías. Su palabra fácil, su animado gesto, sus explicaciones claras y precisas; su calor elocuente y convencido, mantenían pendientes de sus labios á sus interesados y entusiastas discípulos; pero ¿cuál no sería el asombro del ilustrado militar, y qué mayor elogio puede hacerse de sus incomparables dotes de instructor, cuando, terminada su explicación oral, y tratando de ensayarla prácticamente, pudo notar que, no solo los oficiales se-

guían los movimientos, sino que hasta el último soldado maniobraba en conformidad con los principios y detalles que él acababa de sentar?» Fué aquel un momento de satisfacción para Körner.

El 3 de Julio, en el vapor *Maipo*, recibían los constitucionales un valioso cargamento: 5.000 fusiles Grass con dos millones de cartuchos, tres millones de tiros para los Mannlicher que habían tomado el 8 de Enero en Valparaíso, 6 cañones Krupp, 1.700 granadas ordinarias y 1.000 shrapnel. «Ellos saben ahora (nuestros amigos del Sur) por qué permanecíamos sordos, al parecer, mientras los gemidos de angustia de la sociedad chilena llegaban á nuestros oídos; ellos saben por qué se detuvo en las fronteras de Atacama la ola que arrolló en Tarapacá las fuerzas de la dictadura. Nuestro desarme era la causa de nuestra inmovilidad. Nos dolía en el alma el sufrimiento de Chile y el espectáculo de la infame orgía de los gandules sublevados. Nos dolía nuestra momentánea impotencia y el secreto mismo que debíamos guardar, y esperábamos como al Mesías á la primera nave que llegara á nuestros puertos trayendo á bordo fusiles, municiones y cañones, y el castigo de los malvados y la salvación de la Patria.»

Si con el felíz arribo de esta expedición se logró armar y municionar al ejército constitucional, aún quedaba por resolver otro problema pavoroso: el de los aprovisionamientos. La hermosa obra de Körner quizá hubiese sido más lenta y no tan ruidosa, á no haber encontrado en las extraordinarias dotes de inteligencia, actividad y energía del antiguo cura de Ligua, don Francisco Lisboa, el complemento necesario para su magna empresa. Con loable perseverancia pudo el cura Lisboa vencer, á fuerza de crédito y prestigio, tamañas dificultades; armonizando la escasez de fondos con la premura necesaria, logró crear un taller militar, del que salieron en poco tiempo, polainas, mantas, morrales, monturas, riendas, pantalones, casacas, etc., etcétera. Con su afabilidad, alegría, paciencia, talento y previsión, estableció en pocos días en Iquique un numeroso personal; los variados trajes de los constitucionales, se transformaron al poco tiempo en casi homogéneo uniforme.

La intendencia, establecida en la Aduana de Iquique, se ocupaba también activamente de las provisiones del ejército: las raciones se agrupaban por paquetes de distintos tamaños, desde el del soldado hasta el de la compañía; pues sabido es que una tropa no marcha con resolución y agilidad cuando el hambre agota sus fuerzas físicas, ni pelea con entusiasmo cuando la debilidad destruye su alegría; por esta razón, tuvo buen cuidado Körner de asegurar el aprovisionamiento en esta forma de paquetes, bien individuales ó bien colectivos.

La ración de marcha del soldado constitucional se componía diariamente de un bote de conserva de una libra de peso y de un paquete con 460 g. de galleta, dos paquetitos de café, uno para la mañana y otro para la tarde y el azúcar correspondiente. La ración de campamento se componía de 250 g. de fríjoles, 460 g. de pan, harina ó galleta, 100 g. de arroz, 150 g. de papas, 460 g. de carne fresca ó en conserva, ó bien 230 g. de charqui, 45 g. de azúcar, 20 de café, 5 g. de ají y 20 g. de sal. Cada ración de café, arroz, ají y sal formaban un saquete con dichas materias, 100 de éstos, envueltos dentro de un saco y unido éste á otro de charqui, de harina ó á $^1/_4$ de fríjoles, constituían la carga de una mula, cinco mulas conducían los víveres de un batallón.

La dirección del Parque de campaña se confió al entendido jefe Ugarte, á cuyo hábil tacto se debió que la confusión que era de temer, dado lo variado del armamento de los congresistas, no se verificase ni aun en los períodos más críticos del combate; los cartuchos Mannlicher se colocaron en cajones perfectamente rotulados, formando cada tres la carga de una mula; los del Grass, á dos por carga; segura la sujeción de estos cajones á bastes especiales y rápido su funcionamiento, se logró que el municionamiento se efectuase con orden y prontitud.

Municionado, armado y equipado el ejército constitucional, aún continuó Körner en su actividad expectante: le faltaba completar la instrucción de sus soldados para que entrasen en campaña con todas las mejores condiciones posibles.

Los ejercicios de tiro al blanco fueron el objetivo de Körner; con el estudio de las alzas, medición de distancias, disciplina del fuego, trayectorias, etc., preparó á la entusiasta juventud cons-

titucional y le hizo concebir la seguridad del triunfo manteniendo la confianza en sus superiores; los simulacros de combate, presididos y corregidos por Körner, enseñaron á aquella tropa los favorables resultados que del fuego pueden obtenerse, cuando una perfecta disciplina reina en el campo de batalla para el consumo de municiones. ¿Qué ocurría entre tanto en el campo balmacedista? Confiando en la organización, disciplina, número y poder de sus elementos de combate, no se preocupaban de ir á buscar al enemigo y exterminarlo en su origen. ¡Bah! Nubes de verano, dirían seguramente los Generales de Balmaceda. ¿Cómo es posible, pensaron sin duda, que tengan la osadía unos cuantos desarrapados de luchar contra un vistoso y bien pertrechado ejército como el nuestro? Pero la nubecilla, lejana y pequeña en un principio, avanzó y fué adquiriendo tales proporciones, que cuando pretendieron librarse de ella, era ya tarde.

«El dictador se adormecía, pues, con engañosas seguridades, meditando todavía en organizar alguna expedición que le devolviese el dominio de la opulenta Tarapacá. Buscaba vapores rápidos, apuraba los cruceros, soñaba con un triunfo seguro y decisivo, se burlaba de los infelices revolucionarios, que de todo carecían, y hasta les mandaba de Santiago á los presos políticos para que aumentasen allá el desbarajuste y la hambruna ¡desgraciado! Tarapacá, mientras tanto, elaboraba silenciosa, como un volcán en fuego, los mixtos que convertidos muy pronto en devoradora lava, habían de arrastrar y consumir, junto con las ilusiones y el poderío del tirano, el oprobio y la deshonra de Chile.»

Organizado ya el ejército constitucional para emprender las operaciones activas de la campaña, discutióse en primer lugar cuál iba á ser el objetivo, ya que el plan estaba trazado admirablemente por Körner. Á principios de Julio de 1891, reuníanse en la Casa de Gobierno de Iquique el coronel Del Canto, general Urrutia, los tres miembros de la Junta y cuatro secretarios.

Körner era de opinión que, considerando á Valparaíso como objetivo final, lo más necesario era atacar la 5.ª división balmacedista de Coquimbo (8.437 hombres), y con los cañones que se tomasen á esta división se podría proseguir el avance y respon-

der eficazmente á la numerosa artillería contraria; de este modo, con una victoria, el avance de los constitucionales sería tan rápido como decisivo sobre Valparaíso ó Santiago.

El coronel D. Estanislao del Canto se opuso á este plan sosteniendo que, tanto la marcha á Coquimbo como el combate en este punto, causarían gran estrago en las filas; se necesitarían, pues, varios días para reorganizarse y, por lo tanto, siendo poco activa la persecución, se corría el peligro de que el enemigo acudiese rápidamente con tropas de refresco. Rebatiéronse estos razonamientos del coronel Del Canto, afirmando que con una tropa entusiasta y disciplinada, pero no curtida en los campos de batalla, era indispensable á todo trance hacerla combatir en Coquimbo para acostumbrarla á la lucha, á las marchas, y en una palabra, á las operaciones activas de una campaña. «Era necesario—dice Del Canto—aprovechar en un golpe de audacia y de brillo el entusiasmo del ejército; era necesario herir á la dictadura en el centro mismo de sus recursos, convenía poseer á Valparaíso para dar descanso á nuestros buques é inutilizar los del enemigo.»

La figura del coronel Del Canto adquiere marcado interés; su actividad, benevolencia, previsión y tacto, ejercieron decisiva influencia en el curso de la campaña, identificado como se hallaba con el pensamiento de Körner; el coronel Del Canto demostró una vez más en esta lucha las excelentes cualidades que le adornaban; su trato cortés y cariñoso, realzado por el contraste que formaban estas prendas con su reconocido valor, lo rodeaban de una atmósfera de popularidad muy ventajosa para el prestigio de una causa que era la del país entero. «De boca en boca corrían el nombre de Canto y el recuerdo de sus hechos, y ora se le representaba acompañando la primera línea de nuestros combatientes en la feroz batalla de Pozo Almonte, y animando allí á los bravos pampinos con su actitud serena y sus frases elocuentes, ora se referían las aventuras de su escapada de Tacna, su audacia en la ocupación de Pisagua, la temeridad de su incursión á la pampa, su tenacidad y energía después de los primeros contrastes, su decisión en San Francisco, su arrojo en Huara, el papel principalísimo que en todas partes había

desempeñado y que lo levantaba á la altura de un héroe novelesco y legendario.»

El plan de Körner consistía en desembarcar en Quintero, al Norte de Valparaíso; las divisiones enemigas de Santiago y Valparaíso no podrían, por lo tanto, reunirse por el temor de tener que abandonar una de dichas ciudades; además, desembarcando en Quintero se impedía asimismo que la división de Coquimbo acudiese á reforzar una de las dos anteriores. Este plan presentaba las siguientes ventajas: desembarcando en Quintero al amanecer, creía Körner entrar victoriosamente en Valparaíso á los dos días después de reñir en Coquimbo un porfiado combate; interponiéndose entre las divisiones balmacedistas de Coquimbo, Valparaíso y Santiago, se impediría de este modo la concentración de fuerzas dictatoriales; avanzando en dirección de la Calera, destruyendo la línea férrea y túnel de San Pedro, se amenazaba á la capital, residencia de Balmaceda.

El presidente de la Junta, capitán de navío D. Jorge Montt, apoyó la opinión de Körner, que fué aceptada por unanimidad, incluso por los marinos consultados al efecto. Acordóse, pues, que la expedición desembarcaría en Quintero (1), siendo el objetivo inmediato el ataque á la división de Coquimbo, y el final, la entrada en Valparaíso.

¿Cuál era la causa que animaba á los constitucionales á comenzar una lucha contra numerosas fuerzas?

¿Qué idea impulsaba á los congresistas, escasos en recursos, á combatir contra un enemigo que, por los preciados elementos

---

(1) La región y puerto de Quintero descubiertos en 1536 por el piloto don Alfonso Quintero, eran conocidos por los indígenas con la denominación de *Narau*. El 9 de Abril de 1587 libróse en su playa porfiado combate entre los colonos y las fuerzas del corsario Cavendish. En 1615 fué visitado Quintero por las fuerzas de Jorge Spilbergen que hostilizaban las colonias españolas. Desde esa época vivió en perpetua prosperidad, habiendo sido la primera ciudad de la América latina donde se estableció la litografía (1822), adelanto debido al vicealmirante Cochrane. En 1872 se trazaron los planos para convertirla en el primer centro balneario de Sud-América; este proyecto, debido á los Sres. Cousiño y Makenna, fracasó completamente, y hoy, en aquella región de los araucanos, tan sólo se puede contemplar uno de los paisajes más hermosos de la Naturaleza.

de que disponía, parecía ser dueño del resultado? Indudablemente que el sentimiento de la dignidad, la idea del honor y el amor á la patria, infundieron en sus corazones el aliento sobrehumano de los héroes; su lema era triunfar ó morir.

Aquel ejército balmacedista, que por su número y organización se encontraba en condiciones tan ventajosas para lograr la victoria, ¿cómo pudo ser derrotado en dos sangrientas batallas? ¿Cómo en desigual lid, un puñado de valientes pudo derrotar brillantemente á numerosas huestes contrarias? Indudablemente, no fué la culpa del soldado balmacedista, é injusto sería atribuirle la causa del desastre; en su corazón, tabernáculo de tesón admirable y de patriotismo sublime, las virtudes militares eran las comunes á la raza chilena; su abnegación, bravura, desinterés, etc., en nada cedían á la de los constitucionales. Tuvieron éstos la fortuna de ser dirigidos por ilustres generales, entendidos jefes é idóneos oficiales que, encauzando los heróicos esfuerzos del soldado con sus privilegiadas dotes, lograron dar cima á una difícil cuanto hermosa empresa.

«El soldado chileno, valiente por naturaleza, pero tan valiente como impresionable, nada aprecia más, mediante su ingénita rectitud de criterio, que la serenidad plácida, natural, sin actitudes ni afectación de parte de sus jefes y oficiales en los momentos de peligro. Ni los arrebatos impetuosos, ni las voces de aliento, ni los ademanes trágicos lo dominan tanto como la actitud y las palabras tranquilas, que ponen de manifiesto á sus ojos ese menosprecio frío de la muerte, y ese sacrificio premeditado de la vida, que sólo á los valientes es dado manifestar y sentir en los momentos mismos en que la vida peligra, y en que la muerte recorre presurosa el espacio, envuelta en las invisibles alas de millares de proyectiles.»

El efectivo de los balmacedistas era el siguiente: 1.ª división Santiago, 45 jefes, 371 oficiales y 7.153 soldados; 2.ª división Valparaíso, 47 jefes, 203 oficiales y 7.033 soldados; 3.ª división Angol, 7, 36 y 775 respectivamente; 4.ª división Concepción, 51, 318 y 7.674; 5.ª división Coquimbo, 68, 411 y 8.437; 6.ª división Valdivia, 9, 55 y 775; diversas fuerzas, 15, 68 y 669 Total, 242 jefes, 1.462 oficiales y 32.516 soldados.

La distribución de las fuerzas constitucionales era la siguiente:

	Hombres.	Hombres.
1.ª Brigada.		
Constitución, núm. 1	850	
Iquique, núm. 6	657	
Antofagasta, núm. 8	813	
Escuadrón Carabineros, núm. 3	200	
Idem Libertad, núm. 1	180	
		2.700
2.ª Brigada.		
Artillería, núm. 2	200	
Valparaiso, núm. 2	550	
Chañaral, núm. 5	500	
Atacama, núm. 10	870	
Huasco, núm. 11	480	
Escuadrón de guías, núm. 4	138	
Idem de lanceros, núm. 5	140	
Idem de húsares, núm. 6	150	
		3.028
3.ª Brigada.		
Artillería, núm. 1	280	
Idem, núm. 3	180	
Columna de rifleros	160	
Escuadrón de granaderos, núm. 2	170	
Idem de guías, núm. 4 (fracción)	100	
Pisagua, núm. 3	750	
Taltal, núm. 4	1.015	
Esmeralda, núm. 7	800	
Tarapacá, núm. 9	460	
		3.915
Ametralladoras de marina		100
Total		9.743

La historia política de D. José Manuel Balmaceda enaltece su triste memoria y demuestra la entereza y fé con que luchó por el arreglo de la Hacienda y la tranquilidad y bienestar de su Patria. «Era —dice Nicanor de la Sotta— de noble y elevada alcurnia, de ascética y esmerada educación, de talento asombroso, de laboriosidad incansable, bello de sentimientos y de figura,

de elocuencia ciceróníca, de probidad catoniana, idólatra de su Patria, franco, leal y magnánimo hasta su perdición misma».

Su testamento-confesión, al borde del sepulcro, escrito de modo admirable antes de adoptar la resolución extrema, le rehabilita y le hace aparecer en sus últimos momentos generoso y magnánimo. «Si nuestra bandera—dice Balmaceda poco antes de morir,—encarnación del Gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempo no lejano, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros, flameará un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi Patria, á la cual he amado sobre todas las cosas de mi vida».

Inicia Balmaceda su vida política como secretario del Congreso americano de Lima, que en 1865 presidiera el ilustre político chileno D. Manuel Mont; su palabra arrebatadora, su elocuencia admirable, su concepción brillante y sus vastos conocimientos, le atrajeron en esta ocasión simpatías por doquier. Durante la Presidencia de D. Domingo Santa María, las leyes de líbertad de cultos, matrimonio civil, registro y cementerios, fueron leyes merced á sus brillantes discursos y felices iniciativas.

Elevado á la Presidencia de la República, el 18 de Septiembre de 1886, consagró sus esfuerzos al poderío de Chile en todos los conceptos. Protegió la carrera militar y se ocupó de la fortificación de las costas; dió impulso grande á la Marina y echó los cimientos del puerto militar de Llico, el *Fiume* del Pacífico.

Canalizó el río Mapocho, que pasa por la capital; inauguró días antes de la hecatombe la grandiosa obra del viaducto del Malleco, reputado por ser uno de los mejores de su clase. Arregló con notable habilidad las cuestiones pendientes entre la Iglesia chilena y la Santa Sede, elevó la condición de los sacerdotes chilenos, mejorándolos considerablemente.

Atendió asimismo la magistratura judicial, creando nuevas Cortes y juzgados en provincias y departamentos que aún carecían de tan preciados elementos. Se ocupó con especial cuidado de la instrucción pública, extendiéndola hasta los más recóndi-

tos lugares de la República y protegiendo espléndidamente á los maestros.

Ocupóse con asiduidad de las clases obreras y proletarias, construyendo extensas obras públicas, tales como escuelas, hospitales, muelles, asilos, carreteras, puertos, ferrocarriles, telégrafos, etc. Creó escuelas técnicas, que dieron gran impulso á la agricultura y minería. En reglamentos notables proyectó la fundación de colonias agrícolas en el fértil y extenso país de la Araucania.

Levantó el crédito económico, solventando muchas deudas y acrecentando con celo y honradez proverbial los intereses de la Patria. Las leyes de *incompatibilidades parlamentarias* y de *garantías individuales*, el *Código de minería* y varios reglamentos presentados por él al Poder legislativo, fueron aprobados por la inteligencia y conocimientos en ellos desarrollados.

En los ultimos períodos de su vida presidencial, dejaba á su sucesor en las arcas del Tesoro un remanente de *veinte millones de pesos*. La honradez hasta tal punto era una precisa religión para él, que en cierta ocasión devolvió los espléndidos obsequios de M. North, el rey del salitre, regalos que otros habían aceptado del salitrero famoso de Tarapacá.

Refugiado Balmaceda en la legación argentina, las iras del pueblo y el eco de las maldiciones que llegaban hasta su tranquilo asilo apenaron su espíritu é hicieron brotar lágrimas de sus ojos. Con ánimo sereno pensó defenderse llamando á la conciencia de aquel pueblo que tanto le había vitoreado; mas comprendiendo que la fatalidad acumulaba sobre él injustos cargos y que el pueblo, arrastrado por ciegos furores no vería con paciencia sus sentidas declaraciones, pensó sin duda que la muerte evitaría á su Patria nuevos y dolorosos sacrificios.

Tal fué Balmaceda, el ilustre hombre público que en 1889 era aclamado por la Cámara de Diputados diciendo que «era un mandatario modelo por su patriotismo, abnegación, inteligencia y probidad» y que en 1891 era vituperado y escarnecido por los mismos Diputados llamándole «derrochador de caudales públicos, criminal y tirano».

De aquella fratricida lucha, en la que bajo el mortífero fuego

del cañón ríos y campos absorbieron la generosa sangre de valientes hermanos, el hogar de la familia y la propiedad cayeron envueltos en lágrimas y escombros y la ira desbordóse en furioso frenesí, surgió una Patria nueva, una nación modelo y un pueblo admirado por su valor y por la inteligencia de sus hijos. Ante la tumba de Balmaceda, que murió perdonando, los arranques de ira se han contenido, los coloridos del cuadro se han apagado, los gritos de desesperación se han reprimido y las mareas de fuego se han enfriado.

El 19 de Septiembre de 1891 se suicidaba Balmaceda, balbuceando sus labios frases de perdón y de resignación evangélica como última expresión de su alma, como último suspiro de su pecho y como último aliento de su corazón.

Para terminar con estas consideraciones generales, incluiremos el total de bajas que tuvieron los constitucionales en Concón y Placilla.

CUERPOS	Jefes y Oficiales.	Tropa.	Total.	Fuerzas desembarcadas en Quintero.	Tanto por 100 de bajas.
1.ª Brigada.					
Regimiento Constitución, núm. 1......	27	468	495	810	61'11
— Iquique, núm. 6.........	19	371	390	650	60
— Antofagasta, núm. 8......	21	312	333	537	62'01
Escuadrón Libertad, núm. 1.........	2	28	30	150	20
— Carabineros del Norte, núm. 3	»	12	12	130	9'23
1.ª Batería del Batallón de Artillería número 2....	»	2	2	80	2'50
TOTAL......	69	1.193	1.262	2.357	53'54
2.ª Brigada.					
Regimiento Valparaiso, núm. 2.......	16	305	321	560	57'32
— Chañaral, núm. 5........	8	155	163	460	35'43
— Atacama, núm. 10........	12	357	369	869	42'46
— Huasco, núm. 11.........	2	166	168	560	30
Escuadrón Guías, núm. 4...........	2	21	23	140	16'42
— Lanceros, núm. 5.........	»	23	23	120	19'17
2.ª Batería del Batallón de Artillería, número 2......................	1	34	35	150	23'33
TOTAL	41	1.061	1.102	2.859	38'54
3.ª Brigada.					
Regimiento Pisagua, núm. 3.........	9	184	193	730	26'44
— Taltal, núm. 4...........	13	236	249	1.015	24'53
— Esmeralda, núm. 7.......	14	109	123	759	16'20
Batallón Tarapacá, núm. 9..........	16	246	262	471	55'62
Escuadrón Granaderos, núm. 2.......	»	11	11	120	9'16
Batallón de Artillería núm. 1.........	1	33	34	220	15'45
Batallón de Artillería núm. 3.........	»	45	45	129	34'88
TOTAL......	53	864	917	3.444	26'57
Otros Cuerpos.					
Batallón de Ingenieros..............	2	27	29	127	28'83
Columna de Rifleros................	1	43	44	150	29'33
Escuadrón de Húsares..............	6	44	50	257	19'45
TOTAL......	9	114	123	534	23'03
Resumen.					
1.ª Brigada......................	69	1.193	1.262	2.357	53'54
2.ª Brigada......................	41	1.061	1.102	2.859	38'54
3.ª Brigada......................	53	864	917	3.444	26'57
Otros Cuerpos.....................	9	114	123	534	23'03
TOTAL......	172	3.232	3.404	9.194	37'02

TESTAMENTO POLÍTICO

DEL EX PRESIDENTE DE CHILE

D. JOSÉ MANUEL BALMACEDA

CARTA QUE EL SR. D. EUSEBIO LILLO GUARDARÁ RESERVADA Y QUE CONFÍO Á SU HONOR Y LEALTAD PARA QUE LA PUBLIQUE EN LOS DIARIOS DE SANTIAGO EN EL ACTO QUE YO NO ESTÉ EN EL ASILO QUE ÉL SABE. ES NECESARIO QUE LA PUBLIQUE COMO TESTIMONIO EXPLICATIVO DE MIS ÚLTIMOS ACTOS.

Carta del ex Presidente Balmaceda á los Sres. Claudio Vicuña y Julio Bañados Espinosa.

Santiago, 18 de Septiembre de 1891.—Mis amigos: Dirijo esta carta á un amigo para que la publique en los diarios de esta capital y pueda así llegar á conocimiento de ustedes, cuya residencia ignoro.

Deseo que ustedes mis amigos y mis conciudadanos, conozcan algunos hechos de actualidad y formen juicio acertado acerca de ellos.

El 28 de Agosto depuse de hecho el mando en el general Baquedano, y de derecho termino hoy el mando que recibí de mis conciudadanos en 1886.

Las batallas de Concón y La Placilla determinaron este resultado. Aunque en Coquimbo y Valparaíso había fuerzas considerables, estaban divididas y no había posibilidad de hacerlas

obrar eficazmente para detener la invasión de los vencedores.

Con los ministros presentes acordamos llamar al general Baquedano y entregarle el mando con algunas condiciones. Nos reunimos para este objeto con el general Velázquez y los señores Manuel A. Zañartu, general Baquedano y Eusebio Lillo, á quien había pedido tuviera la bondad de llamar al Sr. Baquedano en mi nombre.

Quedó acordado y convenido que el señor general recibiría el mando: que se guardaría el orden público, haciendo respetar las personas y las propiedades; que los partidarios del Gobierno no serían arrestados ni perseguidos, y que yo me asilaría en lugar propio de la dignidad del puesto que había desempeñado, para cuyo efecto se designó la legación argentina, á cargo del Excmo. Sr. D. José Uriburu, decano á la vez del Cuerpo diplomático, debiendo el general prestar eficaz amparo al asilo y á mi persona y aún asegurar mi salida al extranjero.

Manifesté que en Coquimbo se podrían reunir 6.000 hombres y que en ese momento había en Santiago 4.500 sin contar la policía. Agregué que el sometimiento voluntario de estas fuerzas requería de parte del general asegurar condiciones convenientes al ejército, que había siempre procedido en cumplimiento de estrictos deberes militares.

Aunque el 28 tuve los medios necesarios para salir al extranjero, creí que no debía excusar responsabilidades, ni llegar fuera de Chile como mandatario prófugo, después de haber cumplido, según mis convicciones y en mi conciencia, los deberes que una situación extraordinaria impuso á mi energía y patriotismo.

Esta resolución se había fortalecido al contemplar la acción general iniciada contra las personas y los bienes de los miembros del partido que compartió conmigo las rudas y dolorosas tareas del gobierno, y la más grave y extraña de procesar y juzgar por los tribunales militares á todos los jefes y oficiales que se han mantenido fieles al jefe constitucional, y que en las horas de agitación política excusaron deliberar, porque la carta fundamental se lo prohibe.

Bastará la enunciación de los hechos para caracterizar la situación y producir el sentimiento de la justicia política.

El gobierno de la junta revolucionaria es de hecho, y no constitucional ni legal. No recibió, al iniciar el movimiento armado, mandato regular y del pueblo; obró en servicio de la mayoría del poder legislativo que se convertía también en ejecutivo; y aumentó la escuadra y formó ejército y percibió y gastó los fondos públicos, sin leyes que fijaran las fuerzas de mar y tierra, ni que autorizaran el percibo del impuesto y su inversión; destituyó y nombró empleados públicos, incluso los del poder judicial, y últimamente ha declarado en funciones á los jueces y ministros del Tribunal que, por ley dictada con aprobación del Congreso de Abril, estaban cesantes, y ha suspendido y eliminado á todo el poder judicial en ejercicio. Ha convocado, al fin, por acto propio, á elecciones de nuevo Congreso, de municipios y de Presidente de la República.

Estos son los hechos.

Entre tanto, el Gobierno que yo presidía era regular y legal, y si hubo que emplear medidas extrordinarias por la contienda armada á que fué arrastrado, será, sin duda, menos responsable por esto que los iniciadores del movimiento del 7 de Enero, que emprendieron el camino franco y abierto de la revolución.

Si el poder judicial que hoy funciona es digno de este nombre no podría hacer responsables á los miembros del Gobierno constituído por los actos extraordinarios que ejecutara compelido por las circunstancias, sin establecer la misma y aún mayor responsabilidad por los actos, también extraordinarios, ejecutados por los directores de la revolución.

Tampoco en nombre de la justicia política se podría, sin grave error, hacer responsables de ilegalidad á los miembros del Gobierno en la contienda civil, porque todos los actos de la revolución, aunque hayan tenido el éxito de las armas y constituído un gobierno de hecho, no han sido arreglados á la Constitución y á las leyes.

Si se rompe la igualdad de la justicia en la aplicación de las leyes chilenas, ya que se pretende aplicarlas únicamente á los vencidos, se habrá constituído la dictadura política y judicial más tremenda, porque sólo imperará como ley suprema la que proceda de la voluntad del vencedor.

Se ha ordenado por la junta del gobierno que la justicia ordinaria, ó sea la que ha declarado en ejercicio por haber sido partidaria de la revolución, procese, juzgue y condene como reos de delitos comunes á todos los funcionarios de todos los órdenes de la administración, que tuve el honor de presidir, por los actos ejecutados desde 1.º de Enero último. Se pretende por este medio confiscarles en masa todos los bienes, haciéndolos responsables como reos ordinarios de los gastos de los servicios públicos, y por los actos de guerra, de disciplina ó de juzgamiento, según la Ordenanza militar, culpables de violencias personales ó de simples asesinatos.

Presos los unos, arrestados en sus casas y con fianzas excepcionales para no salir de ellas los otros, ocultos muchos y todos perseguidos, no hay ni tienen defensa posible. Se va á juzgar y condenar á los caídos, y van a ser juzgados y condenados por sus enemigos de la junta y gobierno y por sus enemigos del poder judicial.

Igualmente injustificado y doloroso es el proceso universal abierto á todos los jefes y oficiales que han servido al Gobierno constituído. Si el gobierno no legal hubiese triunfado, aún no se explicaría el proceso de los que hubieran sido vencidos y aniquilados, porque eso no sería digno ni político en las tareas de gobierno que corresponde al vencedor. Pero que la revolución triunfante procese y condene á los jefes y oficiales del ejército que han defendido al Gobierno constituído porque no fueron revolucionarios, y esto tratándose aún de los jefes y oficiales que en Santiago, Coquimbo y Concepción rindieron obediencia al general Baquedano y á la junta revolucionaria, y que no han disparado un sólo tiro, es todo lo que puede imaginarse de irregular y extraordinario.

Olvida la junta que es ya gobierno de hecho y que tiene que constituir gobierno definitivo, y que si pretende aplicar castigos en masa á los jefes y oficiales, porque fueron leales al Gobierno constituído, socava en sus fundamentos su propia existencia y lanza las huestes de hoy ó de mañana al camino de la rebelión en la crisis que puedan producir por la organización ó el funcionamiento del orden de cosas actuales.

Cerradas ó destrozadas todas las imprentas en el territorio de la República, por las cuales se pudieran rectificar los errores de apreciación ó de hecho que se producen, el Gobierno no ha podido desvanecer inculpaciones diversas y crueles. Conviene por lo mismo dejar constancia de las reglas ó procedimientos que formaron nuestra norma de conducta durante todo el período de la revolución. Así fijaremos límites á las responsabilidades.

Las personas que formaron el elemento civil de la revolución, que la dirigieron y ampararon con sus recursos y esfuerzos, fueron inhabilitadas por el arresto, el extrañamiento provisorio ó el envío de ellas á las filas del ejército revolucionario. Se procuró evitar en lo posible procedimientos que hiciesen más profundas las excisiones que dividían á la sociedad chilena. La acción de gobierno alcanzó, en realidad, á un número reducido de personas comprometidas en la revolución.

Los delitos de conspiración, cohecho ó insubordinación militar se han juzgado por la Ordenanza únicamente en casos comprobados y gravísimos, pues en la generalidad de los hechos no se ha formado proceso, ó se les ha disimulado, ó no se han adelantado los procesos iniciados. Pensando el Gobierno en su propia conservación, no creyó prudente comprometer, sin antecedentes comprobados, públicos ó inexcusables, la confianza que le merecía al ejército que guardaba su existencia.

En cuanto á las montoneras que el derecho de gentes pone fuera de la ley, y que por la naturaleza de las depredaciones que están llamadas á cometer, habrían sido causa de desgracias sociales, políticas y económicas, se creyó siempre que debían ser batidas y juzgadas con arreglo estricto á las disposiciones de la Ordenanza militar.

Felizmente, durante siete meses, el país se vió libre de esta calamidad. Pero en el mes de Agosto, y en vísperas del desembarco militar de Quinteros, las montoneras hicieron irrupción en todos los departamentos, desde Valparaíso á Concepción. Aprovechando las sombras de la noche, rompían y destrozaban los telégrafos, llevándose los postes y los alambres, interrumpían la línea férrea haciéndola saltar con dinamita en muchos puntos á la vez, atacando y destrozando los puentes, matando á los

guardianes, y los que lograban apresar, como en la provincia de Linares, eran fusilados.

Nunca fué más crítica la seguridad del ejército y de su poder y necesidad de concentración.

Los jefes de división hubieron de distribuir numerosas fuerzas en el cuidado de los telégrafos y de la línea férrea, con grave perturbación de las operaciones posteriores que se desarrollaron tan rápidamente en Concón.

Si las fuerzas destacadas en persecución de las montoneras y del cuidado de los telégrafos y de la línea férrea, de la cual dependía la existencia del Gobierno y la vida del ejército, no han observado estrictamente la Ordenanza militar y han cometido abusos ó actos contrarios á ella, yo los condeno y los execro. Estoy cierto que conmigo los condenan igualmente todos los que contribuyeron á la dirección del Gobierno en las horas de revolución.

Todos sabemos que hay momentos azarosos en la guerra en que se producen actos singulares que la precipitan, pero que sus directores no aceptan y rechazan; la trágica muerte del coronel Robles, herido y al amparo de la Cruz Roja; la muerte violenta de algunos jefes y oficiales hechos prisioneros en Concón y La Placilla; el desastroso fin del ministro y cumplido caballero don Manuel María Aldunate, y los desvíos que se aseguran cometidos contra la montonera que se organizó en Santiago, prueban que en la guerra se producen, á pesar de la índole y de la recta voluntad de sus jefes, hechos aislados y dolorosos que á todos nos cumple deplorar.

Aunque nosotros no aceptamos jamás la aplicación de los azotes, se insiste en imputarnos los errores ó las irregularidades de los subalternos, como si en el territorio que dominó la revolución no se hubieran producido desgraciadamente los mismos hechos.

Bien sé yo que sólo en la moderación, en la equidad y en un levantado patriotismo de los conductores del nuevo Gobierno, se encontrará la solución que devuelva la quietud á los espiritus y el equilibrio social y político tan profundamente perturbado por los últimos trastornos y acontecimientos. Pero después de concluída la contienda nos encontramos bajo la presión de un régi-

men implacable que no asomó siquiera su fisonomía en las horas de contradicción y de batalla.

Saqueadas las propiedades urbanas y agrícolas de los partidarios del Gobierno; presos, prófugos ó perseguidos todos los funcionarios públicos; substituído el poder judicial existente por el de los amigos ó partidarios de la revolución; procesados todos los jefes y oficiales del ejército que sirvió al Gobierno constituído; lanzados todos á la justicia como reos comunes, para responder con sus bienes y sus personas de todos los actos de la administración, como si no hubiera existido Gobierno de derecho ni de hecho, sin defensa posible, sin amparo en la Constitución y las leyes, porque impera ahora con más fuerza que antes el régimen arbitrario de la revolución, hemos llegado, después de concluída la contienda y pacificado el país, á un régimen de proscripción que para encontrarle paralelo es necesario retroceder muchos siglos y remontarse hasta otros hombres y otras edades.

Entre los más violentos perseguidores del día figuran políticos de diversos partidos y á los cuales colmé de honores, exalté y serví con entusiasmo. No me sorprende esta inconsecuencia ni la inconstancia de los hombres.

¿No se formó en los famosos tiempos de Roma una coalición de partidos y de caudillos, en que para asegurar el Gobierno el uno sacrificó á su hermano, el otro á su tío y el principal de ellos á su tutor? ¿No fué degollado Cicerón por orden de Popilio, á quien había arrebatado de los brazos de la muerte con su elocuencia? Todos los fundadores de la independencia sud-americana murieron en los calabozos, en los cadalsos ó fueron asesinados, ó sucumbieron en la proscripción y el destierro.

Estas han sido las guerras civiles en las antiguas y modernas democracias.

Sólo cuando se ve y se palpa el furor á que se entregan los vencedores en las guerras civiles se comprende por qué en otros tiempos, los vencidos políticos, aun cuando hubieran sido los más insignes servidores del Estado, concluían por precipitarse sobre sus propias espadas.

Viendo la terrible persecución de que éramos objeto incesante, formé la resolución de presentarme y someterme á la dispo-

sición de la Junta de gobierno, esperando ser juzgado con arreglo á la Constitución y á las leyes, y defender, aunque fuera desde el fondo de una prisión, á mis correligionarios y amigos. Así lo anunció el Sr. Uriburu, á quien expresé la forma de la presentación escrita que haría.

Pero se han venido sucediendo nuevos hechos, hasta entregarse mis actos, con abierta infracción constitucional, al juicio ordinario de los jueces de la revolución.

He debido detenerme.

Hoy no se me respeta y se me somete á jueces especiales que no son los que la ley me señala. Mañana se me arrastraría al Senado para ser juzgado por los senadores que me hicieron la revolución y entregarme en seguida al criterio de los jueces que separé de sus puestos por revolucionarios. Mi sometimiento al gobierno de la revolución en estas condiciones, sería un acto de insanidad política.

Aún podría evadirme saliendo de Chile, pero este camino no se aviene á la dignidad de mis antecedentes ni á mi altivez de chileno y de caballero.

Estoy fatalmente entregado á la arbitrariedad ó á la benevolencia de mis enemigos, ya que no imperan la Constitución ni las leyes. Pero ustedes saben que soy incapaz de implorar favor, ni siquiera benevolencia de hombres á quienes desestimo por sus ambiciones y falta de civismo.

Tal es la situación del momento en que escribo.

Mi vida pública ha concluído.

Debo, por lo mismo, á mis amigos y á mis conciudadanos la palabra íntima de mi experiencia y de mi convencimiento político.

Mientras subsista en Chile el Gobierno parlamentario en el modo y forma en que se le ha querido practicar y tal como los sostiene la revolución triunfante, no habrá libertad electoral, ni organización seria y constante en los partides, ni paz entre los círculos del Congreso. El triunfo y el sometimiento de los caídos producirán una quietud momentánea; pero antes de mucho renacerán las viejas divisiones, las amarguras y los quebrantos morales para el jefe del Estado.

Sólo en la organización del Gobierno popular representativo con poderes independientes y responsables, y medios fáciles y expeditos para hacer efectiva la responsabilidad, habrá partidos con carácter nacional y derivados de la voluntad de los pueblos, y harmonía y respeto entre los poderes fundamentales del Estado.

El régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero esta victoria no prevalecerá. Ó el estudio, el convencimiento y el patriotismo abren camino razonable y tranquilo á la reforma y á la organización del Gobierno representativo, ó nuevos disturbios y dolorosas perturbaciones habrán de producirse entre los mismos que han hecho la revolución unidos, y que mantienen la unión para el afianzamiento del triunfo, pero que al fin concluirán por dividirse y por chocarse. Estas eventualidades están, más que en la índole y en el espíritu de los hombres, en la naturaleza de los principios que hoy triunfan y en la fuerza de las cosas.

Este es el destino de Chile, y ojalá las crueles experiencias del pasado y los sacrificios del presente induzcan la adopción de las reformas que hagan fructuosas la organización del nuevo Gobierno, seria y estable la constitución de los partidos políticos, libre é independiente la vida y el funcionamiento de los poderes públicos, y sosegada y activa la elaboración común del progreso de la República.

No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido ni del porvenir.

Si nuestra bandera, encarnación del gobierno del pueblo y verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempo no lejano, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros, flameará un día para la honra de las instituciones chilenas y para dicha de la patria, á la cual he amado sobre todas las cosas de la vida.

Cuando ustedes, y los amigos, me recuerden, crean que mi espíritu, con todos sus más delicados afectos, estará en medio de ustedes.—J. M. Balmaceda.

ÍNDICE.





DATE DUE
